
HARLEQUIN
BIANCA
Después de tanto tiempo

Después de tanto tiempo

Vanessa Grant

Carrie llevaba cinco años enamorada de su jefe, Charles Kantos, y ocultando celosamente sus sentimientos hacia él. Charles era un hombre práctico y calculador, y en su vida no había lugar para el amor ni para la familia. Sin embargo, cuando Corriese alejó de su lado, Charles la persiguió implacablemente para hacerla volver… Pero ella no iba a dejarse engañar. Charles sólo la quería por motivos profesionales, y Carrie no quería ser una muñeca en su manos.

Capítulo 1

EL ambiente alrededor de Carrie era cálido; la habitación, acogedora. La melodía de amor surgía como un eco; al fondo, la voz de su amado temblaba de deseo.

Ella suspiró suavemente y se dio la vuelta. En sueños, evocaba mil sensaciones: la música, Charles abrazándola mientras bailaban… pero de repente, aparecía algo en sus ojos: enfado, confusión, y entonces Charles se marchaba y todo terminaba.

Él, sus labios… su boca… un beso; ella cayendo en sus brazos y su necesidad de una emoción palpitante; su propia garganta y su voz, llorando, y él abrazándola, amándola, para siempre.

El llanto flotando en el eco del viento de la noche; el brazo de él, pesado y cálido sobre la cadera de Carrie; música desvaneciéndose, y después… silencio e intimidad.

La música cesó y su eco desapareció como si nunca hubiera existido.

Carrie descansaba muy quieta; la estrellada noche la rodeaba con su silencio.

Sobre su hombro, un suave y lento respirar.

Un hombre, respirando, abrazándola muy cerca. ¿Qué había hecho…?

La boda; el resto tenía que ser un sueño, pero la boda… su mente trataba desesperadamente de concretar con certeza sus recuerdos…

Sí, la iglesia, Alex y Sarah; Carrie recordaba, mientras se enrollaba en las sábanas lentamente. Ella los había visto sin poder evitar la envidia.

También Charles los había visto. Entonces, más tarde, en la recepción, miradas que se cruzaban, y luego bailando con… no, Charles no bailó con ella.

Los brazos de Charles, sus suaves manos que se movían de forma cariñosa y posesiva, la voz de Charles en su oído, su cuerpo tan cercano al suyo que… ¡tenía que ser un sueño! ¡Por supuesto que era un sueño! ¡Ella jamás sería tan estúpida!

Carrie abrió los ojos y vio su propia habitación, su cama, una tenue luz surgiendo de las ventanas. Despacio volvió su cabeza.

El rostro de él era suave cuando dormía, parecía más joven sin la máscara de control que llevaba siempre cuando estaba despierto. Ella nunca lo había visto dormido: el pelo rubio despeinado sobre la frente, los penetrantes ojos azules ahora escondidos en la fragilidad de los párpados.

¡Charles estaba en su cama! Cada detalle de su cálido sueño era real.

Carne cerró los ojos con firmeza, pero se obligó a abrirlos nuevamente. ¿Estaba despierto? ¿Abriría sus ojos para mirarla con la frialdad y dureza acostumbradas?

Cuando él despertara ella debía decirle algo, pero no tenía palabras; sólo sentía pánico.

¡Nada de eso era real! ¡No era posible! Los sueños pueden ser vívidos, algunas veces más fuertes que la misma realidad.

¿Acaso Charles no había perturbado su sueño por cinco años? Había ocurrido desde el primer día, cuando ella recibió el impacto, al entrar él en aquella habitación y sentir esa increíble sensación de identificación.

¡De acuerdo! Sí tenía un lugar en sus sueños, pero no ahí en su habitación, no abrazándola mientras dormía; una cosa era fantasear con Charles como amante y otra muy distinta, la locura de hacerlo realidad.

¡Tenía que salir de allí! Cuando él despertara recordaría claramente todo lo de la noche anterior.

Contuvo la respiración mientras se deslizaba por debajo del brazo de Charles, que de repente cambió el ritmo de su respiración. Carne se quedó inmóvil, con la sábana sobre los muslos. Él se movió levemente, mientras ella, paralizada, miraba fijamente hacia la ventana, con miedo a darse la vuelta y encontrarse con su mirada,

pero únicamente se oyó su suave y lento respirar.

Ella, entonces, escapó nerviosamente de la cama, esperando un sonido, una palabra, su nombre en labios de Charles… que finalmente continuó dormido.

Carrie se puso rápidamente la ropa interior, las medias y el traje del día anterior… ¿y sus zapatos? Se estremeció al recordar y de inmediato salió velozmente al vestíbulo. Allí estaban donde los había dejado caer: unos zapatos de tacón alto.

Los tomó, y su garganta se cerró a causa de los recuerdos. Su bolso y abrigo… sí, en la cocina, los había dejado allí la noche anterior. Después tuvo lugar esa extraña conversación en la sala; esa tensión y las preguntas.., entonces ella dijo:

—¿Café? —y de repente la locura se apoderó de ellos como un rayo repentino; mucho peor que la demencia de haberlo invitado a su apartamento.

Ella se detuvo frente a la puerta principal sin saber qué hacer. ¿Qué pasaría si Charles ya se hubiera despertado? Debería regresar, y tratar de… No, imposible enfrentarse a él después de lo ocurrido.

«¡Sal ahora antes de que sea tarde!», se dijo. Contuvo el aliento hasta que cerró la puerta del apartamento. Estaba a salvo. Sólo le faltaban unos cuantos escalones, y luego, el ascensor. Una vez que las puertas automáticas se cerraron, no habría posibilidad de que Charles abriera la puerta del apartamento y la atrapara.

Bajó cinco escalones antes de apretar el botón del ascensor que debía bajarla del décimo piso del edificio. Esperaba mirando fijamente los números luminosos del ascensor. Llevaba sus zapatos en una mano, su bolso en la otra y su abrigo colgando del brazo. ¡Carrie nunca en su vida había hecho algo tan descabellado! Escuchaba atentamente el zumbido apagado del ascensor, que esperaba que no interrumpiera el sueño de Charles, que debía de estar agotado. Primero el viaje transoceánico, luego la boda; pero sobre todo después…

De repente las puertas del ascensor se abrieron. Ella entró rápidamente, presionando con fuerza el botón del garaje. No pasó nada. El ascensor continuaba parado en el décimo piso, con las puertas abiertas, esperando que alguien más entrara; esperando a Charles. Ella golpeó rudamente el botón para cerrar las puertas, pero aun así por unos momentos no ocurrió nada.

Finalmente, las puertas del ascensor se cerraron. Carrie se apoyó en uno de los pasamanos de las paredes de espejo del ascensor. ¿Qué haría ahora? El garaje, su coche, ¿a dónde iría? No importaba, a cualquier parte.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el garaje, ella pisó el frío suelo de cemento y se dio cuenta de que sus pies estaban cubiertos sólo por sus medias. Apresuradamente se puso los zapatos y el abrigo, luego buscó en su bolso las llaves del coche. No estaban en el pequeño compartimento en que debían estar. ¿Se las había dejado en su apartamento? ¡Pero no podía volver! Tendría que subir al nivel de la entrada principal y pedirle al portero que le consiguiera un taxi.

En esto, sus dedos tropezaron con el metal de las llaves y dio un grito sofocado de alivio. Con manos temblorosas abrió la puerta de su coche; entró en él y encendió el motor. «Bien, ahora conduce sin detenerte», se dijo, mientras asía con firmeza el volante. «Pero, ¿a dónde? se preguntó por un momento. Y al instante se respondió: «a cualquier parte».

Carrie condujo hacia la salida del garaje, esperando ver ya la luz del día, sin embargo, no fue así. Giró en la calle Burrard como lo hacía cada mañana; pero no era por la mañana. Las calles parecían fantasmales y el pavimento brillaba por el alumbrado. Conduciendo mecánicamente, cruzó el puente y se dirigió al corazón de la ciudad.

Cuando llegó al alto edificio de la compañía, se detuvo para que aparcaran su coche. Llamó y dio sus llaves a un sobresaltado chófer.

—¿Señorita Brooke? ¿Trabajando tan temprano?

—Sí —contestó apresuradamente—. Hay algunas cosas que necesito hacer.

Al salir del coche miró su reloj; cuatro y media de la mañana; ¡no era extraño que el chófer estuviera tan sorprendido! 0 tal vez fuera por el traje de fiesta… un vestido de seda rosa que había llevado a la boda el día anterior. Fue lo primero que alcanzó a oscuras en su dormitorio, mientras oía la respiración de Charles a sus espaldas, cuando inició la huida.

Era inadecuado para correr y viajar; tendría que comprar otro vestido y dejar el suave y elegante traje en la habitación de algún hotel. Jamás volvería a ponérselo. Carrie se mordió un labio,

obligándose a mirar las luces del ascensor.

¿Hasta dónde tendría que huir para que Charles no la encontrara? Entró en el ascensor. Él iría a buscarla. Carrie miró fijamente la luz que marcaba los pisos por los que pasaba el ascensor, pensando en que Charles seguramente despertaría pronto… arrepentido.

Carrie se pasaba la vida subiendo y bajando en ascensor. Vivía en el décimo piso de un edificio, trabajaba en el decimosexto de otro. Lo peor de todo era que Charles era el dueño de ambos; rodeaba su vida.

«Admítelo» meditó, horrorizada, al tiempo que abría la puerta de la compañía Kantos. Charles era su vida, o la había sido hasta ahora.

Encontró una caja vacía y la llevó a su escritorio. Encendió su ordenador y lo dejó entrar en acción, mientras ella se concentraba en apilar cinco años de su vida en una caja de cartón. Una foto de sus padres; la gran foto de los hijos de Jane… Allie empujando muy fuerte a David en el columpio mientras éste reía… Bajó su diploma de la pared y lo colocó también en la caja.

El teléfono sonó. Carrie tiró del primer cajón de su escritorio para abrirlo. Metió en su bolso el lápiz de labios y el esmalte de uñas que allí guardaba y del cajón de seguridad sacó su pasaporte, que tenía siempre a mano, porque era frecuente que Charles le pidiera que lo acompañara en algún repentino viaje de negocios.

Había vaciado dos cajones de su escritorio. Abrió el tercero; el teléfono sonó una vez más.

Extendió un par de medias que guardaba para alguna emergencia, y las colocó junto a su calculadora, en la caja. Había dos libros en el último cajón de su escritorio; su diccionario y su manual de procedimientos de contabilidad. Ahora los demás libros. Empezaría por los estantes frente al escritorio.

El teléfono sonó por cuarta vez, y Carrie se dio cuenta de que cada llamada del teléfono la hacía titubear; podría ser alguien llamando de Alemania, donde serían horas de trabajo, o podría ser Charles.

Los estantes. No sabía con exactitud qué libros eran suyos, y cuáles de Charles. Se mordió el labio cuando oyó la dulce y agradable voz de Dianne grabada en el contestador automático,

anunciando que las oficinas estaban cerradas. Carrie dio la espalda a los libros y terminó de recoger los últimos artículos personales que quedaban en el escritorio. Se quedó paralizada al oír la voz de Charles que, en un susurro, hablaba en el contestador:

—Carrie, ¿estás ahí?

Había pasado cinco años de su vida aprendiendo a manejar a Charles. Ella lo conocía plenamente hasta el punto de saber en qué momentos podía enfrentarse a él y salir victoriosa. El controlaba todo, incluyendo su vida. Sin embargo, ella nunca había permitido que la dominara; no le permitía leer sus pensamientos, como parecía leer en las mentes de todos los demás.

Ella sabía que no tendría ninguna oportunidad si se enfrentaba a él ahora. Con la mano alejó el teléfono. Sintió un profundo dolor: nunca había ignorado los deseos de Charles. Pero él ya no era parte de su vida.

¿Dónde estaba su pequeña grabadora? ¿Dónde podría estar?

Entonces recordó que él tenía su grabadora. El martes pasado, allí en su despacho, la voz profunda de Charles la había hecho alzar la mirada…

—¿Carrie? Tengo en la maleta mi grabadora de bolsillo, ¿me prestas la tuya?

Ella buscó en su escritorio la grabadora, bromeando:

—¿Por qué no te dedicas a mirar el paisaje durante el vuelo? Dianne te bendeciría si regresaras sin la acostumbrada docena de cintas para transcribir.

Un destello de diversión brilló en los ojos de Charles.

—¿Qué paisaje? Es un vuelo polar, Carrie; el hielo y la nieve cubren las montañas. Ella le dio la grabadora y comentó:

—Piensa en mí cuando la uses. Si recuerdas que tienes algo mío, tal vez seas más cuidadoso antes de firmar nada de ese negocio de alianza comercial.

—No te preocupes, Carrie, te mandaré por fax los detalles antes de firmar, para que tengas oportunidad de darle tu visto bueno.

—Que tengas buen viaje —le dijo, con tono indiferente; aunque sabía qué vacía era la vida cuando él se marchaba—. ¿Regresarás el sábado?

—Será mejor que lo haga… ya que soy el invaado de honor en la boda de Alex; por cierto, ¿asistirás?

—No estoy segura, recibí la invitación la semana pasada. Alexander Candon y Sarah Stellers —dijo, poniendo mala cara—. Sarah siempre me ha hecho sentir intimidada.

—No tienes por qué sentirte así —dijo él, sonriendo—. Es cierto que Sarah siempre ha sido un tanto altanera, pero parece que Alex ha sabido derretir el hielo… Entonces, ¿te veo en la boda? Si vas a la recepción, encontraremos unos minutos a solas para hablar de lo de Berlín.

—Está bien —aceptó, aunque en su mente, la boda perdió toda connotación romántica; aparentemente era un acontecimiento social, pero para Carrie era otra cita de negocios con Charles.

Carrie volvió al presente. Permanecía inmóvil, con la mano en el escritorio, esperando a que el contestador terminara y Charles colgara.

Cuando Charles colgó, ella se sentó frente al ordenador, abrió un archivo y rápidamente borró la carta que había escrito para Jane la semana pasada. Su hermana tenía todo lo que una mujer podía desear en la vida, meditó con incómoda envidia. Jane tenía el amor de Kirk, y de sus hijos, tenía una bonita casa con jardín y flores en las ventanas, y un gato ronroneándole a sus pies.

Carrie se secó una lágrima y comenzó a escribir un mensaje para Charles en el ordenador. Era un mensaje muy corto, de apenas tres frases; Carrie tecleaba las palabras como si estuvieran escritas en su mente. Cinco años clausurados con tres frases en la pantalla de su ordenador. Apenas el día anterior Charles le había pedido que dejara sus vacaciones para después, hasta que los pormenores y el contrato del negocio de Berlín hubieran terminado. Apenas el día anterior había estado de acuerdo.

Carrie imprimió el mensaje, lo firmó con mano temblorosa, lo dobló y metió en un sobre, en el que escribió el nombre de su jefe. Luego abrió con sus llaves el despacho de Charles.

Carne observó a través de la gran ventana del despacho de Charles, la noche de Vancouver, plácida y llena de luces. Repentinamente, se alejó de la ventana y colocó el sobre en el escritorio de Charles. Luego volvió a su despacho, con prisa apagó el ordenador y las luces y tomó la caja que había llenado.

El teléfono empezó a sonar otra vez.

La oficina parecía fantasmal a esa hora, especialmente con Charles insistiendo por teléfono, sabiendo que ella podría estar allí. Llegó a la recepción antes de que la cuarta llamada sonara, y cruzó la puerta antes de que la voz de Dianne contestara otra vez. Se dirigió al ascensor, con la caja en sus brazos. ¿La estaría llamando desde el apartamento? ¿Iría a la oficina a buscarla? Sí, él iría…

En la planta baja, Carrie llamó al chófer, y le sonrió cuando él tomó la caja y la llevó hasta su coche.

—Buenas noches —dijo, aunque debía decir adiós, ya que nunca regresaría a ese edificio. El edificio de Charles, la vida de Charles. Ella iría a México; Jane y Kirk estarían esperándola. Sí, México; Los Santos era en todos los sentidos la antítesis de su vida allí. Se dejaría llevar libremente por el viento y el mar, libre del dominio de Charles. Se divertiría en la playa con los niños, bronceándose con el sol tropical, y después recordaría viejos y felices momentos. Carne no tenía que regresar a su apartamento, tenía tarjetas de crédito, y su coche; en una hora podría cruzar la frontera…

Charles colgó el auricular, y lo observó con extrañeza. Era un teléfono decorativo, de cristal y bronce. No el tipo de aparato que habría esperado encontrar en el apartamento de Carrie Brooke; era ridículo.

El apartamento en sí no era lo que él hubiera esperado, y esto le molestaba porque conocía muy bien a Carrie. Durante cinco años había estado a su lado, en el despacho contiguo. Ella era eficiente, organizada, una mujer que no desperdiciaba ninguna palabra ni movimiento. Era inteligente; endemoniadamente inteligente.

Le había llevado mucho tiempo convencerla de que trabajara con él, pero tardó sólo un día en confirmar que valía la pena cada centavo que había pagado para conseguirla. Carne Brooke era una de las piezas más valiosas en el funcionamiento de su compañía, lo que hacía que su comportamiento ae la noche anterior le pareciera ahora estúpido.

Echó una mirada a sus pantalones; eran los mismos pantalones del esmoquin que había llevado a la boda de Alex el día anterior, y que hacía unos momentos había encontrado en el suelo de la habitación de Carrie. Se encontraba en la sala colocándose la camisa que había levantado del respaldo de un sofá, mientras

recordaba con rabia lo sucedido.

El sofá de Carrie era floreado, de color rosa pálido. Rosa, como el vestido de seda que había llevado en la boda.

Charles solía analizar a Carrie y sus emociones por medio de los colores, y últimamente había observado cómo su ropa de trabajo se orientaba hacia tonos más vivos. Él sabía el significado.

Había un hombre en su vida otra vez. Charles sintió un tirón de un músculo de su mandíbula, cuando recorría las habitaciones del apartamento de Carrie.

El apartamento era acogedor comparado con su despacho; tenía colores cálidos, y algunos toques impulsivos, como el de un cuadro muy especial en la pared de su habitación, y aquellos extraños dragones en la repisa de su chimenea, para sujetar los libros. Trató de recordar a la Carrie que conocía, imaginándosela con falda y chaqueta negras y una blusa lisa, y tal vez con un collar de perlas.

Otra imagen surgió: la Carrie seductora y sensual…

Carrie en sus brazos, toda ella calor, suavidad y ternura; Carrie invitándolo, mientras una tormenta se desataba en su interior, y nada en el mundo existía excepto la necesidad de llevarla con él, más allá de todo.

¡Demonios! Esto tenía que parar.

Carrie, su aliento entrecortado, las curvas de su cuerpo encendido junto al de él; calor y necesidad, abrumadora pasión.

¡Tenía que acabar con eso! No más fantasías, no más recuerdos; tendría que borrarlos de su mente.

Nunca debió asistir a aquella maldita recepción, o debió haber salido inmediatamente del apartamento de Carrie, cuando sintió surgir la locura.

Tomó el teléfono junto a la cama de Carrie y lo colocó entre su hombro y la barbilla; mientras marcaba observaba el extravagante cuadro en la pared, y apretaba entre los dedos una pluma que había encontrado en el escritorio. Tres llamadas, cuatro. Nadie contestaba. ¿Contestaría Carrie si estuviera allí? Estaba desconcertado; y después de lo sucedido, no tenía ni idea de lo que pensaba Carrie.

Si no estaba en la oficina, ¿a dónde podía haber ido?

La noche anterior Carrie no había tenido límites, había perdido el control.

De alguna forma, él tendría que borrar, eliminar completamente de su vida lo sucedido esa noche…

Capítulo 2

ALLIE, de seis años, estaba jugando en la playa cuando una ráfaga de arena terminó con el juego. Detrás de ella, como un reluciente telón azul, se extendía el mar de Cortés, que formaba pequeñas olas en su superficie por el viento tropical.

—¡Tía Carrie, ya he vuelto! —exclamó con aliento entrecortado.

—Así que has llegado —Carrie alzó la mirada sonriendo ligeramente. Hacía un momento que Allie había estado recostada sobre una toalla junto a Carrie. Una sombrilla las protegía del sol del atardecer mientras leían juntas. La lectura la había escogido la entusiasta Allie; ella había corrido cuesta abajo desde la casa de la playa gritando:

—¡Vamos a leer nuestros libros, tía Carrie! ¡Mientras Davie juega con su estúpido barquito!

El intenso entusiasmo de Allie duraba muy poco. Pero eso le convenía a Carrie, ya que desde que había dejado Vancouver, tenía dificultades para concentrarse en cualquier cosa durante mucho tiempo.

Esa tarde, tumbada bajo la sombrilla, Carrie trataba de seguir la trama del aburrido libro de terror que leía mientras su sobrina pasaba las páginas de un cuento con inquieta energía. A unos cien metros de distancia, Davie, de cinco años, gritaba y rugía, al tiempo que empujaba un barquito de plástico en la orilla del mar.

—¿Tía Carrie? —preguntó Allie—. ¿No crees que ya es tiempo de que Davie regrese de jugar?

—¿Por qué no vas a jugar con él?

—¡Porque no quiero mojarme! —sollozó Allie.

Carrie observó con diversión a su sobrina, que estaba cubierta de arena.

—Bueno, entonces ve a decirle a Davie que tiene sólo diez minutos más para jugar.

—¡Está bien! —Allie saltó alegremente, llenando de arena el libro de Carrie. Y luego bajó corriendo hacia la orilla del mar, en donde jugaba Davie—. Diez minutos, Davie, ¡diez minutos y tienes que regresar!

Davie golpeó fuertemente en el agua; Allie gritó:

—¡Me has mojado toda, y en los ojos! ¡No hagas eso!

Todo esto le recordaba a Carrie sus propios días de vacaciones, cuando era pequeña. A Jane siempre le gustaba llevar las órdenes de sus padres a ella, que era un año menor. Habían nadado juntas, habían reído, chapoteado y aprendido español de los niños mexicanos. Buenos tiempos aquéllos, allí mismo, en la cálida arena, y arriba en la casa de la playa, bajo las palmeras.

Carrie vislumbró esa casa, con su techo fabricado con las hojas secas de las palmeras. Recordó cuando tomó aquellas últimas vacaciones mexicanas con sus padres, cuando tenía dieciséis años… Jane había madurado mucho ese año, acababa de terminar en el colegio y planeaba con entusiasmo hacer un curso de peluquería. Al año siguiente su madre se metió en política y se presentó como concejala del norte de su natal Columbia Británica, por lo que la excursión anual a México se pospuso, aunque Carrie casi no se dio cuenta de ello, ya que estaba muy ocupada, preparando exámenes para las becas de las universidades, soñando con estudiar en alguna gran ciudad. En cuanto a Jane… ése fue el año en que se enamoró de Kirk Sandham.

Jane y Kirk se casaron al verano siguiente, al tiempo que Carrie se preparaba para la universidad; ella pensaba que el matrimonio era maravilloso, si se estaba tan enamorado como Jane y Kirk. A los diecisiete años Carrie empezó a dudar de poder sentirse jamás de esa forma con algún hombre.

Estudió Empresariales, para luego hacer un estupendo trabajo como analista financiera en Weschance Developments. Allí Carrie tuvo que asumir repentinamente nuevas responsabilidades cuando enfermó su jefe y el Consorcio Kantos decidió comprar el edificio Carrington. Entonces, el presidente de la compañía, Weston Chance, dejó a Carrie toda la responsabilidad de tales negociaciones.

Ella estaba muy asustada antes de la primera reunión con

Charles Kantos. Conocía su reputación. Su jefe le había comentado que Kantos podía olfatear la debilidad de su adversario de negocios a cientos e metros de distancia.

Carrie sospechó que Kantos detectaría fácilmente su inexperiencia. Sabía también lo que valía el edificio Carrington, y cuánto tenía que ganar Weston Chance, pero, ¿podría persuadir a Charles Kantos de que pagara un precio razonable?

Estaba en la sala de reuniones cuando la secretaria lo hizo pasar. Ella lo había visto antes, pero no así, tan irresistiblemente cerca. Él era alto, rubio y musculoso. Cuando entró en la sala, ella pudo detectar otro tipo de fuerza detrás de la tranquila sonrisa. Se levantó para saludarlo; la mano de Carrie temblaba ligeramente.

Carrie controló el nerviosismo, sabiendo que él usaría cualquier arma que pudiera encontrar. Durante la reunión, ella miraba constantemente hacia la pluma de oro que él hacía girar suavemente entre sus dedos. ¿Podía ser la pluma un barómetro de los sentimientos de aquel hombre?

Cuando usaba la pluma para referirse a alguna cifra que había en los papeles, ella tenía que hacer un esfuerzo para no jadear. Era como si tocara su cuerpo. Apretaba la mano en su regazo, pero mantenía su rostroo suave y tranquilo, o por lo menos era lo que desesperadamente quería.

Él dijo un precio y las condiciones. Ella sonrió y se negó, luchando interiormente contra la necesidad de estar de acuerdo con todo lo que él quisiera.

Él respondió riendo levemente, con una expresión vigilante en sus ojos azules.

Así fue desde un principio. Carrie tenía la sensación de poder intuir los pensamientos de Charles, sentía que había un entendimiento sin necesidad de palabras.

Charles Kantos parecía no tener idea del tremendo efecto que había producido en ella. Carrie hacía todo lo posible para que nadie se diera cuenta de que, cuando él se encontraba cerca, su corazón palpitaba más rápidamente. Ella era una mujer de negocios; sus profesores de la universidad le habían dicho que tenía un gran futuro, pero si alguien se enteraba de que la presencia de Charles Kantos la hacía temblar, estaría perdida. Así que se aseguró de que nadie lo supiera.

Al finalizar la segunda semana de reuniones, repentinamente Charles tiróó su pluma sobre un papel lleno de cifras, y, sobresaltada, Carrie alzó la mirada, para luego preguntar:.

—¿Qué sucede?

—No podré aceptar las últimas cláusulas del contrato, Carrie; eso es todo.

Ella estudió por un momento esos requisitos y luego estuvo de acuerdo:

—Está bien, pensé que no las aceptaría; las eliminamos.

Algo brilló en los azules ojos de Charles, pero mantuvo impasible su voz al decirle que mandara el acuerdo a su abogado.

—¿Weston firmará?

—Sí —sonrió ligeramente Carrie. A lo que él contestó en tono más fuerte:

—Y créame que sé que me habría podido ahorrar el cinco por ciento.., si Wes hubiera cometido el error de negociar personalmente.

Carrie dejó escapar una sonrisa.

—¿Es un cumplido?

Él tomó una hoja de papel, y se la tendió.

—Lo sería si estuviera trabajando para mí; lo cierto es que ahora voy a perder ese cinco por ciento, pero algún día lo obtendré de usted..

Extrañamente ella no sintió miedo, y respondió en voz baja:

—Es usted un caso difícil, Charles Kantos; yo estaba aterrorizada…

—Lo sabía, pero eso no le hizo parecer débil —la miró con repentina intensidad, y ella sintió que su corazón se aceleraba—. Por cierto, ¿qué le hizo pensar que no aceptaría esas cláusulas?

—¿Y las aceptaría?

—No, usted lo juzgó con maravillosa precisión.

Ella guardó el último documento y colocó su pluma sobre su carpeta. No lo miró cuando le preguntó:

—Entonces, ¿cómo planea obtener de mi persona ese cinco por ciento?

—Usted dejará Weschance y trabajará para mí.

—Y, ¿por qué habría de hacerlo?

—Porque la quiero junto a mí.

En sus sueños de aquella noche, las palabras «la quiero junto a mí» sonaban como un eco que volvía y que atravesaba su alma.

Carrie negoció con Charles las condiciones de su contrato con la misma determinación que había usado en el trato Carrington. Charles la quería, y ella quería más que nada tenerlo siempre con ella, en su mundo; pero era un error dejarle tener una fácil victoria. Ganar era lo que a él le importaba, y era un experto en usar las debilidades de otras personas para lograr su objetivo. Si iba a trabajar para él, nunca debía conocer su debilidad…

Una vez que llegaron a un acuerdo, Carrie sintió pánico ante la idea de empezar a trabajar. Cuando se hubo familiarizado con el Consorcio Kantos, descubrió rápidamente que Charles era exigente, arrogante e infinitamente excitante. A Carrie le daba miedo que le diera cada vez más responsabilidades. Cuando cometía un error la criticaba sin piedad; pero al mismo tiempo, le daba de inmediato otra oportunidad. Se vio obligada a aprender rápidamente.

Después de cinco semanas con Charles, una mañana en que ella salía del cuarto de la fotocopiadora, se encontró cara a cara con él y una atractiva mujer de pelo negro; los dos habían estado hablando en la puerta del despacho de Charles.

—Esta noche —decía la mujer en un susurro, mientras Carrie se acercaba—. A las ocho. Por favor, no llegues tarde, querido. Los dedos de la mujer de pelo negro descansaban en la manga de la chaqueta de Charles, apenas encima de su muñeca.

—Disculpad —dijo Carrie, al tiempo que pasaba junto a ellos para entrar en su despacho. En una mirada rápida, mientras cerraba la puerta, alcanzó a ver los labios de Charles murmurando algo en el oído de la mujer.

Eran amantes. Lo comprendió paralizada, abrazándose detrás de la puerta que acababa de cerrar. No estaba preparada para aquello, no estaba lista para la rabia que sintió al ver cómo miraba a esa atractiva mujer. Algo en la mirada de Charles le dijo que, sin lugar a dudas, se trataba de su amante. Carrie no podía olvidar tan fácilmente la agresiva forma en que lo tomó del brazo.

Se sentó frente a su ordenador. Pasó mucho tiempo antes de que se pudiera concentrar en las cifras, pero finalmente se las arregló para empezar a trabajar. Se dijo a sí misma que le importaba muy poco lo que tuviera que hacer Charles esa noche a las ocho. La

única condición que hacía posible que siguiera trabajando con él era que no supiera lo que ella sentía por él. Nadie lo sabía.

La mujer de pelo negro desapareció de la vida de Charles después de comprar unos terrenos para la construcción de un centro comercial. Carrie se prometió a sí misma que, cuando la próxima mujer llegara, no se permitiría sentirse sorprendida, ni dolida. Aprendió con el tiempo a detectar en la mirada de Charles cuándo había una mujer en su vida, y también comprendió que ninguna mujer podía competir con el proyecto que Charles estuviera realizando en ese momento, o sea con su trabajo.

Algunas veces a solas por la noche, Carrie admitía que estaba enamorada de Charles; en otras ocasiones lo negaba, y aceptaba alguna cita de los hombres que la invitaban a salir. Inevitablemente sus romances sucumbían, víctimas de las demandas que hacía Charles en su vida. Había ido a París, Roma y Nueva York con Charles. Ella comprendía que los otros hombres se impacientaran por las citas canceladas. Alguna vez Carrie se había dicho que tenía que vivir su vida, pero el problema era que prefería estar con Charles todo el día en la oficina, que bailando con cualquier otro hombre.

Charles era generoso con las vacaciones, pero cuando Carrie se ausentaba del trabajo, inmediatamente tenía deseos de volver. Jane y Kirk la presionaban para que los acompañara en su fiesta anual de Navidad, en la casa de la playa de la familia, en México, pero Carrie rara vez iba para más de un par de días.

Le gustaba estar con sus sobrinos, pero sólo necesitaba una noticia de que. Charles estaba en un nuevo proyecto para regresar.

El pasado invierno, Jane y Kirk habían retrasado su fiesta de Navidad hasta el comienzo de la primavera, así que Carrie decidió también posponer sus vacaciones. Fue un invierno fuera de lo común. Charles se comportó extrañamente. Carrie no estaba segura de cuál era la razón, peroo tenía sus teorías. Tal vez fue porque Alex Candon regresó a Vancouver para perseguir a Sarah Stellers; y ciertamente, Charles pareció molesto cuando Alex anunció que se casaría con Sarah.

Charles y Sarah se conocían desde pequeños. El padre de Sarah se había comprometido en un negocio que había mandado al padre de Charles a su primera bancarrota. Pero ciertamente Charles no

guardaba rencor hacia los Stellers. Charles era entonces un adolescente, y Sarah debía de ser más joven, demasiado joven para mezclarse en los asuntos de negocios de su padre.

No había ninguna razón para pensar que el romance de Sarah y Alex perturbara a Charles. Tal vez no fuera nada, pero en los meses de invierno Carrie se sintió preocupada por Charles. Resultaba imposible imaginar al fuerte hombre de negocios amenazado por la hipertensión y las úlceras; no obstante, Carrie le sugirió que fuera al médico.

Charles echó a reír ante tal sugerencia, por lo que ella trató también de no preocuparse más. Se dijo a sí misma que era su imaginación, y ciertamente nadie más había notado nada. Pero cuando Charles le telefoneó desde Berlín un día antes de la boda de Alex, ella inmediatamente notó el esfuerzo que hacía al hablar.

—Carrie, ven a recogerme al aeropuerto con la limusina. Antes de ir a la boda, quiero revisar contigo las detalles de este contrato. Podemos trabajar en la limusina, de camino a mi apartamento.

Ella se había arreglado temprano para la boda, y así, fue a buscar a Charles al aeropuerto. Él enarcó las cejas al ver su vestido rosa..

—Es por la boda —explicó, con increíble sonrojo—; así no tengo que volver al apartamento para cambiarme. La limusina está esperando.

Pasaron el camino al apartamento de Charles trabajando, revisando el negocio que Charles había realizado en Berlín. En su apartamento, Carrie leyó el acuerdo detenidamente, mientras Charles se duchaba y vestía. Cuando salió fresco y radiante con su esmoquin gris, ella se dijo que la tensión que había creído percibir en él habían sido imaginaciones suyas. Fueron a la iglesia juntos, llevando los papeles de trabajo.

Carrie había quedado con su acompañante en la iglesia. Wayne era un abogado con el que salía desde hacia un mes, un hombre callado y dispuesto a no exigir demasiado, con el propósito de continuar saliendo con ella. Durante la boda, Wayne se sentó junto a Carrie, pero ella sólo prestaba atención a Charles, que estaba sentado junto a Alex, en el altar.

Volvió a ver a Charles en la recepción; resaltaba entre la multitud, riendo con Alex y Sarah. Carrie advirtió que ocultaba muy

bien su agotamiento. El había ido sin compañía, ya que por el momento, no había ninguna mujer en su vida. Ella sospechó que él se marcharía poco después de que Alex y Sarah hubieran escapado… Carrie se quedaría más tiempo, ya que no la esperaba nada en casa, más que fantasías vacías. Entonces comenzó la música. Alex y la novia abrieron el primer baile.

Carrie se volvió cuando Wayne le tocó el hombro.

—Vamos, Carrie, aún no hemos bailado.

Y bailó con Wayne. Vio a Charles entre las cabezas de las otras parejas que también bailaban. Él bailaba con Sarah, el baile obligado del invitado de honor con la novia, porque Charles nunca bailaba si podía evitarlo.

Wayne estaba determinado a bailar cada pieza y tomarse todas las bebidas, hasta que abrazó a Carrie muy estrechamente, murmurándole:

—Querida, vámonos de aquí; quiero estar a solas contigo.

Ella trató de zafarse, pero cuando vio sus ojos, se dio cuenta de que Wayne había bebido demasiado.

—Me muero de hambre —le dijo Carrie—, vamos a ver si queda algo de comida.

—A algún lado solos —insistió Wayne.

—Déjame ir —dijo Carrie de manera áspera, con voz baja, pero enojada.

—Carríe, querida…

Entonces, Charles colocó firmemente su mano en el hombro de Wayne.

—Ésta es mi pieza —dijo en tono suave.

—¿Qué… qué demonios está haciendo? —preguntó Wayne, tartamudeando—. Carrie es mi pareja.

—¿Por qué no te vas a comer algo y a tomar una taza de café? —Charles parecía aburrido. Después de un momento de vacilación, Wayne, atolondrado, se dirigió hacia la mesa del banquete.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Charles a Carrie.

—Sí, gracias —ella se sintió sin aliento, y con miedo, por la forma en que Charles la miraba. Y le dijo—: Lo habría controlado yo misma, pero habría montado una escena.

Charles sonrió ligeramente.

—Cuando quieras deshacerte de algún admirador molesto,

llámame.

—Lo recordaré —dijo automáticamente—, y con gusto te devolveré el favor, cuando quieras deshacerte de alguna mujer —ella no había querido decir eso; se mordió el labio, sintiéndose avergonzada por su arranque de ira; entonces la música comenzó de nuevo: un lento vals.

Charles hizo un movimiento, como si fuera a tomar la en sus brazos.

—No tienes que bailar conmigo.

—Bailé con la novia.

—Por compromiso.

—Sí, a mí nunca me han gustado las intimidades

forzadas.

Carrie se las arregló para mantener una sonrisa en sus labios.

—Omitimos el baile entonces, ¿quieres? Ayúdame a encontrar el camino a los sandwiches; me muero de hambre.

Al tocar Charles ligeramente con sus dedos la espalda de Carrie, ella sintió electricidad en todo su cuerpo, mientras se alejaban de la pista de baile. De camino a la mesa, lo detuvo el alcalde de la ciudad, que le preguntó acerca de un proyecto de construcción de viviendas; Charles le dirigió una mirada a Carrie, diciéndole que lo acompañara en la discusión, pero Carrie siguió su camino.

Wayne la encontró veinte minutos más tarde.

—Vámonos de aquí —insistió—, a algún sitio para estar solos.

—Está bien —pero lo que Carrie quería era salir de la multitud. Por más que quisiera Wayne, no pasarían la noche juntos.

Una vez fuera, Carrie dijo:

—Déjame las llaves, yo conduciré —pero Wayne no le hizo caso; entonces ella miró al portero, que fingía no escuchar, suspiró y dijo con voz baja—: Wayne, ya has llegado al límite, tú que eres abogado y seguramente sabes que es ilegal y muy peligroso conducir cuando…

—Carrie, cariño, estoy sobrio.

De repente, junto a Carrie se oyó la voz de Charles que decía:

—Aquí está tu taxi —Carrie se quedó helada. Tartamudeando, Wayne explicó que él no había pedido un taxi, que él tenía coche e iba a conducir. Charles se encogió de hombros y llamó al taxi que acababa de llegar.

Carrie nunca estuvo muy segura de cómo lo consiguió Charles, pero en un momento, Wayne estaba sentado en el taxi. Cuando Carrie se adelantó para subirse, Charles la detuvo, tomándola firmemente por el brazo.

—Eh —protestó Wayne, nervioso—, Carrie es mi pareja.

—Lo siento —contestó Charles—, tiene trabajo que hacer. Te llamará mañana —e hizo al taxista una seña para que se marchara.

—¿Qué trabajo? —replicó Carrie, sintiendo que no podía respirar—. Me haces daño —Charles la soltó, al tiempo que aparecía su limusina. El chófer salió y les abrió la puerta.

—Sube —dijo Charles; la costumbre de hacer siempre lo que él quería era tan fuerte, que se deslizó en la parte posterior del asiento sin protestar.

—¿Qué trabajo? —preguntó nuevamente, al tiempo que avanzaban por las calles de Vancouver.

—¿Querías irte con él? —le preguntó Charles. Ella se encogió de hombros, incómoda por la tensión existente.

—Él era mi acompañante.

—Estaba borracho, y sólo quería llevarte a la cama.

Carrie lanzó un grito sofocado, y se apartó de él. Se concentró en mirar por la ventanilla los edificios que iban pasando. Charles no solía hacer ese tipo de comentarios.

Él iba en silencio, y Carrie tenía la sensación de que la estaba mirando. Se mordió el labio y le preguntó, vacilante:

—Charles, ¿te sientes bien?

—Ésa es una buena pregunta.

—¿Cómo?

—Nada, Carrie, es sólo una broma.

—¿Estás seguro de sentirte bien? Tal vez sea mejor que veas pronto a un médico.

Carrie se volvió para mirarlo, y él contestó:

—Contrólate, Carrie, no es tu estilo.

—No tienes idea de cómo soy.

—¿No la tengo, Carrie?

Ella se las arregló para contestar suavemente:

—¿Quién conoce a nadie? Él se encogió de hombros, y cambió de tema. —¿Crees que serán felices?

—¿Alex y Sarah? Si, por supuesto que serán felices.

—¿Por qué?

—Porque están enamorados —y movió las manos, vacilante—, cualquiera puede ver eso. ¿No crees en el amor?

Charles lanzó una exclamación, que bien pudo ser de frustración, para luego sentarse más cómodamente en su lugar. Estiró sus largas piernas hacia ella, mientras decía:

—Sólo los tontos buscan amor.

—¿Charles…?

La limusina paró delante del apartamento. Sin saber por qué lo hacía, le preguntó:

—Charles, ¿te gustaría subir?

Capitulo 3

CHARLES había estado callado durante el cami no, pero ahora parecía intranquilo. Tocó uno de los dragones de la repisa de la chimenea de Carrie; sus largos dedos golpeaban las ondulaciones de la pequeña estatuilla. Carrie lo observaba cautelosa, ya arrepentida de su impulso de haberlo invitado a una taza de café.

—¿Te gusta esto, Carrie?

—¿Te refieres al apartamento?

—Sí.

—Es práctico, todas las instalaciones, la seguridad, la vista.

—¿Pero? —preguntó Charles, que se había acercado a la ventana y miraba fijamente la noche de la ciudad. Ella se alejó de él, inquieta, hacia la chimenea.

—Sí, me gusta este lugar, si no tengo otra opción más que vivir en la ciudad.

—¿No te gusta vivir en Vancuouver? ¿No te gusta la ciudad?

La mano de Carne buscó el dragón que hacía unos momentos Charles había acariciado. Dijo lentamente:

—Crecí en un pueblo pequeño, estoy acostumbrada a tener un jardín y flores alrededor de la casa.

Él hizo un gesto vago con un brazo, y ella comprendió que querría irse pronto. Apresuradamente, Carrie dijo:

—Charles, ¿por qué no te sientas y te relajas un rato, mientras te preparo algo de comer?

—No tienes que alimentarme.

—Sí, lo sé, pero te… comportas de forma muy extraña. Y yo estoy…

—¿Preocupada por mí? No fue para eso para lo que te contraté.

Él se acomodó en el sillón, y por un momento Carrie no supo lo

que Charles tenía en mente.

—No te preocupes, me sentiré como siempre por la mañana.

—Te prepararé un sandwich y un poco de café; no tardaré.

Ella se acercó al aparato de música y tomó un disco compacto de Brahms; de pronto, Charles la sorprendió al decir:

—Háblame de tu amigo Wayne.

Ella se volvió hacia Charles, sorprendida.

—¿Qué quieres saber?

Charles sintió un tirón en el cuello, y repentinamente se puso muy tenso.

—Debo marcharme.

—No, no te vayas, traeré el café.

Mientras Carrie estaba en la cocina, Charles recorrió la sala, hasta llegar a la chimenea; allí, tomó el dragón de la repisa, observándolo fijamente.

—¿Exactamente quién es Wayne? Aparte de ser tu novio actual —Charles hablaba con voz fuerte, para que Carrie lo oyera desde la cocina.

Ella se quedó desconcertada. Después de todo ese tiempo, ¿por qué se interesaba Charles por los hombres de su vida?

—Un abogado; socio de Elson y Chambers.

—Recuérdame que no los contraté.

—Él es muy competente.

—Tal vez, cuando está sobrio. Supongo que lo conociste al adquirir aquella finca de Yukon, para mí.

Ella sintió un escalofrío ante su mirada. Wayne había bebido demasiado ponche en la boda, y Charles no lo contrataría más, ni a la firma para la que trabajaba.

Ésta era una faceta que no conocía de él. Y por ello le preguntó:

—Charles, ¿nunca perdonas una transgresión? Entonces Charles, con la estatuilla del dragón en sus manos, le preguntó:

—¿Piensas verlo otra vez?

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—¿Planeas casarte con él? —le dijo, al tiempo que ella lanzaba una carcajada, con una risa frágil, quebradiza—. Baila conmigo, Carrie.

—No, yo… —vaciló Carrie, sorprendida—. Voy por el sandwich.

—No quiero comida.

Ella se movió otro paso hacia atrás.

—¿Café? —preguntó Carrie, titubeando. Entonces Charles le dijo toscamente:

—Deja ya de evitarme y alejarte —Carrie se quedó inmóvil. El cruzó silenciosamente la sala. Cuando estaba a unos centímetros de ella, la tomó por los brazos y la acercó hacia él—. Quiero que bailes conmigo —Carrie, tartamudeando, respondió:

—Pero, yo… tú dijiste que…

—Calla —en contraste con sus palabras anteriores, su tono de voz se había vuelto más suave. Entonces, él la tomó en sus brazos—. Prometiste bailar conmigo.

—No, yo… no exactamente —los ojos de Charles estaban casi cerrados; ya no importaba lo que ella dijera. El corazón de Carrie comenzó a latir fuertemente, al tiempo que la mano de Charles tocaba su espalda. Ella podía sentir su calor a través de la delgada seda de su vestido.

La voz de Charles era suave, grave.

—Le dije a tu amante de pacotilla que era mi turno para bailar contigo, y tú no lo negaste.

Carrie entreabrió los labios, para explicar que Wayne nunca había sido su amante, pero no pudo articular palabra. La mirada de Charles era profunda, y sus ojos relucían. Los dedos de Charles se cerraron en la mano de Carrie. Él empezó a moverse, y el cuerpo de Carrie siguió sus movimientos.

Aquello era una locura.

Para Charles, debía de ser un impulso caprichoso. Y era peligroso porque él no solía ceder ante sus impulsos, a menos que hubiera un motivo poderoso.

—Bailas bien, Carrie —le dijo, y ella tuvo que tomar aire para decir:

—Tú… tú también —los muslos de Charles rozaban los de Carrie. Ella se mordió los labios para evitar temblar y que él sintiera que se estremecía.

—Relájate, Carrie —había un tono agradable en la voz de Charles.

Ella observaba pensativamente su hombro, sintiendo la tensión en sus brazos y piernas.

—Eres una mujer atractiva —dijo él, buscando sus ojos. Ella

balbuceó:

—Yo… Charles, creo que será mejor que yo… nosotros…

Él le tocó la barbilla con la mano, tratando de que levantara la vista y lo mirara a los ojos. Ella se resistió, dejando clavada la mirada en su musculoso hombro, y luego en su cuello, donde podía ver el pulso de Charles latiendo.

—En cinco años nunca te he besado.

Carrie lanzó una exclamación ahogada.

—Lo normal sería que hubiera sucedido alguna vez; ¿no crees, Carrie? En alguna fiesta, en Navidad, en Año Nuevo…

Entonces ella susurró roncamente:

—Nunca te he visto besar a nadie; y yo… Charles, yo debería… yo… ¿no piensas que bebiste demasiado, después de tan largo viaje?

—Bésame, Carrie.

—¡Oh Dios, no!

Él lanzó una carcajada, que sonaba más a reto que a diversión. Y la abrazó más fuertemente, al ritmo de la música.

—¿Por qué no, Carrie? Seguro que soy mucho mejor amante que el tal Wayne.

Entonces ella reconoció la mirada en sus ojos. La había visto antes cuando miraba a otras mujeres, pero nunca a ella. Después de todo este tiempo, de alguna forma, lo imposible había ocurrido. Él la deseaba. La cabeza de Charles se movió, sus labios acercándose hacia los labios de Carrie, labios firmes, llenos, normalmente tensos, pero no ahora. Si la besaba…

—¡No! Yo… Charles, yo no creo… no quiero…

—Voy a hacer que cambies de opinión, Carrie.

—No —dijo en un susurro, sin mucha convicción.

—Te demostraré que Wayne Barston no es hombre para ti.

Ella movió la cabeza débilmente. El movimiento dirigió los labios de Charles hacia la garganta de Carrie.

—Te he observado todo el día —murmuró él contra la suave piel de Carrie—. Me estabas volviendo loco, Carrie: ese traje de seda, ese tonto persiguéndote. Si te hubiera tocado, lo habría golpeado hasta hacerlo arrepentirse.

—Charles, no sabes lo que,estás diciendo.

Él rozó sus labios contra el cuello de Carrie, y sintió su respuesta

inmediata.

Te gusta esto, ¿no, Carrie? —los labios de Charles se volvieron cálidos.

—Charles… —sintió los dedos de Charles en su garganta, luego por su oído. Cuidadosamente le quitó los pendientes; luego ella se inclinó hacia atrás, dejando expuesta a sus caricias la larga línea de su cuello.

—Te dije que podía convencerte —las manos de Charles se deslizaron por la espalda femenina, en una cálida caricia que la dejó sin fuerzas. Repentinamente, la voz de Charles se volvió ronca—: Nunca volverás a ver a Wayne Barston. No lo permitiré.

—Charles… —entonces, él la calló con sus besos. Ella abrió los labios para protestar, pero él, aprovechándose, deslizó su lengua en la boca de Carrie, haciendo más profundo el beso, con vertiginosa intensidad. Las posesivas manos de Charles la acercaron más a él. Cuando quiso darse cuenta, Carrie se encontró con los brazos alrededor del cuello de Charles. Ella le acarició la cabeza, haciendo que bajara; lo abrazó estrechamente. Él murmuró algo. Estaban en el sofá. Él la rodeaba con su calor y su fuerza; sus brazos alrededor de ella, sus piernas sobre las de ella, su pecho contra su busto. Él se inclinó para tomar sus labios otra vez, y entonces ella se dejó llevar totalmente.

—¿Carrie? —sus ojos se abrieron lentamente, con la mirada fija en Charles, que tocó con la mano su rostro—. ¿Quieres que pare? —con sus negras pupilas dilatadas por la tensión y el deseo, y sus dedos acariciando la garganta de Carrie, le preguntó—: ¿Quieres que me vaya?

—No —susurró, perdida de deseo—, no te vayas.

Él tomó su rostro con las dos manos y deslizó sus dedos hacia su pelo; ella se inclinó para dejarse acariciar. Lentamente, Charles la volvió a acercar hacia él. Ella sentía el aire cargado de electricidad alrededor de ella. Cuando sus labios la tocaron, liberó su aliento con una mirada de alivio. Él tomó su boca suavemente, con una tensión creciente, haciendo que Carrie separara los labios.

Las manos de Charles se deslizaron por el pelo de Carrie, para luego acariciar sus hombros.

El la abrazaba cada vez más estrechamente, y ella se amoldaba a él; sus senos se comprimían contra el calor sofocante del pecho de

Charles.

—¡Para! —dijo Carrie, en un gemido apagado. Él lo oyó y separó su boca de la de ella, para besarle el cuello y, más abajo, la suave piel expuesta de su pecho.

Cuando Charles encontró la curva de su busto, el corazón de Carrie pareció detenerse. Él le quitó a Carrie la chaqueta al tiempo que posaba los labios en sus hombros desnudos. Luego, la mano de Charles se deslizó por la seda hacia el pezón. Ella lanzó un grito apagado, que se convirtió en un suave quejido.

En algún momento, mientras estaba en brazos de Charles, hubo un instante de claridad en la mente de Carrie. Cualquier motivo que hubiera puesto en su camino a Charles esa noche, se habría esfumado a la mañana siguiente. Pero ella lo amaba, lo había amado siempre, y si él la necesitaba, entonces sería suya.

—Te deseo —gemía Charles.

Sus manos temblaban mientras intentaba desabrocharle el vestido, y al lograrlo, se quedo quieto, observándola.

—Preciosa —le dijo al oído, y con sus palmas acariciaba delicadamente las curvas de su aprisionado busto—. Tan suave… Carrie…

—Sí… —susurró ella.

Charles cerró los ojos, y sus labios se acercaron a la suave piel de sus senos.

Entonces comenzó lentamente a volverla loca con sus manos, y sus labios, y su cuerpo, hasta que se encontró temblando en sus brazos, acariciándolo, gimiendo, mientras él empezaba a amarla, calmando la furia de fuego que sólo él podía provocar en su sangre.

—¡Eh, amigos, ya estamos aquí! —Carrie se sentó en la toalla, colocándose la mano sobre los ojos. A unos cien metros, Jane saludaba agitando un brazo, desde el patio trasero de la casa.

Entonces, Carne gritó:

—¡En seguida subimos! —y se puso de pie.

Caminó torpemente por la arena hacia Allie y Davie, al tiempo que luchaba contra la sensación de desorientación que le provocaban los recuerdos… Sólo una noche, y cada vez que la recordaba, sentía la misma confusión.

Desde la casa, Carrie pudo oír el sonido de risas; luego la voz de Kirk exclamando:

—¡Eh, tenemos una sorpresa, hemos comprado pollo asado!

—Estupendo —Carrie buscó en el agua para rescatar el barquito de plástico que David había tirado—. ¡Vamos, Allie, tu comida favorita!

—Sólo un minuto —le respondió Allie distraídamente—, tengo que hacer que este barquito flote otra vez.

Carrie atrapó a David, y lo tomó en brazos; se concentró en la sensación del agua tibia en sus pies.

—Vamos, niños, ¡vuestra comida preferida está lista!

Allie desvió su atención del barquito, que acababa de zozobrar.

—¿Crees que habrán traído salsa con el pollo?

—Seguro.

—¡Bien! —dijo Allie, dirigiéndose hacia la casa. Carrie dejó a David en el suelo y recogió el barquito que había tirado.

Luego Carrie tomó la sombrilla, las toallas y los demás objetos de playa. Todavía no eran las siete de la tarde, pero el sol se estaba ocultando. Los días eran cortos y cálidos. Los niños reían y se peleaban. Carrie, al llegar a la casa, dejó la sombrilla y las toallas en el patio, al tiempo que veía al gato estirarse muy lentamente, y puso los barquitos de plástico en donde los pudiera encontrar después Davie.

—Bien, Carrie, ¿qué viene ahora? —preguntó Kirk cuando ella entró en el comedor. Él estaba sentado en la mesa con un muslo de pollo en la mano. Kirk era un hombre alto, de pesados y musculosos brazos, por los años en que había trabajado como pescador.

—¿Qué viene ahora? —repitió, sentándose junto a David. La comida, todavía caliente, estaba dispuesta en la mesa.

—Bien… —Kirk sonrió a su mujer, y Jane correspondió a su sonrisa; Carrie sintió un dolor agudo en el pecho. Tenían suerte de seguir enamorados después de diez años juntos.

Kirk reía, diciendo:

—Llevas cuatro días descansando en la playa. Considero que ése es tu límite; Jane y yo hemos hecho una apuesta.

Carrie comenzó a comer. —¿Sí?

—Hemos apostado —dijo Kirk—, si mañana telefonearás a la oficina.

Carrie se esforzó para responder en tono suave:
—¿Significa que me queréis echar?
—¡Nada de eso! —exclamó Kirk, y Jane añadió:
—Cualquier tía que acapara la atención, cuidado y afecto de los niños, es siempre bien recibida. Nos gustaría que te quedaras hasta que volvamos a Canadá, pero estamos sorprendidos de que hayas durado ya cuatro días. Normalmente, en cualquier momento estarías llamando un taxi para poner una conferencia a Vancouver; luego Charles Kantos chascaría rápidamente sus dedos en el teléfono y tú te habrías ido.
—No —dijo Carrie pensando que algún día les tendría que decir que había dejado a Charles, pero aún no; más tarde, cuando tuviera planes para el futuro y detalles para responder a sus preguntas.
Jane alcanzó a rescatar un pedazo de pollo a punto de caer empujado por el codo de David:
—¡Davie, fíjate en lo que estás haciendo! Kirk dijo:
—Nunca te has tomado un día de descanso —y Jane asintió—, al menos no desde que estabas en el colegio, estudiando para tus becas; y definitivamente nunca desde que empezaste a trabajar para ese hombre.
—¿Ese hombre? —Carrie sintió que su voz sonaba indiferente, pero los ojos de Kirk se aguzaron.
—El año pasado —le recordó Jane a Carrie—, estuviste dos días y te marchaste.
—Charles tenía un asunto pendiente en Nueva York —replicó Carrie, esforzándose por contener el llanto. Kirk puso mala cara y le preguntó: —Carrie, ¿qué te pasa?
Jane dejó de limpiar la mesa. Carrie tomó un bocado de pollo.
—Nada —dijo firmemente. Había contado con que Jane estaría muy ocupada con la familia como para ser lo suficientemente perceptiva, pero las dos se conocían demasiado bien—. He estado trabajando muy duro. Demasiadas horas, muy poco tiempo libre. Me deben unos días festivos, y pienso tomármelos. En realidad, estoy considerando dejar el trabajo, hacer algo distinto. Jane dejó caer un trozo de pollo que acababa de rescatar del regazo de David.
Kirk dijo entonces:
—Algo anda mal.
—En absoluto —Carrie decidió utilizar la preparación que

Charles le había dado, y volvió a mirar a los ojos a Jane—. Me han hecho una oferta de trabajo mejor.

Afortunadamente, en ese momento alguien llamó a la puerta de entrada.

—Yo abriré —dijo Carrie, moviendo la silla hacia atrás.

Cuando abrió, Carrie sintió que iba a desmayarse. Todo lo que vio fue a Charles frente a ella. Todo lo demás se desvaneció; el rojo de las buganvillas era sólo una mancha borrosa que giraba con los demás colores del jardín. Charles dijo:

—Hola, Carrie, ¿me permites pasar?

—Sí, entra —dijo Carrie, con una voz que sonó falsa a sus propios oídos.

Él entró en la casa, mirando alrededor, para ver la decoración. La casa de la playa estaba decorada desde que Carrie era pequeña con tapices mexicanos, llenos de color, simples y acogedores. El no pertenecía a ese ambiente, y era lo que exactamente estaba a punto de decir, cuando junto a ella se oyó la voz de Jane:

—Hola, ¿le podemos ayudar?

Entonces, Carrie le dijo rápidamente:

—Jane, te presentó a Charles Kantos; Charles, ésta es mi hermana Jane —sintió de nuevo una ola de vértigo. Jane dijo algo sobre la agradable sorpresa, y que los acompañara a cenar y Charles aceptó con una voz que no expresaba nada. Y luego allí estaba estrechándole la mano a Kirk, mientras Jane le susurraba en el oído a Carrie:

—¿Qué le voy a dar de comer?

—Pollo —contestó Carrie inmediatamente—, hay demasiado.

—¡Por Dios, Carrie! Obviamente este hombre nunca ha probado una comida barata.

Entonces, Carrie sintió bruscamente que recobraba el control y dijo:

—Él puede comer lo que todos estamos comiendo, o se puede marchar.

Jane se dio prisa para ser la primera en regresar al comedor. Kirk debía de haberse ido también, porque de repente Carrie estaba sola con Charles. Ella miró la mano de él, que la tomó del brazo para detenerla.

—¡Suéltame! —en el momento en que la soltó se empezó a dar

un masaje, como si realmente le hubiera hecho daño—. Quiero que te vayas, Charles.

Con una sonrisa forzada, él contestó:

—Es una pérdida de energía el atacarme, Carrie. No me marcharé hasta tener lo que quiero.

La sangre se congeló en sus venas.

—¿Y qué es?

—No juegues conmigo, Carrie; tú sabes exactamente qué quiero.

Capítulo 4

SABES exactamente qué quiero». Sus palabras sonaban como un eco que se repetía en los oídos de Carrie, al tiempo que se sentaba en la mesa frente a Charles, haciendo un esfuerzo por mantener el control.

—Charles —preguntó Kirk—, ¿está aquí de vacaciones?

—Charles nunca toma vacaciones —replicó Carrie.

—No —asintió tranquilamente Charles, mirando a Carrie—. He venido para llevarme a Carrie.

Allie lo miró con furia y le dijo:

—¡No te puedes llevar a la tía Carrie! —Jane gritó e nombre de Allie, pero Charles sólo se rió y ofreció:

—Bueno, entonces negociaremos por ella, Allie, ¿de acuerdo?

Allie le puso mala cara, y le preguntó con suspicacia:

—¿Qué es negociar?

Momentáneamente, Charles se quedó callado. Entonces, Kirk le explicó:

—Significa hacer un trato.

—Ah —dijo Allie, pensativa. Pero Carrie advirtió: —El señor Kantos es un duro negociante. Allie seguía con mala cara, pero Charles dijo:

—Imagino que tú también eres muy dura negociando, ¿no, Allie?

«Adulador», se dijo Carrie. Jane sonreía ligeramente, y Kirk parecía divertido.

Jane le sonrió con una mueca a Charles, advirtiéndole:

—Si se descuida, ella podría quitarle su mejor camisa; o incluso,

un guardarropa completo para sus muñecas.

—Así es —convino Kirk. Y añadió, dirigiéndose a sus hijos—: Vamos, chicos… ¡hora de dormir! ¡El primero en subir enciende las lamparillas de noche!

David salió corriendo lo más rápidamente que pudo del comedor, se detuvo bruscamente cuando Jane le dijo:

—¡Deténte! Y da las buenas noches a todos.

—Buenas noches —dijo David.

Allie estaba de pie, observando a Charles con gesto pensativo.

—Buenas noches, señor… —balbuceó el nombre de Charles—. Buenas noches, mamá; buenas noches tía Carrie… ¿me leerás algo más tarde?

—Dentro de un minuto —le dijo Carrie.

David añadió:

—¿A mí también, tía Carrie?

—A ti también, Davie —su sonrisa se desvaneció al darse la vuelta y ver que Charles miraba a los niños con disgusto.

Dado que se pasaba la vida negociando con propiedades de millones de dólares y trabajando con arquitectos y constructores, Carrie estaba segura de que Charles nunca se había sentado a la mesa a comer con dos niños.

Carrie se pasó la mano por el pelo. Charles dijo:

—Quiero hablar contigo. A solas.

Carrie levantó su plato y el de David, apilándolos, y le dijo:

—Voy a ayudar a Jane a fregar; luego voy a leerles un cuento a los niños.

Ella notó que, después de todo, sus miradas eran de pasión. Sintió los fuertes latidos de su corazón mientras se miraban el uno al otro en una breve y silenciosa batalla de deseos. Jane se levantó y comenzó a recoger la mesa.

—Voy a fregar los platos. Carrie, tú sal al patio con Charles.

Y, volviéndose hacia el invitado con una sonrisa, le dijo:

—Charles, tiene que conocer nuestro mar de Cortés, le aseguro que hay un mundo de diferencia en comparación con las costas de Vancouver.

Charles parecía interesado, pero Carrie pensaba que para él todo lo que estuviera por debajo de la frontera de Estados Unidos era ajeno a este mundo.

—Te acompañaré dentro de un minuto, cuando recoja los cacharros —le dijo, y tomó el plato de Charles; por un momento, en que sintió que la iba a tomar de la mano, se hizo rápidamente hacia atrás, para luego sonrojarse al darse cuenta de que Charles había sorprendido su pánico.

Se retiró rápidamente hacia la cocina. Detrás de ella, Jane hablaba con Charles de las vistas y le recomendaba que se sentara en una de las tumbonas porque eran más cómodas. Carrie apretó los dientes y dejó los cacharros en la mesa de la cocina con estrépito.

—Maldito Charles —murmuró—; unas cuantas palabras suaves y podría encantar a un escorpión mexicano.

Cuando oyó que Jane entraba en la cocina, se volvió hacia ella y le dijo:

—¿Por qué lo atiendes tanto? No es tu invitado —Jane abrió los labios para protestar, asombrada. Carrie insistió con firmeza—: No lo quiero aquí, y lo sabe, y ni siquiera eso lo detiene… Charles siempre consigue lo que quiere.

—Carrie…

—No esta vez, Charles Kantos no logrará salirse con la suya esta vez. No conmigo —Carrie se golpeó la pierna con el puño—. He hecho todo por él; he hecho mías sus necesidades, he… pero, ¡todo ha terminado! Y eso… eso es todo —Jane la miraba fijamente moviendo la cabeza, impotente y preocupada. Carrie se mordió el labio al oír sus propias palabras, que había pronunciado en voz alta. Finalizando en tono débil dijo—: En cuanto a su estancia aquí, no hay punto de discusión.

Jane colocó los cacharros en la pila y abrió el grifo sobre ellos. Entonces, Carrie dijo con dificultad:

—Lo siento, Jane, no he querido gritarte.

—Pensé que ya se te había endulzado el carácter —dijo Jane, ajustando la temperatura del agua—. Solía callarme cuanto te enfadabas. Carrie trató de sonreír:

—¿Quieres decir como cuando yo te decía que arruinarías mi vida si no me prestabas tu vestido amarillo?

Jane sonrió también, recordando aquella pelea infantil. Jane tenía once, Carrie diez años. Jane le dijo:

—¿Por qué no quieres a Charles aquí?

Carrie movió la cabeza.

—Estás enamorada de él.

—No —contestó Carrie, no podía mirar a los ojos de Jane.

—Has estado enamorada de él desde que empezaste a trabajar en la Compañía Kantos.

Carrie le replicó nuevamente:

—No —pero Jane ni siquiera la escuchó.

—Lo he sabido desde la primera vez que viniste, después de que empezaras a trabajar con él. No podías esperar para regresar con él. Y ahora… bueno, la cosa no funciona, ¿no? Tenía la esperanza de que estuvieras saliendo con él, de que tú… pero ahora tienes algún tipo de pelea con él, ¿no es así?

Carrie miraba fijamente las manos de Jane, que sostenían una olla que había levantado del fuego. Jane insistió:

—Carrie, por lo menos deberías escuchar lo que ha venido a decirte. ¿No crees que sería razonable?

—Claro.

Jane se volvió rápidamente, para mirar la cara a Carrie.

—Carrie, yo… —se interrumpió y abrió los ojos de par en par—. ¡Oh, no! Yo…

Carrie se volvió lentamente; Charles estaba parado en la puerta de la cocina. Él la miraba fijamente; a ella, no a Jane, que estaba hablando rápidamente acerca del frío de la noche y de que Carrie debería ponerse algo de más abrigo que esa blusa sin mangas y el bañador.

Charles hizo un movimiento con la cabeza, llamando a Carrie; luego se volvió y caminó hacia el patio. Jane dijo entonces:

—Carrie, yo… lo siento.

—No importa.

¿Cuánto habría escuchado? Demasiado, a juzgar por su mirada. Seguramente había escuchado a Jane decir que Carrie siempre lo había amado.

No tenía ningún sentido ahora esconder sus sentimientos y tratar de evitar la confrontación. Si dudaba en seguirlo, entonces Charles sabría que Jane había dicho la verdad.

Carrie lo alcanzó en el patio. Cuando él se detuvo en el centro, ella lo adelantó y se detuvo al final de la barandilla, mirando hacia el mar, ahora oscuro.

Junto a ella estaba Charles, paralizado. Esperando. Observando.

No era el mismo Charles de aquella noche en su apartamento, sino el Charles que ella conocía mejor. Carrie respiró profundamente y se decidió a hablar.

—No es verdad, Charles.

—¿Quieres decir que no has estado enamorada de mí todos estos años?

Ella abrió los labios, pero las palabras no salieron.

—Sé que no es cierto —dijo él, sin esperar su respuesta—. Tú eres la única persona que siempre me ha visto tal como soy. Sin ideas falsas acerca de mí.

Ella se volvió y lo miró.

—¿Por qué estás aquí? —ella sabía la respuesta, pero ahí era donde la negociación debía empezar.

—He venido a llevarte conmigo. No tengo intenciones de permitir que me dejes ahora.

—¿Ahora? —preguntó Carrie, tratando de leer la expresión en sus ojos; pero no había nada.

—Siempre supe que un día te marcharías.

—¿Qué? —susurró ella—. ¿Que sabías que me marcharía? ¿Y por qué iba a hacerlo?

—Inevitable —Charles metió su mano izquierda en el bolsillo—. No soy tonto, Carrie; era inevitable que, cuando te dieras cuenta de que podrías hacerlo por tu cuenta, habrías de intentarlo.

—¡Hacerlo! —exclamó Carrie—. ¿Crees que estoy planeando algún tipo de especulación por mi cuenta?

—Sí, por supuesto.

—¿Con qué dinero? —preguntó Carrie, interesada a su pesar.

—Supongo que con unos veinte mil tuyos. Invertiste en Elson, ¿no es así?

—Sí —asintió mecánicamente.

—Pues ahora valen fácilmente veinte —dijo, encogiéndose de hombros—. Podrías conseguir el resto del capital por tu cuenta; eres lo suficientemente buena para ello.

—¿Lo soy? —tal vez Charles tuviera razón; ella podría tener las agallas para jugar el juego de Charles, pero por su cuenta. Ella había aprendido mucho de él. Sin embargo le dijo—: No me conoces muy bien.

—¿No te conozco?

—¿Piensas que te traicionaría? ¿Que me marcharía y usaría lo que he aprendido trabajando para ti, en mi propio beneficio?

Ella vio que él se encogía de hombros.

—Traición es una palabra fuerte; nunca me prometiste quedarte para siempre.

Ella había firmado un contrato por cinco años; entonces, Carrie dijo suavemente:

—Tú eres el jugador, no yo… nunca lo fui. Por eso pienso dejar mi juego; las apuestas están muy altas.

—¿Hablando con acertijos, Carrie? —preguntó él con voz suave. Y añadió—: Nadie se queda para siempre. Lo sé mejor que nadie. Pero tú no me dejarás todavía. Lo que estés planeando, tendrás que olvidarlo, y encontraremos otra solución para tus deseos de independencia.

—¿Sabes lo arrogante que pareces diciendo eso? Como si tuvieras mi vida en la palma de tu mano —dijo ella, y se estremeció, porque esa afirmación estaba muy cerca de la realidad —. Piensas que te he dejado para… ¿usar algo que he aprendido trabajando para ti? ¿En mi propio beneficio? Eso es simplemente una locura. ¿No sabes por qué me he ido? Después de que nosotros…

Ella paró de hablar, ante el sonido de la mano de Charles moviendo algo en su bolsillo; una moneda tal vez.

—Irte a la cama conmigo tal vez te dio la excusa conveniente para marcharte.

—¡Excusa conveniente! —repitió Carrie con incredulidad—. Charles, me fui porque… ¡demonios! —dio unos pasos, inquieta, sabiendo que él la miraba, que incluso en sombras un movimiento en falso la delataría. Él le había enseñado a permanecer firme, para esconder emociones y pensamientos. Trató de acordarse de cómo mantener el control de acuerdo con esas enseñanzas. Pero sólo sentía coraje por la forma tan cínica en que él se había propuesto ver los motivos de todos los que le rodeaban. Carrie dijo en voz baja —: Si no hubiéramos hecho el amor, tal vez habría continuado trabajando para ti para siempre. Ciertamente, nunca soñé con marcharme. Pero… bueno, después de que nosotros… después de que… después de eso, habría sido imposible para mí… —él no se había movido, pero ella cruzó el patio, diciendo en una explosión

de frustración—: No puedo trabajar para ti. No ahora, tienes que comprenderlo, después de lo que ha pasado.

El se movió hacia la barandilla. Observó fijamente el mar al tiempo que decía:

—Nunca pensé que serías lo suficientemente tonta como para arruinar tu carrera por culpa de una mala noche.

—¡Mala noche! —Carrie se movió hacia las cosas que había traído de la playa y se inclinó para tomar uno de los barquitos de David, abrazándolo fuertemente.

—¿Estas enamorada de mí, Carrie?

¡Gracias al cielo que no estaba frente a él! Tragó saliva y murmuró:

—Es una extraña pregunta viniendo de ti. Tú no crees en el amor, ¿verdad?

Carrie se puso de pie frente a él, que parecía furioso.

—No sé por qué has venido a buscarme. Yo sé que es un contratiempo que haya dejado el trabajo. Pero tú no me necesitas. No hay nadie en tu organización en quien no puedas confiar; pero al mismo tiempo, todo el mundo es prescindible. Tú lo has preparado para que así sea.

Él le lanzó una mirada inescrutable. Entonces dijo: —Tú no eres prescindible, Carrie. Ella lanzó una carcajada.

—Sí lo soy. Sólo tienes que encontrar una joven con la preparación adecuada. Vivían Chelton, diría yo. Trabaja para Kent Ferguson, pero la puedes convencer. Después de seis meses… no notarás la diferencia. Vivían o Carrie, no importará.

—Te necesito para el trato de Berlín.

—¿Y el trato posterior a ése? No, Charles.

—Carrie…

—No.

Él metió la mano en el bolsillo y se oyó un ruido de monedas. Carrie le dijo:

—Necesitas un lápiz.

—¿Qué?

—Un lápiz para jugar; siempre lo haces cuando estás enfadado.

—No estoy enfadado.

—Sí, sí lo estás —ella dejó el barquito de plástico—. Siempre lo he podido detectar; ¿por qué no me gritas, en lugar de ponerte esa

máscara?

—Yo no le grito a la gente. Carrie suspiró.

—Tengo que subir a leerle a mi sobrina un cuento para que se duerma… se lo he prometido.

Charles alzó la cabeza.

—Tienes un contrato conmigo. Un compromiso es

crito.

—Expira dentro de seis semanas, y me debes seis semanas de vacaciones, Charles.

Hasta en la oscuridad, Carrie notó que el gesto de Charles se había vuelto áspero.

—Te daré un puesto en el consejo, algunas acciones; te lo has ganado.

Ella continuaba abrazándose, pero ahora se agarraba fuertemente con los dedos, dejando que las uñas se le clavaran en los brazos.

—Este asunto no es negociable, Charles. —Dime qué es lo que quieres.

—Quiero tener todo lo que no tendría si me quedara contigo.

La voz de Charles se agudizó:

—¿Qué cosas?

Carrie se movió, incómoda.

—Son cosas en las que tú no crees… familia, niños. Las cosas que mi hermana tiene.

—Carrie, es una locura —Charles tenía las dos manos en los bolsillos, y su cuerpo y su voz fuertemente bajo control.

Los ojos de Carrie buscaron la luz en la ventana de la habitación donde Allie estaría esperando su cuento.

Davie estaría esperando también, pero él se quedaría dormido si no llegaba pronto. Allie no se dormiría; era una niña obstinada.

—¿Has sido infeliz conmigo, Carrie?

—No —dijo sinceramente; no tenía sentido mentirle a Charles; él sabría la verdad al final—. Me fui porque lo que pasó entre nosotros fue un duro golpe para mí, que permití que ocurriera. Y… y… yo no… no pude enfrentarme a ti después. Sabía exactamente lo que ibas a sentir cuando despertaras —levantó la cabeza y miró fijamente a Charles. Luego le preguntó en voz baja—: Despertaste molesto contigo mismo, ¿no es cierto, Charles?

—Sí.

—Sabía que lo estarías. Te despertaste planeando cómo deshacerte de esa situación, cómo hacer de ella un suceso inexistente. No podía soportar escuchar tus planes de cómo olvidar lo que había pasado entre nosotros. Entonces… por eso huí.

Él tocó el hombro de Carrie; un breve contacto que cortó inmediatamente.

—Has tenido tiempo para… Carrie, podemos simplemente olvidar lo ocurrido, borrarlo; no tiene por qué importar.

—Oh, claro, sabía que dirías algo parecido. La noche de la boda de Alex y Sarah es un inconveniente que ansías borrar de tu vida, ¿verdad? —dijo, sin poder ocultar el dolor en su voz—. Yo no voy a poder olvidarlo. Podrías suponer que todos los hombres con los que salgo se convierten en mis amantes, pero estás equivocado. No es mi costumbre invitar a los hombres a la cama; y supongo que huir fue una reacción natural para mí, porque…

Él la tomó por los hombros y la volvió hacia él.

—Carrie, no quise decir…

—No digas nada, Charles, ¡por favor! Después de huir de ti… bueno, empecé a pensar en todas las cosas que necesitaba.

—¿Qué cosas?

—Aire fresco, un jardín, mascotas, una familia, y algún motivo para regresar a casa. No voy a volver. Voy a encontrar un hombre con quien… con quien casarme.

—No te creo.

—No voy a ser tu ayudante por más tiempo. Voy a recuperar todo de lo que me he perdido estos últimos cinco años.

Ella se había apartado de Charles, pensaba que estaba fuera de su alcance, pero él la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. Estaba oscuro, pero aun así, sintió su mirada escrutadora.

—¿Es ésta la Carrie que yo conozco? —preguntó con voz suave —. ¿Vas a echar a perder tu carrera por una estupidez semejante? Es una lástima; ¿tienes algún hombre en mente?

Ella rió con amargura.

—¿Cómo podía encontrar a un hombre? No tenía tiempo trabajando para ti.

El dedo de Charles presionaba casi dolorosamente la barbilla de Carrie, pero su voz era monótona, sin énfasis.

—¿Vas a dejar los altos ingresos de tu trabajo para casarte, sin haber encontrado un hombre todavía?

Ella se apartó.

—Haces que parezca ridículo.

—Es ridículo.

Claro que lo era. No comprendía por qué lo había dicho. Se apartó nuevamente de él y dijo con dificultad:

—Esta conversación no nos lleva a ningún lado. Voy a leerles un cuento a mis sobrinos.

—¿Te llevará Charles con él? —preguntó Allie, al tiempo que Carrie dejaba el libro de cuentos sobre la mesilla.

—El señor Kantos —corrigió Carrie, mientras tapaba a su sobrina con una manta.

Allie se retorció bajo la manta.

—Hace mucho calor, tía Carrie. Y él dijo que lo llamara Charles.

—A tu madre no le gusta que llames a los adultos por su nombre.

Allie se sentó bruscamente; las mantas se cayeron a su alrededor.

—Si te casas con él, entonces será tío Charles, y no tendré que llamarlo por su apellido.

Entonces Carrie le dijo tajantemente:

—Eso no va a ocurrir.

Allie le dirigió una mirada de preocupación. Carrie dijo con firmeza:

—Él era mi jefe, pero ya no trabajo para él. Él quiere que regrese a trabajar, pero yo no lo voy a hacer.

—¿Quién es tu jefe ahora? —preguntó Allie, mientras sus ojos empezaban a cerrarse.

—Nadie, estoy de vacaciones, descansando.

—Léeme otra historia, tía Carrie.

—Esta noche no. Ahora tienes que dormir. Davie ya está dormido —Carrie se inclinó para besar el sonrojado rostro de Allie, y sonrió al ver que los ojos de la niña estaban cerrados.

—Buenas tardes, tía Carrie —susurró Allie.

—Buenas noches.

Carrie pudo oír la voz de Charles al tiempo que bajaba por la escalera. Charles y Kirk hablaban; Jane murmuraba algo de vez en cuando. Carrie no sabía sí bajar; si pudiera quedarse arriba, y dejar a Charles con Kirk y Jane… No resolvería nada, no detendría a Charles. Peor; su actitud le revelaría su miedo a enfrentarse a él.

Abajo, Kirk y Jane le estarían preguntando en dónde pensaba quedarse. Podrían decirle que era bienvenido si se quedaba allí en la casa de la playa. Había una habitación adicional.

Cuando Carrie atravesó la sala, Kirk la miró con una sonrisa.

—¿Los has dejado durmiendo? —preguntó Kirk; Carrie asintió.

—David está totalmente dormido, Allie balbuceaba que no estaba cansada, pero cuando la dejé ya había cerrados los ojos —Charles se puso de pie, y Carrie preguntó—: ¿Te marchas?

—¿Te puedo convencer de que regreses conmigo a Canadá mañana? —le dijo Charles.

—No —contestó Carrie.

—En ese caso, acepto tu oferta, Kirk. —¿Qué oferta? —preguntó Carrie. Charles hizo un gesto de despedida. Carrie, ¿podrías pedir un taxi para mí? Entonces; ella dijo con voz temblorosa:

—Eduardo, al final de la calle; tiene un servicio de taxis.

Charles murmuró despedidas para Kirk y Jane. Cuando Carrie le abrió la puerta principal, él le hizo un gesto para que lo acompañara.

Una vez fuera, ella se detuvo repentinamente.

—Es la casa del final, la del portón de hierro. Sólo llama y pregúntale.

—¿Habla inglés?

—Pues… no.

—Yo no hablo español.

Ella lo miró con recelo. Charles hablaba un fluido francés y alemán, y buen italiano. Ella le dijo:

—No estoy segura de creerte.

—Ve a ponerte algo de más abrigo, y luego consígueme un taxi. Es la única forma de deshacerte de mí esta noche.

—¿Qué oferta te ha hecho Kirk?

Charles se metió una mano en el bolsillo.

—Me ha invitado a dejar mi hotel y quedarme aquí durante las fiestas.

Ella se mordió el labio. —Nunca tomas vacaciones. Charles la tomó del brazo.

—Difícilmente puedes contemplar cómo te deshaces de mí efectivamente, si estás tiritando de frío. Ve a cambiarte, Carrie.

Capitulo 5

CHARLES esperaba en la puerta principal, y después de unos momentos Carrie regresó. Se había puesto una ajustada falda de algodón, una chaqueta que combinaba con la falda y unas sandalias.

—Pareces más abrigada ahora —dijo Charles, tomándola del brazo—; ¿por aquí?

—Sí —contestó, tirando levemente de su brazo, pero Charles no la soltó.

—¿Es ése su taxi? —preguntó Charles, haciendo gestos al ver el abollado vehículo amarillo aparcado delante de la última casa.

Carrie no pudo evitar sonreír, pensando en el Mercedes en el que viajaba Charles normalmente.

—Por lo menos funciona —le contestó Carrie—. Eduardo tiene una botella de agua en la parte de atrás; no te sorprendas si a mitad del camino a tu hotel, se detiene a ponerle agua al radiador.

Él rió entre dientes mientras Carrie metía las manos en los bolsillos de su chaqueta, tratando de ignorar la sensación producida por la mano de Charles en su brazo.

—¿En dónde te hospedas, en qué hotel? —le dijo Carrie, mirándolo de reojo.

—En el hotel El Presidente.

—No te podemos dar esa clase de hospitalidad; ni piscina, ni aire acondicionado —dijo Carrie; los dedos de Charles presionaron su brazo.

—¿Me estás llamando esnob, o débil?

—Ninguna de las dos cosas, pero a ti te gustan las cosas caras.

—Así es; mientras tengo dinero para permitirme mis deseos, tomo lo mejor.

—Predecible —dijo Carrie duramente.

—¿Estás tratando de empezar una pelea, Carrie?

—No.

—Yo pensé también que tus actos eran predecibles, pero estás haciendo un buen trabajo al probar que estaba equivocado. Si, Carrie, quiero lo mejor, y preci samente por eso no te dejaré ir.

Ella se asombró al darse cuenta de que estaba sonriendo, como una respuesta al calor de su voz.

—¿Piensas que mudándote a mi casa encontrarás la manera de convencerme?

—Con el tiempo, sí. Cambiarás de parecer.

En ese momento, Carrie se apartó de él. Tal vez fuera el perfume del mar, y la noche tropical, lo que la movió a preguntar:

—¿Hasta dónde llegarías Charles? ¿Me harías socio igualitario en Kantos?

—No.

Ella se echó a reír.

—No, claro que no.

Él se volvió, y empezó a caminar de nuevo. Ella lo siguió automáticamente.

—Pero ése no es tu precio, ¿verdad, Carrie?

—No. Quiero cosas que no tienes en tu arsenal de ofertas.

La voz de Charles se volvió áspera.

—No creo que te hayas vuelto loca, Carrie; estás tratando de alcanzar sueños, cuando yo te puedo hacer rica.

Ella se detuvo junto al portón de hierro forjado. Charles iba a abrir la puerta cuando ella lo detuvo con su mano.

—Protocolo local… las paredes de una casa son sagradas, Charles. Aquí no abras la puerta para entrar, a menos que hayas sido invitado. Ahí hay una campana.

Él tiró de la campana.

Un momento después, apareció un hombre en la puerta interior de la casa. Reconoció a Carrie, y se apresuró hacia el portón.

—¡Hola, Carrie, adelante, adelante!

—Gracias, Eduardo, pero no; deseo un taxi para mi amigo.

Eduardo saludó a Charles con una sonrisa y unas palabras en

español, haciendo al final una señal con los dedos, al decir:

—Un momento, por favor. Carrie, ¿es tu novio? —Carrie se sonrojó, preguntándose cuánto español entendería Charles. Y le respondió rápidamente:

—Solamente un amigo. Desea un taxi al hotel El Presidente, pero no habla español. ¿Por tres mil pesos? —agregó, sabiendo lo complicado que era tomar un taxi en México, sin saber el precio por adelantado.

Eduardo sonrió y asintió, hizo nuevamente la seña con los dedos para que lo esperaran un momento, al tiempo que corría hacia su casa.

—Él te llevará en un momento —si Charles había comprendido lo que Eduardo había dicho, no comentó nada; y en lugar de ello le preguntó:

—Carrie, ¿habrías aceptado regresar, si hubiera estado dispuesto a hacerte socia?

—No.

—Entonces, ¿por qué el comentario?

—Estaba tratando de decir que hay algunas cosas muy caras, hasta-para ti.

Él se volvió y se apoyó en el taxi; su cuerpo quedó iluminado por las luces de la noche. El se cruzó de brazos y la miró; entonces Carrie comprendió que él disfrutaba de todo esto, planeando negociar para ganar. Carrie había visto cómo lo hacía demasiadas veces, pero esta vez la apuesta era por ella.

—Di el precio —sugirió Charles—, dame un punto de partida —Charles sonrió, pero en sus ojos había una expresión calculadora.

La puerta de la casa se abrió. Eduardo salió; llevaba puesta una chaqueta ligera para lo que era una noche fría en esa parte del mundo. Carrie deseó poder borrar esa mirada calculadora de la cara de Charles. Algo temerario empezó a hervir en el interior de Carrie.

—¿Quieres realmente saber qué me podría hacer regresar?

—Sí —Charles se quedó paralizado.

—Quiero una casa —dijo, y vio en él una mirada de aceptación que ya conocía y que indicaba que estaba dispuesto a concedérsela. Eso era peligroso, porque significaba que estaba irracionalmente determinado a recuperarla. Sintió pánico, pero luego se armó de valor para decirle—: No quiero una casa en la ciudad, quiero una

casa con césped y árboles frutales, no un rascacielos con vista panorámica —Carrie respiró profundamente y agregó—: Pero eso es sólo el comienzo: quiero más que eso.

Él ya no sonreía. «Está enfadado», pensó Carrie, «Pero sin demostrarlo». Eduardo dijo algo desde su casa y luego cerró la puerta. Carne podía sentir los fuertes latidos de su corazón.

—Y una familia. Ése es mi precio, Charles; cásate conmigo y dame una familia.

El sonido de sus palabras hicieron eco en la noche. Carne se mordía los labios. El único sonido que se oía era el de Eduardo caminando hacia el taxi. Carne deseó poder huir en ese momento, pero, ¿a dónde iría?

Entonces, ella preguntó con firmeza:

—¿Cómo me has encontrado?

Eduardo casi había llegado. En un segundo sería libre. Charles dijo:

—Por tu agenda de direcciones, en tu apartamento.

Ella lo miraba fijamente.

—¿Quieres decir que tú… estuviste fisgando entre mis cosas? Antes de dejar mi apartamento tú…

—Después —Charles la corrigió fríamente—, no sabía que te habías ido hasta que llegué a la oficina; y aun así, hasta el lunes no estuve seguro de que habías dejado la ciudad.

Carne se pasó la mano nerviosamente por el pelo. Pensó en Charles en su apartamento. Buscando, tratando de encontrar… ¿qué?

—¿Forzaste la cerradura para entrar?

Eduardo había llegado al taxi, y estaba abriendo la puerta del conductor, cuando Carrie gritó:

—¿Cómo pudiste hacer eso? ¿No cerraste con llave después de que… cuando te fuiste el sábado?

—Sí la cerré con llave —su voz sonaba entrecortada—. Usé una llave para entrar… la del guardia de seguridad.

—Claro —replicó, recordando que él era el dueño del edificio; ella se calmó, y en un susurro le preguntó—: ¿Crees que eres mi dueño también?

—Lo único que tomé fue información de tu agenda de direcciones. ¿De qué otra forma te iba a encontrar?

—Se suponía que no debías haberme encontrado —ella se apartó rápidamente, abrazándose porque la noche era fría.

Charles no contestó. Al otro lado del taxi, Eduardo finalmente abrió la puerta con un fuerte crujido de metal. Carne murmuró:

—Adiós, Eduardo —y a Charles le dijo rígidamente—: El precio del viaje es de tres mil pesos —ella se detuvo, y con preocupación, le dijo—: Si no tienes pesos, Eduardo aceptará un dólar americano por los tres mil.

—Te veo mañana —contestó Charles simplemente.

No, no lo haría. Después de mediodía, elegiría regresar sin ella. Carne lo había visto tomar ese tipo de decisiones; así como le gustaba ganar, sabía retirarse de un proyecto si el precio era muy elevado. Él se alejaría de ella, porque había venido a razonar con ella no a hablar de locuras.

Cuando entró en la casa, Carrie oyó el sonido de unas veces en la sala.

—¿Charles ha tomado su taxi? —preguntó Kirk.

—Sí.

Jane parecía disgustada.

—No sé si le gustará quedarse aquí; sólo tenemos esa pequeña habitación junto a la tuya, pero no es elegante.

Y Kirk comentó:

—Él no va a venir por la casa, cariño; él quiere a Carrie.

—Yo no esperaría siquiera que viniera —dijo Carrie, y los dos la miraron fijamente, como si pudieran ver el dolor creciendo dentro de su pecho.

—No te habrás peleado con él, ¿verdad? —le preguntó Jane.

Carrie metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Charles no pelea; negociar es su estilo. Pero ahora ya sabe que tengo un precio muy elevado…

La casa de la playa estaba a unas manzanas del pueblo de Los Santos, al que se podía llegar por una sucia calle que conducía a la plaza del pueblo y al mercado. El pueblo había crecido cuesta arriba lejos del mar de Cortés. Para los habitantes del pueblo, la costa era un lugar para los pescadores y sus barcos, no para que las familias vivieran.

—¿Tía Carrie? —la llamó Davie, tirando de su vestido—. Vamos, tía Carrie, nos dijiste que íbamos a comer perritos calientes.

Carrie se volvió y tomó la mano de David para que fueran juntos cuesta arriba hacia el pueblo.

—A mediodía, Davie; es la hora del desayuno —Allie se había adelantado y estaba en la esquina. Carrie la llamó.

—Allie, ¡da la vuelta, vamos por el otro camino! ¡Rodeando la cabaña del tejedor! —Carrie cambió de dirección y dio la vuelta a la derecha en lugar de a la izquierda. Ella no se dio cuenta, pero había estado aguantando la respiración, hasta que Allie dio la vuelta y estuvo con ellos. Luego caminaron en sentido contrario al rumbo que había tomado el taxi de Charles hacia su hotel.

Tal vez Charles regresara a decir adiós, y le dejara un recado con Kirk.

—Quiero un poncho —dijo Allie en español, al tiempo que rodeaba la tienda—, todo rojo y marrón y amarillo, como el que tiene mamá.

—Sólo estamos mirando —les dijo Carrie firmemente—. Davie, no te sueltes de mi mano.

Una mujer mexicana que atendía la tienda salió, y Carrie le explicó que estaba buscando manteles. Entonces la mujer la guió a un anaquel lleno de ellos.

—¿Qué color crees que le gustará a mamá? —le preguntó Carrie a Allie. Había en la casa de playa un mantel mexicano de color marrón y dorado, y Jane había mencionado la idea de llevarse algunos a Canadá.

—¿Vendrá Charles hoy a visitarnos a la casa? —preguntó Allie, pero Carrie no contestó—. Rojo —dijo Allie.

—Ese es tu color favorito —le dijo Carrie sonriendo—. ¿De qué color es la vajilla de mamá?

—Como gris —opinó David—, y tiene una tetera a juego. Papá se la regaló —y se metió un dedo en la boca, un hábito que Jane había tratado de quitarle.

La mujer mexicana sostenía un mantel rojo en sus manos maltratadas por el trabajo. Carne titubeó, pensando en la palabra en español para gris. Entonces Allie dijo en español:

—Quiero un poncho.

—En tono gris —dijo Carrie, recordando la palabra. Luego hasta

Allie se interesó en la elección de colores, entre gris y oro, gris y plata o gris y rojo.

—Me llevo éstos —decidió Carrie finalmente.

Cuando Carrie se volvía tomando de la mano a David, vio la luz de la puerta abrirse, y en la penumbra, la silueta de Charles, que había entrado.

Entonces David le dijo:

—¡Hola, señor!

Charles sonrió.

—Hola, David, Allie —contestó Charles; el día anterior iba vestido con un traje de negocios. Ahora llevaba puestos unos pantalones de color gris pálido y una camisa de color crema.

Mientras él miraba a los niños, la mujer mexicana envolvía los manteles.

—¿Un regalo para tu hermana? —preguntó Charles.

—Sí —dijo Carrie sin aliento. Durante cinco años, Carrie se las había arreglado para mantener su voz en calma, y el pulso bajo control cuando él estaba cerca. Pero ahora parecía imposible—. ¿Vienes a decir adiós?

—No —dijo Charles. Entonces Allie interrumpió.

—Tía Carrie, él se va a quedar con nosotros, papá —dijo—… Y vamos a negociar.

Charles se rió; mientras, Allie lo miraba especulando, y luego le ofreció:

—Tú puedes tener a tía Carrie si me regalas un poncho rojo —se sonrojó, agregando—: Siempre y cuando regrese a visitarnos.

—Trato hecho —dijo Charles, a lo que Carrie respondió con firmeza:

—No te imaginarás que yo… —la mano de Charles tocó su espalda.

Carrie se sacudió, alejándose. Charles le murmuró:

—Sin miedo… sólo estoy eliminando obstáculos potenciales. Allie, ¿en dónde hay ponchos?

Allie se volvió inmediatamente hacia la dependienta.

—Un poncho rojo, por favor.

—Dos —dijo Charles.

—¿Dos? —preguntó la mujer, alzando las cejas.

Entonces Charles señaló con su mano dos dedos, al tiempo que

Carrie preguntaba:

—¿Por qué dos?

—¿No quieres también un poncho? —preguntó Charles, dirigiéndose a David.

—Claro —contestó David, entonces Carrie supo que no podía hacer nada al respecto. Y seguramente Jane se enfadaría, pero… bueno, probablemente Charles la convencería para que no se molestara. En cualquier caso, sería ridículo pensar en Charles y Allie haciendo un trato por ella. Era sólo una broma.

—Creo que no llevamos suficientes pesos para dos —dijo Carrie, desanimada—, y aquí no aceptan dinero extranjero. Muchos mexicanos lo harían, pero aquí sólo aceptan moneda nacional.

Allie se empezaba a preocupar, cuando Charles sacó una tarjeta de crédito.

—No aceptarán esa tarjeta tampoco —advirtió Carrie.

Sin embargo, la mujer mexicana empezó a desempolvar una vieja máquina para recibir la tarjeta de crédito de Charles. Carrie le hizo un gesto, y Charles se rió; su rostro normalmente serio adoptó una expresión divertida. De repente, Carrie se quedó sin aliento, y tuvo que luchar contra la necesidad de acariciar su rostro al sentir un eco de aquella noche que había tenido que olvidar…

Carrie se agachó, ocupándose de contar los pesos para pagar los manteles.

Los niños dejaron la tienda con los ponchos puestos. Carne los observaba; dos pequeños gringos, vestidos con ropas tradicionales mexicanas, pero encima de las típicas camisetas extranjeras.

—No les durará mucho —dijo Carrie, riendo—. Una vez que estén al sol, olvidarán los ponchos.

Charles miraba alrededor, sorprendido por los edificios, algunos de ellos con los refuerzos de hierro que sobresalían de los tejados ya terminados. Bajo sus pies el piso era irregular, porque por lo que se podía observar algunos propietarios pavimentaban, y otros no se molestaban.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Charles.

—¡A comer perritos calientes! —gritó David inmediatamente.

—Todavía no —le dijo Carrie—. Primero a la panadería y luego los perritos calientes.

Cuando caminaban cuesta arriba, la mano de David se deslizó en

la mano de Charles. Él lo miró de reojo, sobresaltado, pero siguieron caminando, y Charles lo tomó de la mano.

—Charles, ¿qué tipo de niñez tuviste? —preguntó Carne repentinamente.

—Una normal… padres, colegios —contestó, alzando las cejas.

—¿En Vancouver?

—Toronto, después Vancouver —le dijo, mirándola—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, sólo curiosidad —Carrie puso los manteles en la bolsa que Jane le había dejado—. ¿Enviaste aquellos requisitos por fax a Berlín el lunes?

Él se detuvo para abrir la puerta de la panadería, para que ella y los niños pasaran. Cuando Carne pasó a su lado, él murmuró:

—Si quieres formar parte de los tratos, tienes que retirar tu dimisión.

Ella pasó sin contestarle, apretando la mano de Allie. En la panadería, Carne le sonrió a una mujer de mediana edad.

—Buenos días, María —Carrie pudo ver los estantes vacíos, pero preguntó de todas formas—: ¿hay pan hoy? María le dio una larga explicación en la que la palabra mañana se oyó variass veces. Intercambiaron algunas otras palabras de cortesía en español, y luego Carrie se volvió hacia Charles haciendo un gesto para que se marcharan.

—Tengo que aprender español —dijo Charles alegremente con voz baja.

—Parece que la panadería no está haciendo pan —explicó Carrie.

—¿Por qué no?

—Porque el panadero ha ido al pueblo vecino a visitar a su hermana. Pero regresará mañana.

Charles rió entre dientes, haciendo que Allie lo mirara con interés.

—Buena forma de hacer negocio, pero, ¿por qué no cierran la tienda?

Carne asintió, sonriendo.

—No lo sé; hay una costumbre mexicana de mantener las panaderías abiertas aunque no haya pan. No lo entiendo, pero es así.

—Entonces, ¿regresamos mañana?

—Sí, eso es. Pero aquí «mañana» no significa necesariamente «el día siguiente». Puede ser cualquier día de la semana.

—¿Vamos a otra panadería? —sugirió Charles.

—No hay otra. Compraremos más tortillas en lugar de pan.

—¿Perritos calientes? —preguntó David esperanzado, tirando de la mano de Charles.

Primero fueron a la tortillería, en donde Carrie y Callie hicieron cola para comprar medio kilo de tortillas. Luego al mercado, en donde Carrie compró una piña y una papaya.

—Ahora sí; los perritos calientes —dijo Charles, y David gritó de alegría. No era el tipo de actividad con la que Carrie habría imaginado que Charles disfrutara; pero eso parecía, de pie entre un grupo de campesinos mexicanos, junto a un vendedor callejero, comiendo perritos calientes con mucha salsa picante, cebolla y mayonesa. Luego Carrie vio con sorpresa cómo Charles se agachaba y con su propio pañuelo limpiaba el rostro de David. Repentinamente, David se quitó el poncho.

—Ya no quiero usar más esto. Estoy cansado. No quiero caminar más, ni ponerme esto más —dijo David.

—Nos sentaremos en la plaza del pueblo y descansaremos —dijo Carrie.

David agitó la cabeza.

—Quiero regresar a casa —replicó.

Carrie guardó el poncho en la bolsa.

—Bueno, tendrás que descansar un poco primero —le dijo Carrie con firmeza a David. Ella no iba a llevarlo en brazos con ese calor, ni a pedirle a Charles que lo… bueno, no tenía la certeza de cómo respondería.

—Papá deja que David se suba en sus hombros cuando está cansado —dijo Allie mirando a Charles.

—Entonces, sube —contestó Charles. Lo alzó en sus hombros, y así se fueron cuesta abajo, con los pequeños puños de David asidos fuertemente a los rubios y ondulados cabellos de Charles. Allie brincaba al lado de Carrie, y continuaba empeñada en llevar el poncho. A la mitad del camino cuesta abajo, Allie corrió junto a Charles y deslizó su mano en la de él. Carrie sintió una extraña sensación de desolación, pero se dijo firmemente que ya no era una

niña, y que ciertamente no iba a ir en pos de la mano que le quedaba libre a Charles. Sólo para asegurarse de que no haría el ridículo, pasó la bolsa que llevaba a su otra mano que era la más cercana a la mano libre de Charles. Y en ningún caso lo haría, porque Charles llevaba la bolsa de plástico con la fruta y las tortillas, además de a David en sus hombros.

Repentinamente, Charles se detuvo. David brincaba observando a los demás y riendo.

—Aguanta un segundo, socio —dijo Charles, con tono de diversión—. Allie, ¿me ayudarías con esto? Quiero tomar la mano de Carrie.

Carrie estalló.

—Carrie no necesita que la tomen de la mano. Charles le dio la bolsa a Allie.

—Tenemos toda la apariencia de una familia unida y tú, Carrie Brooke, estás rompiendo esa imagen por empeñarte en ir sola.

Así que regresaron a la casa de la playa tomados de la mano.

Cuando cruzaban la puerta, Jane corrió desde el fondo del patio a recibirlos.

—¡Charles, Dios mío! Yo… bueno, David, baja de sus hombros. ¡Y con este calor! —Jane bajó a su hijo, diciendo rápidamente—: Kirk ha ido al pueblo a llamar por teléfono… pero regresará dentro de un momento. Mientras, y después de cargar con este pequeño monstruo por todo el pueblo… ¿por qué no vais a la playa, Charles? La sombrilla está puesta; y puedes llevar unas cervezas frías.

Carrie sabía que Charles no tomaba cerveza, pero aceptó una botella fría de Jane. Carrie tomó una botella de soda del frigorífico. Y aprovechó para esconder

los manteles en donde Jane no pudiera encontrarlos, para dárselos más tarde.

Cuando ella se volvió, vio a Charles parado en la puerta de la cocina, con la mano en la botella de cerveza.

—Me han mandado a la playa —dijo con voz relajada—, será mejor que vengas conmigo.

La respiración de Carrie se alteró a causa de la mirada de Charles.

—¿Es una orden?

El inclinó su cabeza, observándola.

—No, no creo —dijo Charles, acercando sus manos hacia ella—. ¿Vienes?

Ella dudó sólo un momento, poniendo luego sus manos en las de él.

Capítulo 6

CHARLES dijo:

—Tengo algunas sugerencias.

Carrie hundía sus pies en la arena, mirando a Charles con dificultad. Después de ajustar la sombrilla, Charles se sentó en la arena, a sólo unos centímetros de distancia de Carrie. Con una mano sostenía la botella de cerveza, y con la otra se apoyaba en la arena; parecía muy cómodo, muy relajado.

—¿Qué clase de sugerencias?

Él miraba la botella de cerveza, dándole vueltas, pero realmente a la que observaba era a Carrie.

—Te doy tres meses de vacaciones, pagadas, por supuesto. Puedes ir a donde quieras, y hacer lo que gustes.

Ella se preguntó si pagaría sus billetes de avión y las cuentas de los hoteles.

—¿Estás tan determinado a hacerme regresar?

—Sí —dijo en voz baja, sin énfasis.

Ella levantó un puño lleno de arena.

—No tiene sentido —ella cerró el puño, sintiendo el calor de los granos de arena—. No lo quiero.

—Está bien —dijo Charles, con un gesto de descontento en su rostro—. Entonces, sugiero una alianza comercial.

Carrie apretaba la arena fuertemente en su mano.

—¿Apoyo financiero? —preguntó, y él asintió.

Ella dejaba caer los granos de arena en la pila que se había formado frente a ella.

—¿Qué obtendrías tú de ello, Charles?

—Quiero que te mantengas activa en mis negocios.

Las manos de Carrie temblaban. Entonces, las enterró en la pirámide de arena.

—No, Charles, no quiero.

—Acciones… diez por ciento. Un lugar en el consejo de administración —estalló Charles.

—¿Por qué? —Carrie agitó la cabeza bruscamente.

¿Por qué las ofertas continuaban surgiendo? ¿Por qué Charles seguía empeñado en imponer su voluntad? ¿La convencería? Los ojos de Carrie vacilaban entre observar el rígido contorno de la mandíbula de Charles, o su mano haciendo girar la botella de cerveza. El miedo empezaba a dominarla. Ella podía sentir su pasión por ganar, y sabía que, en ese momento, Charles estaba en su punto más peligroso.

—¿Cuales son tus planes, Carrie?

—Estoy de vacaciones. No necesito planes.

—¿Piensas descansar bajo el sol de México hasta que tu futuro marido venga por ti en su blanco corcel?

—¿Por qué no? —Carrie se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—Yo esperaba que Carrie Brooke tuviera un plan.

—Y a mí me habría gustado tenerlo. Pero me estoy concentrando en liberarme de ti, Charles. Y no es fácil.

—Entonces, eso es todo.

Carne levantó la cabeza, ante el tono terminante en la voz de Charles. ¿Estaría todo a punto de terminar? Ahora, ella no debía mostrar debilidad alguna. Entonces, dijo firmemente:

—Sostengo mi renuncia.

—¿Por qué quieres una familia?

Ella no contestó. Se concentró en sacudir la arena de sus manos.

Él empujó la botella de cerveza en la arena, y se levantó. Entonces ella lo miró, porque él se había dado la vuelta; estaba observando fijamente el océano, con el sol dándole de frente. Carrie lo observó, pensando que no se había dado por vencido; no todavía.

—Por favor, Charles, no lo hagas. No hay nada que

puedas ofrecerme —dijo Carrie con voz temblorosa. Él se volvió para mirarla. —Sí hay una cosa.

—No, Charles, ninguna. —Cásate conmigo.

Carrie abrió la boca en un gesto de sorpresa. Él rió levemente.

—Parece que te he dejado muda, Carrie.

—¿Es una broma, verdad? —Carrie podía sentir cómo el calor subía lentamente a su cuello, fluía a su rostro—. Si lo es… no tiene gracia, Charles.

—Estamos negociando, ¿o no? —preguntó Charles—. Dijiste que el matrimonio era tu precio.

—No fue mi intención… —Carrie comenzó a pasarse las manos por el pelo nerviosamente—. No puedes… Parece como si estuvieras ofreciéndome otros cincuenta mil por un buen inmueble —Carrie dejó caer las manos, en un gesto de desesperación—. Tú… yo… ¡no!

—¿No te gusto, Carrie?

—Ese no es el problema. Yo… —Carrie se alejó rápidamente de él, con sus pies desnudos sobre la arena—.

No… yo… Tú sabes que yo no…

—Me pregunto si conozco algo acerca de ti —ella se volvió, al sentir la dulzura en su voz.

—Tienes esa mirada en tu rostro, la que significa que estás listo para firmar, y no puede ser… ¡Tú no te quieres casar conmigo! —dio unos pasos, alejándose, para luego volverse hacia él, levantando en su giro una ráfaga de arena—. ¡Esto es estúpido!

Todo su cuerpo temblaba; pero él estaba en pie, casi relajado, como si todavía no hubiera puesto en juego lo suficiente para alcanzax lo inalcanzable. Él ahora estaba callado, y era sólo una estrategia: no mostrar ni decir nada, mientras el oponente perdía el control.

Para ganar, ella tenía que ser tan fríamente calculadora como él; pero estaba alterada, con el alma pendiente de un hilo.

—Yo… yo sé que detestas perder, pero… el matrimonio es un precio muy alto, sólo para que vuelva a la oficina.

—Cuando nos casemos, prepararé a otra persona, para que ocupe tu lugar en el trabajo.

—Cuando nos… cuando… ¿de verdad crees que voy a casarme contigo?

—¿Por qué no, Carrie? —sus labios esbozaron una sonrisa—. Quieres una casa, un gato, niños. Yo te puedo dar todo eso, y más —entornó los ojos, mientras decía—: Tal vez yo… no estaba precisamente preparado para lo que nos pasó en la noche de la boda

de Alex. ¿Qué me dices de ti, Carrie?

Él oyó un suave gemido y preguntó:

—¿Es posible que estés embarazada?

Carrie tragó saliva, y agitó la cabeza.

—Yo… yo no lo creo.

El seguramente vio el pánico en sus ojos, porque en seguida le preguntó con suavidad…

—No hay necesidad de asustarse, Carrie. Sólo trato de decirte que si es un niño lo que quieres, yo podría dártelo. Como mi mujer… ya que somos definitivamente compatibles.

Compatibles. Carrie, al recordar, todavía sentía que el calor corría por sus venas, y Charles probablemente lo sabía. Ella se volvió, apartándose.

—¿Has dicho que prepararías a otra persona para ocupar mi puesto? ¿Por qué no haces eso y… y…? —de repente Carrie se volvió, enfrentándose a él—. ¿Y a quién prepararías, a Vivian?

—No, a Vivian no.

—¿Por qué no?

—No dudo de que Vivian sería competente —dijo Charles en tono de conversación—. Pero un hombre casado estaría buscando problemas, si contrata a una mujer soltera y hermosa.

Carrie juntó sus manos a la espalda, al tiempo que decía ásperamente:

—¿Sería Vivian tu tentación, si te casas conmigo? Eso hace que todo esto suene ridículo, ¿no crees? Una alianza destinada al fracaso.

—Si me caso contigo, ten la certeza de que cumpliré cualquier juramento que haga —dijo Charles, con voz grave.

—¿Un contrato?

—Una boda por la iglesia —sugirió él.

—No veo la necesidad de la ceremonia en la iglesia.

—¿No ves la necesidad? —preguntó Charles.

—Quiero decir que no tienes la menor intención de amarme. En la iglesia se hacen promesas de amor. Yo no puedo… no pienso que… —murmuró finalmente.

—No —dijo Charles con firmeza—, obviamente no estás pensando. Lo discutiremos más tarde.

—¿Más tarde? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿Qué me dices

de… qué pasará con Berlín? ¿Qué hay de la construcción en la Costa Norte? No te puedes quedar holgazaneando en México para siempre.

—No llevará mucho tiempo, Carrie.

—¿El qué? ¿Convencerme? —Carrie se mordió el labio—. ¿Qué sería… qué esperas de mí? —preguntó Carrie, acalorada—. Quiero decir, que quieres que vuelva al trabajo, pero al mismo tiempo hablas de preparar a alguien para ocupar mi lugar. Entonces, ¿qué obtendrías de un… un… matrimonio? —los ojos de Carrie dejaron de mirarlo, al tiempo que susurraba—: Me… ¿me amas?

Silencio. Ella alzó la mirada. Él había caminado unos pasos hacia la playa, mirando el mar, con las manos en los bolsillos. Ella lo observó, fuertemente consciente de la tentación que surgía en su interior. La urgencia de aceptar su última oferta, para apostar por una increíble aventura.

—Amor, no Carrie; no me estoy abriendo a ese tipo de desastre —él se volvió, para mirarla, con expresión triste—. Quiero que vuelvas, quiero tu frialdad calculadora, tus ideas, tu apoyo —su voz se detuvo, y admitió—: Tú eres la única persona con la que puedo hablar de mis planes, la única persona en quien confío plenamente.

Ella extendió sus manos, en un gesto de desamparo.

—Yo… Charles, eso no es razón suficiente para que me case contigo.

—La confianza es un valor escaso, Carrie. Y tú sabes que te quiero de otra forma. En mi cama —Charles sonrió—. Confianza, respeto, compatibilidad… ¿son ésas tan malas bases para el matrimonio?

—Amor —dijo Carrie—. El amor debe ser la base para el matrimonio.

Entonces él dio un gruñido de escepticismo.

—El amor no es una base sólida, Carrie. El amor es explosivo, y no se puede depender de él. Si piensas que quieres amor… mi padre amó a mi madre. Tal vez ella lo amara también… no sé. Pero sé que ambos se hicieron la vida imposible, por los romances de mi madre y las visitas al juzgado por las bancarrotas de mi padre; hicieron lo que pudieron para atormentarse el uno al otro.

Ella se abrazó suavemente.

—Sólo porque tus padres fueran desgraciados, no voy a arruinar

mi vida con un matrimonio frívolo.

—No creo que nuestro matrimonio fuera frívolo. No te mentiré acerca del amor, Carrie, pero ya es tiempo de que forme una familia. Si no tengo una familia que sea mía, ¿a quién demonios le voy a dejar todo mi dinero cuando muera?

Carrie agitó su cabeza, dándose cuenta de que la situación era irremediable.

—Piensa en ello, Carrie. Deja abierta la posibilidad.

—Charles… —¿qué podía hacer con un hombre que no aceptaba un «no» como respuesta?, pensó Carrie, y luego susurró—: ¿Me dejarías sola mientras pienso en ello?

—No.

—Endemoniado Charles —le dijo, golpeándose el muslo con el puño derecho—. ¿Crees que me puedes obligar a casarme contigo?

—No, por la fuerza no —él tocó su mejilla. Ella se alejó, como si le hubiera hecho daño.

—Yo… está bien, acepto el lugar en el consejo, ¿quedas satisfecho?

—No, Carrie, nuestras negociaciones han ido más allá que eso —murmuró.

—Pero… —Carrie se mordió el labio, confusa—. Tú dijiste… ¿por qué? ¿Por qué no?

Él aguzó su mirada, y golpeó cariñosamente la barbilla de Carrie.

—Recuerdos —dijo rudamente Charles—. Surgieron fantasías que tú provocaste. Es culpa tuya, Carrie. Fueron tus términos de anoche, cuando intentaste expulsarme de tu vida, en el taxi de Eduardo —sus dedos rozaron las mejillas de Carrie—. Me hiciste darme cuenta de que quería una vez más oír tu voz susurrando mi nombre, tus ojos diciéndome cuánto me necesitabas.

Charles movió suavemente la cabeza de ella hacia arriba, y encontró los ojos entrecerrados de Carrie, tratando de esconderse de su mirada.

—Pelea si quieres, Carrie. Tal vez sea inevitable. Eres una mujer muy apasionada debajo de esa fría superficie —él sonrió ligeramente y añadió—: Fría hasta hace poco. Esa superficie se está rompiendo. Sólo recuerda, Carrie… al final serás mía.

Varios días después, Kirk y Jane anunciaron que conducirían al sur, a La Paz, para pasar el día allí.

—Una visita a la gran ciudad —dijo Kirk—; Jane necesita algunos libros para leer. Vamos a una tienda de libros de segunda mano, que tiene novelas en inglés; y yo necesito una nueva máquina de afeitar…

Allie brincó detrás de su padre.

—Veremos a nuestros amigos que viven cerca del mercado. ¿Vas a venir, tío Charles? —hacía un par de días que lo llamaba «tío». Y cada vez que Carrie la escuchaba, sentía que se deslizaba un poco más hacia lo inevitable: aceptar los términos de Charles.

—Esta vez no, Allie; Carrie y yo nos quedaremos aquí hoy —le dijo Charles.

Un día solos. Peligroso, especialmente cuando ella no podía encontrar la fuerza de voluntad para negarse. Pero cuando todos se hubieron ido, de repente Charles le anunció:

—Voy al hotel a hacer algunas llamadas. Tal vez tarde más de lo usual.

—No hay problema —repuso Carrie. La semana anterior, él había arreglado con el gerente del hotel usar una habitación como despacho, sobre todo para hacer sus llamadas en privado.

Con una mano en la puerta, Charles le lanzó una mirada.

—Salgamoss esta noche. Iremos a ese pequeño lugar cerca del centro. Podemos cenar… bailar… —le dijo con una mirada que ella no pudo descifrar, para luego agregar—:… y hablaremos.

Charles se marchó sin esperar la respuesta de Carrie.

Ella se quedó paralizada, observando durante un rato la puerta cerrada después de que él ya se hubo marchado. Él caminaría hasta su hotel. Hacía casi una semana que estaba en Los Santos, y se había acostumbrado a los paseos a pie, porque pensaba que caminar era más rápido que el taxi de Eduardo. Cuando volviera a la ciudad, ¿cuánto tardaría en regresar a su intenso ritmo habitual? Parecía otro hombre; había cambiado de hábitos y de ritmo.

Siempre se había preguntado si Charles sabía cómo jugar; en los últimos días se había sorprendido viéndolo realizar actividades que no tenían ningún valor económico: competiciones de natación con Kirk, juegos con Davie y lecturas de cuentos a Allie; hasta escuchaba con tención a Jane, acerca de sus planes para cambiar la

decoración de su casa en Canadá.

El día anterior había ido a la playa con Carrie, a dar un largo paseo; había tomado su mano la mayor parte del camino de vuelta, y hablado ociosamente de todo y de nada, pero nunca de negocios.

Carne se puso el bañador y bajó al mar, tratando de apartar de su mente la imagen de Charles.

Se zambulló y comenzó a nadar como si estuviera en una carrera, esforzándose por no pensar en lo que le depararía el futuro.

Salió del mar sacudiéndoselas gotas de agua.

Charles todavía no había regresado. Allí en su hotel, estaría resolviendo problemas importantes de sus negocios.

Carne tomó la toalla y se la ató alrededor de la cintura; entró en la casa con los pies desnudos y subió las escaleras hacia su habitación. Allí, frente al espejo, observó su rostro sonrojado por el sol. Se duchó, se lavó el pelo y dejó caer el agua fría sobre su cabeza, sus hombros y su pecho.

Cuando salió de la ducha, su rostro seguía estando sonrojado. Había estado demasiado tiempo al sol. Fue a la habitación de Jane, para buscar la crema que su hermana le había recomendado para los casos de quemaduras por el sol.

Su toalla resbaló, y se la volvió a colocar. Después de untarse la crema, se paseó nerviosamente por la habitación de su hermana y luego cruzó el pasillo hacia la habitación de Allie. Deambuló por ella, tocando el oso de peluche de la cómoda y estirando la colcha de la cama. Tomó el libro de cuentos que le había estado leyendo a Allie la semana pasada, para ponerlo en su lugar otra vez. ¿Sería el mismo libro de cuentos que escogería Charles para leerle a su sobrina?

En la habitación adyacente, la de David, reinaba el caos. El día anterior, Jane no habla alcanzado a ver esa habitación. Automáticamente, Carrie empezó a recoger las piezas de un juego de construcción; luego hizo la cama, porque a pesar de que Davie teóricamente ya la podía hacer, esta vez sólo había un enredo de sábanas cubierto por la colcha.

Carne dejó la habitación de Davie, y fue lentamente a la habitación donde se había instalado Charles. Estaba inmaculada. Fue hacia el espejo y lo miró fijamente, observando el resto de la habitación a través de su reflejo. Había un libro sobre una de las

mesillas de noche. Estaba cerrado, y había dejado un separador para indicar en qué página había quedado su lectura.

Entonces Carrie oyó el sonido de la puerta principal, y luego el de sus pasos subiendo la escalera. Esperó, aguantando la respiración; y cuando él cruzó el corredor, ella estaba mirando fijamente su imagen en el espejo.

Él estaba detrás de ella, de pie en el corredor, con algo en la mano. Ella se volvió y sintió su mirada en donde había anudado la toalla: en la parte superior de su busto.

—¿Es una invitación, Carrie? ¿Tú en mi habitación, vestida sólo con una toalla?

Carne no pudo ni siquiera mover la cabeza; se mordió el labio inferior nerviosamente.

—¿Miedo? —le preguntó Charles suavemente—. ¿Tienes miedo, Carrie? —él se acercó y tocó con su mano una mejilla, para luego sacudir con sus dedos el pelo rizado y mojado detrás de las orejas de Carrie—. ¿Has tomado un refrescante baño? —su voz se volvió como una caricia cuando le susurró—: Estás tan seductora y suave…

—Ducha —corrigió Carrie con voz temblorosa.

Él le tomó el rostro con ambas manos, peinándole hacia atrás los rizos.

—¿Estás en mi habitación porque quieres que te haga el amor, Carrie?

Ella no podía responder.

—Lo quisiste anteriormente —sus dedos bajaron por la mejilla, hacia el cuello de Carrie, parando justo encima de la toalla. La voz de Charles se volvió ronca y grave, cuando le recordó suavemente —. Estuviste muy apasionada en mis brazos aquella vez —sus dedos tocaron el borde de la toalla.

Ella miraba fijamente su garganta, en donde podía ver cómo su pulso latía fuertemente; el único signo de su tensión.

—Carrie, mírame a los ojos.

Ella levantó la cabeza. Los ojos de Charles eran de un azul muy oscuro.

—Me deseas, ¿verdad, Carrie?

Ella se estremeció. Los dedos de Charles resbalaban por dentro de la toalla, presionando el nudo, para acercarla hacia él. Ella podía

oler el cálido aroma de su cuerpo. Si tocaba el pecho de Charles, ¿sentiría los latidos de su corazón contra las palmas de sus manos?

—Y qué me dices tú, Charles… ¿me deseas?

Ella sintió sus dedos bajo la toalla, presionando contra la suavidad de su pecho.

—Tú sabes la respuesta —ion sólo un movimiento de su mano, el nudo de la toalla se desataría y la toalla caería—. ¿0 no, Carrie? —le preguntó con voz firme.

Él tiró de la toalla y ella jadeó, apretando fuertemente con los brazos los extremos de la toalla, para no dejarla caer. Se abrazó a ella misma, al tiempo que mantenía su mirada fija en la de Charles, con miedo a mirar hacia otro lado, porque en ese momento, con cualquier signo de debilidad, estaría perdida.

Carrie se esforzó en preguntar dolorosamente:

—A ti no te gusta, ¿verdad?… Desearme.

—No. Habría preferido mantener separada mi vida

sexual de los negocios. No quería que fuera… —Charles se encogió de hombros—, no importa ahora.

Ella tomó con una mano la toalla, y con la otra tocó el pecho de Charles suavemente.

—Charles, no todos son como tu madre. A mí me importa muy poco tu dinero; no te estoy pidiendo nada material.

Él tomó la mano de Carrie de su pecho, y la hizo a un lado. Agarrándola por sus hombros desnudos con las dos manos, la acercó a él.

—¿Qué es lo que quieres, Carrie? —le preguntó ásperamente—. ¿Es esto?

Al instante se apoderó de su boca; sus manos acariciaron la suavidad de sus hombros. Cuando Carrie tembló en sus brazos, él retiró su boca, presionando sus labios contra su mejilla, acariciando luego su cuello: entonces ella inclinó la cabeza hacia atrás.

Ella gimió suavemente, y él la abrazó con más fuerza. Los brazos de ella estaban alrededor de los hombros de él; Carrie peinaba con sus dedos el ondulado pelo de Charles. Las manos de él tocaron suavemente la espalda de ella en una larga caricia.

Ella inclinó la cabeza sobre el hombro de Charles, respirando su aroma, la excitación palpitante de su cercanía, la seguridad de que dentro de un momento…

Él se apartó para estudiar su cara. Ella jadeó al sentir que se le resbalaba la toalla.

—Ahora, ¿te casarás conmigo? —dijo Charles.

El pulso de Carrie se aceleró. Una palabra, un roce, y haría lo que fuera por continuar… Él siempre tendría la fuerza sobre ella, pero él no sería vulnerable. Él jamás la amaría.

—No puedo —le dijo Carrie con voz ronca—. Si lo deseas, seré tu amante.

Él se apartó, y ella apretó la toalla, pero era muy tarde. Ella tembló ante la mirada de Charles sobre su cuerpo.

—Charles —ella comenzó a tiritar, con temblores que la agitaban visiblemente. ¿Cómo podía él mirar su desnudez con tanta frialdad en sus ojos?

—¿Amantes? No, Carrie —Charles movió la cabeza lentamente —. No acepto tratos que te den la libertad de dejarme.

Él se agachó para levantar la toalla del suelo. Ella extendió su temblorosa mano para tomarla, pero él la dejó sobre la cama; luego se volvió y se alejó de la habitación, dejándola sola.

Capítulo 7

CARRIE miraba fijamente los cubitos de hielo que flotaban en su bebida. Al otro lado de la mesa, Charles parecía relajado; muy diferente al hombre que alguna vez le había dicho muy rudamente a Carrie que sería de él como fuera.

Al otro extremo del restaurante, un joven mexicano empezó a cantar algo suave.

Charles le dijo a Carrie:

—Traduce lo que está diciendo, Carrie.

Ella negó con la cabeza. Era una canción de amor.

—Charles —dijo ella finalmente mirándolo de frente—. Dijiste que hablaríamos esta noche.

—Creo que hemos hablado lo suficiente, por el momento.

Él estaba haciendo tiempo; la dejaba en la duda, y con la preocupación de cuál sería su siguiente movimiento. La preocupación era una emoción agotadora para Carrie. Ella entonces tomó su vaso, tratando de pensar a dónde podría ir ahora. Él la podría encontrar en su apartamento, además de que seguramente conservaba su agenda de direcciones, por lo que la casa de sus padres quedaba descartada, y también la de sus amibos.

El la buscaría. Sus padres lo dejarían entrar en su casa con una sonrisa; él les seduciría con su encanto, como había sucedido con Jane, Kirk y los niños. Tenía que ir a algún lugar sola.

—Baila conmigo, Carrie.

Charles estaba de pie, tomando su mano. Ella puso su mano en la de él, dejando que la guiara a la pista de baile. ¿Qué sentido tenía planear huir de él, cuando ni siquiera le podía decir que no a

nada? Él la encontraría. Eso era seguro.

Los brazos de Charles la dirigían al ritmo de la suave música. Entonces, ella dijo con voz vacilante:

—Pensé que no te gustaba bailar.

—Lo que te dije es que no me gustaban las intimidades forzadas.

Él la miró a los ojos, sosteniéndola relajadamente en sus brazos.

—Me gusta bailar contigo… tenerte en mis brazos.

La acercó más a él; Carrie descansó la cabeza en su hombro. Él murmuró algo y ella cerró los ojos, dejándose llevar por la sensación de la cercanía de Charles y el suave ritmo de la música.

Cuando la pieza hubo terminado, él no la soltó; ella levantó la cabeza, y se encontró mirando fijamente el intenso azul de sus ojos.

—¿Charles?

—¿Sí?

—Charles… —ella tragó saliva e intentó hablar con voz firme, pero era difícil con la mano de Charles en su espalda y con la otra tomándole la mano, muy cerca de su pecho. Los ojos de Charles estaban sólo a unos centímetros de distancia—. Charles, dijiste que no te gustaban las intimidades forzadas, y eso es precisamente lo que tratas de hacer conmigo. Quieres forzarme a casarme contigo; el matrimonio es la relación más íntima de todas.

Charles le soltó la mano y la tomó suavemente de la barbilla. Se inclinó y la besó suave y rápidamente en los labios.

—¿Dónde está la pistola, Carrie? No veo que esté forzándote, lo que tienes que hacer es seguir diciendo que no.

—Estás poniéndome trampas, Charles.

Charles le tocó los labios con la mano.

—¿Acaso te obligué a bailar, Carrie? —su voz era suave, hipnótica—. Si es un juego, entonces tú lo empezaste cuando me invitaste a subir a tu apartamento aquella noche.

—No —susurró ella.

—Sí, y fuiste tú quien subió las apuestas —con las manos unidas, Charles presionaba la barbilla de Carrie—. Admítelo —murmuró con fuerza.

La música se volvió más rápida; su ritmo inundó el pequeño restaurante al aire libre.

Carrie se soltó para bailar libre de los brazos de Charles, pero se encontró atrapada sutilmente por una seducción aún mayor. La

música tenía un ritmo rápido y Charles seguía cada movimiento del cuerpo de Carrie con sus ojos, hablándole… El cuerpo de ella escuchaba, y empezó a oscilar más lentamente, con movimientos seductores, reflejados en los ojos de su ágil compañero. Calor y deseo circulaban por sus brazos, y subían por su garganta hasta el rostro.

De repente, la música paró inexplicablemente.

Carrie se detuvo, y se quitó el pelo de los ojos. Charles alcanzó a tomarla de una muñeca. Ella podía haber escapado, pero él la acercó más. Luego, antes de que pudiera recuperar la respiración, él inclinó la cabeza y cubrió los labios de Carrie con los suyos, besándola apasionadamente.

—Charles —su nombre era como una caricia en su boca.

Carrie tomó aire para decir con la voz más firme que pudo:

—El camarero acaba de traernos la cena. No sé tú, pero yo tengo mucha hambre.

Los ojos de Charles le revelaban otro tipo de hambre.

Carrie no llegó a captar el sabor de la comida. Ella comía, pero la única realidad que captaba era Charles. Cuando salieron a la calle, la luna estaba en su punto más alto.

—¿Taxi? —sugirió él.

—Caminemos.

Él unió su mano a la de Carrie, y avanzaron lentamente por la oscura calle.

—¿Frío? —preguntó suavemente Charles. —Sí…

Charles deslizó su brazo alrededor de Carrie, y ella absorbió su calor mientras caminaban.

—¿Cómo encontró tu padre este lugar? —preguntó Charles.

—Yo tenía nueve años. Jane y yo solíamos ir a campamentos de verano, pero ese invierno mi madre decidió que tenía que tomar algo de sol o se volvería loca. Así que volamos a San Diego, alquilamos una caravana y conducimos hasta aquí, en donde nadamos mucho y comenzamos a hablar español.

—Entonces, ¿fuisteis vosotras quienes encontrasteis este lugar?

—Sí —respondió ella. Charles la escuchaba, tocándola, con calidez y cercanía. Entonces ella continuó—: Nos detuvimos al final del camino, en la playa. Nuestra casa, la casa de la playa, pertenecía a una mexicana de avanzada edad, muy agradable. Los mexicanos

son hospitalarios, increíblemente tolerantes con los extranjeros que no hablan mucho español. Y especialmente les gustan los niños.

La mano de Charles acarició los labios de Carrie.

Luego él la abrazó más, respondiendo ahora a los palpitantes deseos de Carrie. Ella tomó aire y susurró:

—Ella había intentado vender su casa, la señora mexicana quiero decir, quería mudarse con su hija a La Paz, pero no era tan fácil por aquel entonces. Los habitantes del pueblo no valoran especialmente las casas de la playa, y no había muchos extranjeros entonces…

Carrie miró hacia arriba, pero luego bajó la mirada… sintiendo que su corazón apenas palpitaba. Él la miró a los labios, para luego decir lentamente:

—Vámonos a casa.

Mientras caminaban cuesta abajo, Carrie trató de normalizar su respiración, porque sentía como si hubiera estado corriendo rápidamente. En la puerta de la casa, Charles tenía lista la llave. El abrió la puerta, luego en el patio abrió la puerta principal, y de repente ella tuvo pánico.

Ella le había dicho que sería su amante, pero, ¿hasta cuándo?

—Charles, yo… vamos a pasear por la playa —se apresuró a decir mientras salía otra vez al patio; ella podía sentir que la seguía, moviéndose lentamente.

Cuando Charles la alcanzó en la playa, ella estaba sentada en las rocas que había a la izquierda de la casa, observando el mar. Todo era calma; sólo el sonido del viento, y las olas. Él se sentó en una de las rocas cercanas a ella. Suavemente la rodeó con sus brazos y tomó sus manos entre las suyas, mientras Carrie se inclinaba hacia él, que la mecía con ternura.

—Entiendo por qué has venido —dijo Charles, y ella podía sentir su boca moviéndose en su pelo, detrás de su oreja. Ella inclinó la cabeza hacia atrás, sobre el hombro de Charles.

—¿Ah, sí? —le contestó Carrie.

—Éste es otro mundo, el espejo del nuestro, allí en la ciudad —dijo Charles, abrazándola con más fuerza—. El tiempo no importa. Imperan otras cosas… como las sonrisas, las familias —sonreía suavemente en el pelo de Carrie—. Al panadero le importa un bledo su tienda, si quiere visitar a su hermana, mientras la dependienta

les dice a los clientes encogiéndose de hombres «vengan mañana». El supermercado cuenta con caros sistemas informáticos, pero los empleados nunca los usan. La ineficacia es… —su boca se movió del pelo al cuello de Carrie, sus labios acariciaron sutilmente la curva de su cuello—. Fascinante —murmuró—, seductora, porque la ineficacia no impórta aquí.

Carne se relajó y descansó contra el cuerpo de Charles.

—Cuando era pequeña pensaba que era un lugar mágico.

—Sí, lo es —contestó él, y sus manos soltaron las de ella. Suavemente, sus dedos acariciaron los brazos desnudos de Carrie, que sintió que se quedaba sin aliento.

—Cumplí quince años cuando pasaba aquí una Navidad. En México es un gran acontecimiento. Los hombres del pueblo y los niños vienen a colocarse frente a la verja y cantan una serenata —ella rió ligeramente—. Eso es el colmen del romanticismo para una niña que cumple quince años… que le den una serenata en español.

Las manos de Charles subieron a los hombros de Carrie. Ella descubrió que se podía acercar aún más a él, y apoyó la espalda en su musculoso pecho. Charles la besó en el borde de la blusa, y su mano se deslizó por debajo de la tela. Los labios de Charles encontraron la suave curva de su hombro.

—Charles —suspiró Carrie, deslizando una mano por su mejilla.

—Carrie —murmuró él. Su voz era vacilante, y obtuvo en respuesta un leve sonido de la garganta de Carrie. Su mano apretó levemente el hombro de ella, y ambos se sumieron en un beso eterno.

Mientras la respiración de Charles acariciaba el rostro de Carrie, los labios de ésta se separaron, invitando… Sus dedos resbalaron por el pelo de Charles, acercándolo más hacia ella, al tiempo que algo se movía vagamente debajo de sus piernas.

Los labios de Charles se endurecieron sobre los de Carrie, y la respiración agitada de ella se volvió un grito sofocado cuando el movimiento regresó.

Algo se arrastraba. ¡Algo subía por su pierna!

—¿Carrie?

Ella se movía para liberarse.

Las manos de Charles la abrazaron con más fuerza, impidiendo que se marchara.

—¡No, déjame ir! Yo… ¡Dios mío, quítamelo!

Las manos de Charles agarraron a Carrie por los hombros.

—Carrie, ¿qué demonios…?

Ella se retorció en los brazos de Charles.

—¡Oh, Dios, mi pierna…! —algo le subía por debajo de la falda.

Ella luchaba, libre ya de los brazos de Charles, dando golpes frenéticos en su falda.

—¡Es algún tipo de insecto! Ayúdame… Charles, ¡aléjalo de aquí!

Él se movió rápidamente, tomándola en sus brazos.

Ella seguía luchando, sacudiendo su falda.

—¿Lo ves, está en mi falda? Yo… ¡Déjame ir, Charles! Tengo que…

—No tienes nada —él la tomó de nuevo en sus brazos—. Todo está bien… Lo he pisado…

Carrie dio un tembloroso suspiro.

—¿De verdad?

—Te lo prometo, está muerto.

—¿Era… era muy grande?

—Nunca pensé que tuvieras miedo de los insectos.

—¿Y crees que es gracioso? —Carrie se retorcía en los brazos de Charles.

—Vamos, Carrie, vámonos a casa.

La luz del patio mostró que Charles estaba sonriendo.

—Te he visto ejerciendo un perfecto control sobre algunos fieros tiburones en la ciudad… es una sorpresa tenerte temblando en mis brazos por un insecto.

—No podía verlo; estaba subiendo por mi pierna, por debajo de mi falda. ¡Podría haber sido cualquier cosa!

Charles rió ligeramente.

—Has estado viniendo a México casi todos los inviernos desde que eras una niña, y tienes miedo de los insectos. ¿Te gustaría que matara a tus monstruos, Carrie?

Ella corrió en el patio delante de él y subió algunos escalones, volviéndose bruscamente hacia él para decirle:

—No necesito que nadie mate mis monstruos.

De alguna forma él se había adelantado, y le abrió la puerta a la escasamente iluminada sala.

—Es una pena —dijo suavemente Charles—. Porque yo estoy dispuesto. ¿Cómo piensas deshacerte de mí, Carrie?

Mientras cerraba la puerta por la que acababan de entrar, ella sintió que las paredes se cerraban igualmente, dejándolos a ella y a Charles solos. Encerrados. Atrapados. Ella se dirigió hacia el otro lado de la sala, para encender una lámpara que alumbrara más.

—Charles, deja la puerta abierta, por favor.

Ella lo oyó abrir la ventana con mosquitero, para que dejara pasar el aire, sin que pudieran pasar los insectos nocturnos. Ella se inclinó para levantar un barco de plástico que sin duda había dejado David en aquel rincón. Cuando se levantó, él la observaba. Sólo el espacio de la sala los separaba. Entonces ella dijo:

—¿Quieres una taza de café? —ella se volvió y se movió rápidamente hacia la cocina, sin esperar su respuesta, porque los ojos de Charles decían qué era realmente lo que quería. Ella tartamudeaba—. Yo… traeré… el café…

En la cocina, abrió el frigorífico y observó su interior. «Café. No, aquí no. Arriba en el armario…», se decía.

—Carrie, mírame.

Ella se volvió rápidamente, y lo miró fijamente. Su garganta se secó y tuvo que tragar saliva para decir:

—Tendré listo el café en unos minutos.

—No quiero café —dijo Charles.

—Jane y Kirk estarán aquí en cualquier momento —dijo Carrie bruscamente.

—Kirk me dijo que se quedaría con algunos amigos en La Paz.

La respiración de Carrie se aceleró. El dijo en voz baja:

—Te vas a casar conmigo.

—No.

Charles sonrió, pero con ojos sombríos, dijo:

—Todo se puede arreglar en términos de negociación. Tú lo sabes y yo lo sé… ¿Por qué no lo reconocemos?

—Te lo advertí —murmuró ella—. Necesito cosas que tú no puedes darme —él se movió y ella alzó las manos en posición defensiva—. ¿Es que no ves lo que tienen Jane y Kirk? ¿Y Alex y Sarah? Se aman el uno al otro en los dos casos. Sin eso, el matrimonio no podría ser nada más que un desastre.

Él caminó alrededor de la mesa, y ella susurró:

—No sé cómo puedes pensar que el amor no importa. Si yo me casara contigo, pasaría la vida lamentándome por no tener amor.

—Tal vez llegues a amarme —dijo Charles.

—Es posible —murmuró, luchando para no dejar escapar las lágrimas—. Pero, ¿no vas a permitirte amar nunca a nadie, Charles?

Él movió su brazo sobre los hombros de ella para cerrar la puerta del frigorífico, que estaba entreabierta. Luego tomó el rostro de Carrie entre sus manos y le dijo con expresión sombría:

—Sería un buen matrimonio, Carrie.

—No, no de esa forma… Charles, por favor, vete y déjame tener mi propia vida.

—No es lógico, querer que te deje porque no podemos intercambiar palabras sin sentido.

Las manos de Carrie se apoyaron en los antebrazos de Charles, y sus dedos se cerraron alrededor de sus fuertes muñecas. Ella temblaba, debilitada por la sensación de fuerza de los dedos de Charles, que describían el contorno de su rostro.

Él respiraba agitadamente, y de repente, sus manos perdieron la delicadeza.

—Pero, ¿cuál es el significado de las palabras, en nombre de Dios? ¿Si un tonto como Wayne te dijera que te ama, te haría feliz?

—Charles… —Carrie se humedeció los labios con dificultad. Ella repentinamente pudo sentir la violencia desatada en él—. Charles… —repitió como una súplica, pero ya era muy tarde.

Él tomó su boca rápida e intensamente, exigiendo que le permitiera besarla. Carrie sintió que se fundía con él cuando las manos de Charles resbalaron por su espalda, presionándola fuertemente contra su cuerpo.

Ella estaba sumergida en él, su suavidad se estremecía ante la fuerza de Charles. La mano de él se deslizó por detrás de la cabeza de Carrie para acariciar su cuello e hizo que se apoyara hacia atrás. Su boca se deslizó fuera de la de ella y se dirigió hacia la curva de su garganta. Ella sollozaba suavemente. El rostro de Charles se enterró en sus pechos, y ella sintió la agitada respiración de Charles, a través de la tela de su blusa.

Ella se cobijó en los brazos de Charles. Él la hizo girar delicadamente, y la boca de ella quedó presa contra la camisa de Charles; Carrie sintió la fuerza de sus brazos cuando la levantó del

suelo. Los labios de Carrie se movían impacientes contra la suave tela de la camisa de Charles, y se oían gemidos en su garganta, como queriendo que el calor de la piel de Charles tocara sus labios.

Él la tumbó con suavidad. Ella apenas mantenía los ojos abiertos cuando él se recostó sobre ella. Su cama, su habitación. La mano de Charles acarició todo el cuerpo de Carrie, se detuvo para buscar la curva de su busto, para luego acariciarla.

Ella abrió los ojos, miró fijamente hacia arriba y sintió que el vértigo la consumía. Deslizó sus manos hacia arriba lentamente por debajo de la camisa de Charles, buscando el intenso calor y la punzante excitación de su pecho.

En ese momento, Charles cubrió los pechos de Carrie con sus manos.

Ella sintió que su corazón dejaba de latir; seguía acariciando el pecho de Charles cuando éste habló:

—Toda la noche, Carrie, he estado observando tus movimientos, sintiéndote contra mi cuerpo cuando bailamos, sabiendo que no llevabas nada debajo de la blusa —sus dedos resbalaron hasta sus pezones, tocándola íntimamente a través de la tela.

Él se inclinó hacia ella, y ella lo acercó aún más.

A través de la tela de la blusa de Carrie, Charles introdujo un pezón en su boca.

—Charles…

Los excitados ojos de Charles le decían a Carrie que quería que ella le acariciara el pecho.

—Por favor —susurró ella.

Lentamente, él tiró de la blusa de Carrie hasta liberar un pecho. Él la miró fijamente, y ella tuvo que luchar para no dejar escapar un gemido de deseo.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —su mano cubrió el pecho de Carrie, sintiendo sus latidos—. Te vestiste especialmente para volverme loco, ¿verdad, Carrie?

Carrie tenía los ojos cerrados, los labios separados.

—¿No fue así, Carrie? —él inclinó su boca hacia los pechos de Carrie, y ella abrió la boca, dejando escapar un leve gemido. Él volvió a tomar un pezón en su boca, tirando suavemente, liberándola en una caricia que culminó en un gemido de Carrie—. ¿No lo planeaste de esa forma? —preguntó Charles con voz ronca.

—¡Si, sí! Yo también quería que… yo quería… yo te quería ver perdiendo el control.

Ella tiró de su falda, y él la ayudó, quitándosela con un brusco e impaciente movimiento. El rostro de Carrie estaba en el pecho de Charles. Ya no tenía blusa y podía sentir toda su suavidad apretada contra el cuerpo de él.

Luego, él se tumbó junto a ella. La mano de Charles se deslizó por la pierna de Carrie. Ella se movió sobre él, con silenciosa necesidad, soltando un agudo quejido cuando los dedos de él frotaron suavemente la curva de sus muslos, acercándose al centro de su feminidad.

Los dedos de Charles se agitaron y no hubo palabras de Carrie, sólo los primitivos sonidos que emitía su garganta, urgiéndolo a que la tomara.

—¿Carrie? —dijo Charles, con voz ronca—. ¡Mírame, Carrie!

Ella abrió los ojos.

—¿Crees que Wayne podría hacer esto contigo? ¿Le rogarías en sus brazos?

Entonces ella le suplicó, afligida:

—Por favor, no, Charles.

La mano de Carrie acarició la mejilla de Charles, tratando de atraerlo de nuevo hacia ella.

—Por favor, ámame… —susurró Carrie—, por favor…

—¿Te casarás conmigo?

Ella hundió su cabeza en la almohada, pero la boca de Charles cubrió la de ella, antes de que pudiera decir nada. La lengua de Charles tomaba los oscuros secretos de la boca de Carrie, sus manos acariciaban, excitaban.

Ella casi había perdido el control cuando él la tomó en sus brazos otra vez.

—Te casarás conmigo —le dijo ásperamente—; dilo, Carne.

Ella sollozaba cuando él la besó nuevamente, moviendo su boca hacia sus pechos, tocando con la lengua sus pezones.

Ella gemía el nombre de Charles, alcanzándolo para que se acercara, para que mitigara el terrible dolor que él le provocaba en todo el cuerpo. Entonces, él encontró el palpitante centro de su femineidad, y sus dedos se deslizaron en su interior, tomando su boca con besos profundos, una y otra vez.

—¿Lo harás? —demandó Charles, rozando sus labios con la boca.

Ella lanzó un gemido. La mano de Charles se movió en una caricia, que hizo consciente a Carrie de su ardiente inquietud.

—Prométemelo —dijo él, rudamente, con la boca en su mejilla, y luego sobre su busto.

Carne ya no tenía ropa interior. Él estaba desnudo al lado de ella, y Carrie anhelaba que la poseyera, con una agonía tal, que no podía calmarse; crecía cada vez más en su interior, y sentía un salvaje deseo de gritar fuertemente su nombre y…

—Prométele, Carrie —dijo él.

—Por favor —susurró ella, y el cuerpo de Charles se colocó sobre el de ella. Carne cerró los ojos e inclinó su cabeza hacia atrás, sintiéndose en sincronía con el cuerpo de Charles.

—¿Te casarás conmigo? —él se movió, y le preguntó nuevamente—: ¿Lo harás?

Ella clavó los dedos en los hombros de Charles, esforzándose por acercarlo más a ella, mientras imploraba…

—¡Ámame… Charles… por favor!

Él se movió, y los ojos de Carrie estaban abiertos, mirando fijamente hacia arriba, a la tensa cara de Charles, cuyos ojos resplandecían de pasión.

—¡Lo prometes!

—Cualquier cosa… —dijo Carrie gravemente. Él no se inmutó, y entonces ella dijo, desesperada—: ¡Sí, sí, lo prometo!

Entonces él entró en su interior, impeliendo, llenando su hambre, llevándola el culmen del placer. Carne sollozó pronunciando el nombre de Charles, en un sonido que fue un grito cuando la necesidad de Charles estalló, y ella se derrumbó, temblando, palpitando, en el callado cielo de sus brazos. El pulso de Charles seguía palpitando en su interior, mientras la noche fluía suavemente a su alrededor.

Capítulo 8

CUANDO Carrie se despertó, la oscuridad era total. Sintió una caricia en su pecho. Se volvió y notó la respiración de Charles en su rostro. —¿Charles? —su voz sonó suave, afligida.

Tal vez todo hubiera sido un sueño. Los labios de Charles parecían tiernos. Ella cerró los ojos y murmuró algo, un sonido que hizo que los labios se movieran hacia la curva de su pecho. La oscuridad la mareó; la única sensación eran los labios de Charles sobre ella.

—¿Qué estas haciendo?

—Asegurándome de que no olvides.

Los labios de Charles se movían de tal forma, que le hacían borrar todo de su mente, menos su contacto y el calor que emitía su propia piel ardiente. Él la abrazaba fuertemente mientras ella iba a la deriva en el calor que los rodeaba. La voz de Charles murmuró en su oído:

—No lo olvides, Carrie, eres mía —ella intentó apartarse.

Charles le quitó el pelo del rostro y le dijo suavemente:

—Es muy tarde. Has hecho una promesa.

Carrie despertó sola, incómoda por el calor del sol de la mañana. Cuando abrió los ojos, estaba apoyada sobre un costado con sus brazos cruzados en su pecho. Podía recordar la sensación del brazo de Charles sobre su cuerpo, mientras él dormía.

Carrie apartó las sábanas y se sentó.

Hizo la cama, y dobló su ropa en lugar de guardarla. Sus dedos

tocaron la blusa, que había resbalado por su hombro cuando él se la había quitado de un tirón, para seguir con la arrugada falda de algodón. " Cerró la habitación de Charles cuando salía.

En su propia habitación, dejó sus ropas en una silla de mimbre, luego tomó una toalla y caminó desnuda hacia la ducha.

Una vez bajo el agua, se enjabonó durante largo rato. Sentía el roce de sus propias manos como un eco de la pasión que había experimentado, y se quedó bajo la ducha, apoyada en la pared, con el agua tibia acariciando su cuerpo.

Oyó voces abajo cuando cerró el grifo.

Se secó. Su rostro parecía extraño en el espejo; sus labios separados, y sus ojos vulnerables y muy abiertos. Ahora no había nada que pudiera esconderle a Charles. Él conocía su poder sobre ella.

Carrie se vistió con pantalones y una camisa amplia de algodón que se abrochó hasta el cuello. Aun así, pensó, mirándose en el espejo, seguía pareciendo vulnerable. Se puso unas sandalias, y luego bajó por las escaleras.

Kirk y Jane estaban en la cocina con los niños, vaciando bolsas de comestibles.

—¡Chocolate! —gritó Allie cuando vio a Carrie—. ¡Fuimos al centro comercial y compramos tabletas de chocolate!

Carrie trató de sonreír.

—¡Qué bien!

—Y helado —dijo Kirk, sacando un envase de una bolsa de plástico.

Carne se dejó caer en una silla, incapaz de fingir por más tiempo.

Jane soltó un frasco de mermelada sobre la mesa de la cocina.

—¿Te encuentras bien?

¿Dónde estaba Charles? ¿Se había ido a hacer llamadas telefónicas de negocios? Carrie se estremeció. Sí claro, él estaría en el teléfono en esos momentos, hablando de negocios, y no habría ningún recuerdo de la noche anterior en su mente.

Kirk colocó una bolsa en el suelo y preguntó:

—¿Carrie, estás bien?

Carne asintió. De todas formas, aunque se sintiera mal, sabía que seguiría así por mucho tiempo. Y tal vez debería aprender a vivir

así.

—¿Dónde está Charles?

—Yo no… telefoneando, supongo.

Kirk hizo un gesto a los niños para que salieran.

—¿Qué ha pasado el tiempo que hemos estado fuera?

Jane lanzó una ligera carcajada.

—¡Kirk! Por amor de Dios, cariño, ¿qué crees que ha pasado? Ella está enamorada de ese hombre. ¿Qué crees que pasaría si hubiéramos estado peleando y alguien nos dejara solos una noche? Estás avergonzando a Carrie.

—¿Sí? —Kirk observó el rostro sonrojado de Carrie—. Bueno, si alguna vez necesitas mi ayuda, no olvides que estoy aquí, listo para defenderte.

Carne sonrió vagamente.

—No puedo imaginar una pelea entre Charles y tú por mí.

Kirk tiró ligeramente del vestido de Jane para darle un rápido beso; luego le dijo a Carrie medio en broma:

—Tal vez yo pierda; pero si alguna vez necesitas a alguien para que pelee por ti, cuenta conmigo.

—Y conmigo —dijo Jane en tono serio.

Y desde la puerta Charles añadió:

—Si alguien pelea por Carrie, seré yo.

Estaba de pie, apoyado con un brazo en la puerta, mirando con ojos desafiantes a Kirk. Los dos hombres se quedaron en silencio por unos momentos; luego Charles dijo:

—¡Voy a casarme con Carrie!

—Si Carrie está de acuerdo —replicó Kirk.

—Ella lo está —la mirada de Charles recorrió la habitación, hasta detenerse en Carrie—. Anoche prometió casarse conmigo.

Jane abrazó a Carrie, preguntando:

—¿Lo prometiste, lo hiciste?

—Sí —reconoció Carrie, y Jane comenzó a brincar a su alrededor riendo y gritando.

—¡Lo sabía, siempre supe que estabas enamorada de él!

Detrás de ellos, Kirk decía:

—Creo que ya no tendré que pelear por el honor de la familia —lanzó una carcajada y añadió—: ¡Es un gran alivio!

—¿Cuándo… cuándo es la boda? —preguntó Jane.

—No lo hemos decidido —dijo Carrie, pero entonces Charles intervino:

—Mañana, aquí en el pueblo. Acabo de arreglar los detalles.

Carrie se alejó de Jane.

—Tu español debe de estar mejorando —dijo.

Jane abrió el frigorífico frunciendo el entrecejo y murmurando:

—Debimos haber comprado una tarta en La Paz, en aquella gran pastelería, que tenía tartas para bodas…

Charles tomó la mano de Carrie; luego se inclinó hacia ella, sujetando la mano inerte, mientras la besaba en la boca.

—Sin tarta de boda —dijo Charles—; para nuestra boda queremos algo puramente mexicano —entonces sonrió. Carrie observaba sus labios, y no podía mirarlo a los ojos, para ver qué había detrás de esa sonrisa—. Exquisitos perritos calientes —sugirió.

Carrie hizo una mueca como respuesta. Todos reían, y si ella no lo hacía, tendría que explicar por qué.

—¿Para una boda? —Jane seguía riendo, muy nerviosa—. ¡No! Tenemos que ir a Tío Mario después de la boda; yo misma veré al cocinero para arreglar todo —entonces Jane tomó la mano de Carrie para decirle—: Te cantarán una serenata… ¿no es perfecto? ¿Recuerdas cuando cumpliste quince años? —Jane se volvió hacia Charles para explicarle—: Cuando una niña cumple quince años, se considera aquí en México que es a esa edad cuando se convierte en mujer; entonces se le hace un gran festejo. A Carrie le dieron una serenata. Y mañana, después de que os caséis, os darán una serenata a los dos en Tío Mario, con canciones de amor en español —Jane sonreía ampliamente y agregó bromeando—: Carne te las traducirá.

Charles debía de estar sonriendo también. Tenía su cabeza sobre la de Carrie, y ella miraba su pecho; todavía la tomaba de la mano, cuando la rodeó con su brazo.

—¡Vamos a llamar a mamá y papá! —dijo Jane repentinamente, girando alrededor de Carrie—. ¿0 ya les habéis llamado para decírselo?

Carrie movió la cabeza. Charles apretó más su brazo alrededor de ella, y dijo:

—Les llamaremos después de la boda. Pensamos visitarlos tan pronto como regresemos a Canadá.

¿Lo habían planeado? Carrie se soltó de sus brazos y él la dejó ir. Ella fue al armario y lo abrió, para automáticamente continuar con el trabajo que había sido interrumpido, guardando las cosas que Jane y Kirk habían traído de La Paz. Detrás de ella, todos hablaban, planeando su vida.

—Carrie, es hora de irnos —dijo Jane.

Carne se volvió.

—¿Irnos a dónde?

—¡Por el vestido! —dijo Jane—, no te puedes casar con una blusa típica, y no has traído nada de ropa contigo. Además, una mujer tiene que tener un vestido nuevo para su boda. Simplemente no puedes casarte con la misma falda que siempre llevas para el trabajo.

Carne protestó.

—No he traído prendas de trabajo.

Pero Jane estaba imparable, planeando todo para la boda, y ya había tomado un trozo de papel para hacer una lista.

—Si eres listo, vendrás a la sala conmigo —le dijo Kirk a Charles —; podemos discutir sobre la situación inmobiliaria en México, o la belleza de nuestras mujeres. Si pensabas salirte con la tuya con una boda pequeña y sencilla, mi mujer va a demostrarte cómo preparar una boda es asunto de veinticuatro horas.

—Por cierto, Charles —dijo Jane con una voz que paró a los dos hombres al momento—. ¿A qué hora es la boda?

Charles cruzó la cocina hacia Carrie, y tomó su barbilla con la mano, haciéndole levantar la cara.

—Cuatro de la tarde —dijo—. Entonces serás mía.

Ella lo miraba fijamente, sin parpadear. Los ojos de Charles le decían que ya la poseía.

Luego, cuando Charles y Kirk salieron de la cocina, Jane dijo:

—Carrie, estoy feliz por ti. Se nota que los dos estáis muy enamorados.

Carrie se las arregló para sonreír y preguntar:

—¿Dónde crees que encontraremos ese vestido? ¿Y qué tipo de vestido debo comprar…? Nunca me he casado antes…

—Vamos a Marisla; estoy segura de que sabrá decirnos qué necesitas exactamente. A ella le encantaría… ¡una boda! —Jane echó un vistazo a la cocina—. Podemos dejar este desorden, le diré

a Kirk que él lo arregle con los niños. ¡É1 cree que ya se ha librado de este asunto! ¡Vámonos! ¿Ya has desayunado, verdad?

—Sí —contestó automáticamente; de cualquier forma, no tenía hambre.

Charles parecía no tener emociones. Era como si el haber ganado la batalla lo hubiera distanciado de Carrie. Cuando Jane y Carrie salieron de la cocina, no había señales de Charles. Kirk estaba en el patio con Allie, y escuchó pacientemente las instrucciones que le dio Jane.

—Está bien, intentaremos hacerlo todo… tú vete y diviértete recorriendo las tiendas en busca de un flamante vestido —Kirk animó a Carrie.

Jane charlaba sin parar, subiendo cuesta arriba hacia la tienda de ropa de Marisla.

La tienda de Marisla era diminuta, y estaba situada entre la pastelería y una tienda de importaciones llena de polvorientos estéreos. Cuando Jane empujó la puerta, salió a recibirlas una mujer menuda, vestida con una falda muy ajustada y tacones altos.

—¿Cuál es la palabra en español para boda? —dijo Jane en un susurro. Marisla entendió perfectamente.

—¿Se va a casar, la señorita? —preguntó, echándose a reír—. ¿Con El Rubio? ¡Maravilloso!

La semana anterior, la gente del pueblo había visto a Carrie con Charles, y estaba claro que había especulado; y ahora Marisla estaba emocionada pero no sorprendida por la romántica noticia. Abrazó a Carrie, besándola en las mejillas. Cuando Jane le dijo en español que necesitaba un vestido de boda, Marisla contestó que no había, sintiéndose repentinamente desanimada.

La pequeña tienda tenía de todo, desde prendas juveniles, hasta ropa para futuras mamás. Pero el esplendor de un vestido de novia estaba más allá de lo que ella solía tener. Tendrían que ir a La Paz a buscar ese vestido de boda.

—No necesito un vestido —dijo Carrie, pero nadie le prestó atención. Marisla hacía ademanes, indicando el esplendor que debía tener un vestido tradicional, y Jane trataba de explicarle en una mezcla de inglés y español que se trataba de una boda sencilla.

—Ayúdame —le suplicó a Carrie—. Hablas español mejor que yo. Y lo estudiaste en la universidad.

Carrie deseó salir de ese lugar, alejarse de Marisla, con su detallada descripción de todo lo que la novia debía tener, y también de la emoción de Jane.

—Jane, olvidemos esto; me pondré la blusa típica y la falda tableada.

—Me niego rotundamente —respondió su hermana con determinación.

Jane consiguió hacerle entender a Marisla que se trataba de una boda sencilla. La mujer se puso a buscar por toda la tienda y sacó un vestido blanco con bordados.

Blanco, el color nupcial. Carrie agitó la cabeza con horror.

Finalmente, Jane y Marisla consiguieron que Carrie entrara en el probador con una gran variedad de modelos. Carrie se cambió de prendas obedientemente, y se sintió aliviada de que al final fuera una prenda de color rosa pálido la elegida.

—A él le encantará —dijo Jane.

Marisla desapareció hablando un entusiasta y fluido español, para regresar un momento más tarde, con sus manos llenas de joyas.

Marisla y Jane estuvieron de acuerdo en los pendientes de plata, que combinaban a la perfección con el collar.

Cuando Carrie y Jane regresaban cuesta abajo hacia la casa de la playa, todo el pueblo de Los Santos hervía de emoción por la boda del día siguiente, pero Carrie sentía sólo confusión y malos presagios.

Contuvo la respiración al entrar en la casa, relajándose de alivio cuando descubrió que Charles no estaba allí.

No se preocupó por preguntar en dónde estaba, como si el no conocer la hora de su llegada retrasara el momento de tener que enfrentarse a él. Siguiendo instrucciones de Jane, Carrie subió las compras a su habitación. Luego fue a la playa y nadó un poco, dejándose llevar a ratos por las olas y flotando de espaldas cuando se sentía agotada; así, con el brillante sol en su rostro, pensó que no tardaría en quemarse demasiado. Jane se enfadaría, si para su boda estaba roja por las quemaduras del sol. Carrie se volvió sobre su estómago y comenzó lentamente a nadar hacia la orilla,

preguntándose cuándo se rompería la sensación de irrealidad que la rodeaba.

Llegó la hora de la cena antes de ver de nuevo a Charles. Carrie escuchó con la cabeza inclinada la emocionada charla de Allie, que llevaría las flores en su boda. Si Carrie hubiera llevado un vestido largo con cola, Allie la habría sujetado, pero su tía llevaría un vestido corto, y su madre le había dicho que no le dijera nada a su tío Charles del vestido, o se vería en problemas.

Charles no sonreía. Carrie mantenía los ojos fijos en el plato, pero se revolvía por dentro porque sabía que Charles la miraba. ¿Le diría algo más tarde? Repentinamente, Jane habló.

—No te importa, ¿verdad, Charles? ¿Sabes? Es una tradición… —Jane reía, bromeando con el hombre que sería su cuñado—. Tendrás que dormir en el hotel y no podrás ver a la novia por la mañana, hasta la boda.

Carrie continuaba mirando fijamente su plato, evitando la mirada de Charles.

—Si te opones a mi mujer, corres un grave riesgo —advirtió Kirk riendo—. Estas mujeres Brooke tienen mucho carácter.

Jane murmuró algo acerca de que daba mala suerte dejar que el novio viera a la novia antes de su boda, para la que faltaban sólo unas horas.

—Mañana llegará lo suficientemente pronto —dijo Charles.

Carrie notó que le temblaban las manos y se esforzó por dominarse y relajarse.

Charles dijo: —¿Carrie?

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Cariño, no vengas a la puerta conmigo, no nos diremos adiós. Ya no habrá más despedidas entre nosotros.

Se oyó el sonido del taxi en la calle, y Carrie comprendió que Charles había hecho la maleta y llamado al taxi con anterioridad. Ahora él caminaba hacia la puerta, alejándose de ella, dejando la mesa y la casa. Si estuviera alejándose de su vida, ella sentiría un profundo dolor, pero en lugar de eso, sólo sentía confusión.

¿Cuándo había hecho la maleta? ¿Cuándo se habían puesto de acuerdo para que Charles pasara la noche en el hotel?

Sintió el dolor del vacío en su interior.

Carrie se puso de pie y automáticamente empezó a limpiar la

cocina.

—¡Carrie, no lo hagas! —Jane colocó los platos fuera del alcance de su hermana—. Ve y sueña con él si quieres; pero esta noche no levantarás una pluma —se acercó a ella y la abrazó—. ¡Carrie, soy tan feliz por ti! Desde el momento en que lo conocí, supe que era el hombre de tu vida.

Capítulo 9

CARRIE estaba sentada frente al espejo, en la habitación de Jane. Allie entró en la habitación. Carrie acababa de escoger un lápiz de labios, cuando entró su sobrina, llevando un vaso con un líquido amarillo.

—¡Tía Carrie! ¡Mamá me ha dicho que te traiga este zumo!

Allie dio un puntapié a la puerta para cerrarla.

—El tío Charles está abajo, ¡y mamá dice que si no te quedas aquí te matará! ¡Y papá dice que habla en serio! —Allie sonreía con entusiasmo—. Aquí esta tu vaso de zumo; ¡pero no te atrevas a bajar! ¡Se supone que no debes verlo hasta la boda, así que sé buena, tía Carrie!

La niña cruzó la habitación, tropezando ligeramente con la alfombra sin tirar nada del zumo.

Carrie aceptó el vaso de zumo, y lo tomó rodeándolo con las dos manos.

—Gracias, cariño.

Allie se lanzó sobre la cama de su madre.

—El tío Charles será mi tío, ¿verdad? Cuando os caséis.

—Sí —contestó automáticamente. ¿Por qué Charles estaría abajo?

—Quiero decir, un verdadero tío —Carrie tomó uno de los pendientes de plata y se lo puso en una oreja. El corazón de plata se balanceó contra su cuello.

—Sí —susurró Carrie—, él será un verdadero tío.

—Cuando tengáis niños, ¿ellos serán mis primos?

Carrie apartó un bucle de su mejilla con una mano. El pendiente

de plata se columpió contra su piel, reflejando la luz del sol. Su otra mano sostenía todavía el vaso de zumo.

—¿Tía Carrie?

Carrie suspiró, agobiada.

—¿Sí, Allie?

—Tus niños —Allie se movía inquieta sobre la cama—. Cuando el tío Charles y tú tengáis niños, ¿ellos serán mis primos, verdad?

—Yo… —ella asintió sin mirarla.

—¿0 no, tía Carrie?

—Sí —susurró Carrie—, ellos serán tus primos.

—¿Cuándo vas a tener niños, tía Carrie?

Carrie agitó la cabeza, tratando de concentrarse en el espejo, pero no veía nada…

—¿Lo harás pronto, verdad? No quiero esperar mucho para tener primos —los muebles de la cama protestaron cuando Allie brincó de la cama a los pies de Carrie—. ¿Podré llevar en brazos a tu bebé cuando nazca? Seré cuidadosa… prometo ser muy cuidadosa.

Carrie lanzó un suspiro.

—¿Allie, me harías un favor?

—¿Quieres otro zumo? ¿Me vas a dejar llevar en brazos a tu bebé o no? Si tú preparas el biberón, tal vez pueda hasta darle de comer. Mamá dice que yo no tuve biberón. Ella nos dio de comer a mí y a David, de ella misma… Mamá me explicó eso. Tía Carrie, ¿les darías de comer tú misma a tus bebés?

Los dedos de Carrie apretaban el vaso. Ella miraba fijamente al suelo; de pronto se dio cuenta de que sujetaba el vaso con las dos manos, y el líquido temblaba ligeramente.

—Allie, ¿podrías bajar y buscar… al tío Charles? Dile que necesito verlo. Dile que yo… que necesito hablar con él inmediatamente.

—Pero mamá dijo…

—Cariño, esto será un secreto, ¿de acuerdo? Sólo por un momento; luego le diremos toda la verdad. Ahora sólo baja y no le digas nada a ella. Busca al tío Charles… dile que suba, y solo.

Allie estaba preocupada.

—¿No traerá mala suerte?

—Eso es sólo una superstición. Tu madre quiere hacerlo todo

como la gente lo ha hecho durante años, pero no, no traerá mala suerte.

—Está bien —Allie ya se iba cuando volvió a preguntarle—: ¿Quieres más zumo también?

—No, gracias —dijo, con la garganta seca.

Allie todavía estaba parada en la puerta, con la mano en el picaporte.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en tener un bebé?

Carrie se encontró con los ojos de Allie en el espejo.

—Cariño, dale mi mensaje a Charles, ¡por favor!

—¡Está bien!

Allie había dado unos pasos cuando oyó la voz de Carrie.

—¿Allie?

—¿Sí? —la niña estaba de nuevo en la puerta, jadeando un poco. Carrie se preguntaba si todo sería más fácil si seguía mirando al mundo desde el espejo.

—Cierra la puerta, por favor, Allie.

Allie cerró la puerta ruidosamente. Carrie levantó el vaso y lo presionó contra su mejilla. En el espejo, su reflejo era el de un semblante pálido, como si hubiera estado enferma durante largo tiempo.

Puso el vaso en la mesilla de noche, y alcanzó el maquillaje de Jane. No podía casarse en ese estado. ¿Habría un anillo para ella? Él no había mencionado nada, pero seguramente habría pensado en ello. Charles consideraba todos los detalles.

Carrie oyó que se abría la puerta. Lo miró a través del espejo.

Luego Jane apareció detrás de Charles, con los dedos en su brazo.

—¡Fuera de aquí! ¡Charles! ¡No la puedes ver todavía!

En el espejo se cruzaron las miradas de Carrie y Charles; Jane estaba frenética. Carrie esperaba ver diversión en los ojos de Charles, pero no encontró nada en absoluto.

Él dijo entonces:

—Jane, sal —su voz era llana y firme—. Déjanos solos.

Jane abrió la boca.

—Yo… ¿Carrie?

Carrie no se pudo mover. Vio cómo Charles se daba la vuelta hacia Jane, y no hubo palabras, pero Jane retrocedió cerrando la

puerta.

Carrie oyó el ruido del maquillaje al ponerlo en la mesa. Tomó el vaso nuevamente.

—¿Para que me has mandado llamar? ¿Pasa algo malo? —dijo Charles.

—Tenemos que cancelar esta boda —respondió Carrie, dirigiéndose al espejo.

Allí, en el espejo, estaba el Charles al que ella conocía,el hombre de negocios. Él ya no era el hombre que le había dicho con gran pasión que la deseaba. En la cama al otro lado del corredor, hubo calor y deseo, pero él lo podría olvidar muy fácilmente.

Ella miró fijamente el espejo, y vio al hombre que gobernaría todos los momentos difíciles de su vida, si permitía que la obligara a casarse.

—No puedo casarme contigo, Charles —su voz sonó más firme, con más seguridad.

—Lo prometiste.

—No es un contrato de negocios, Charles. Es mi vida.

Él metió una mano en el bolsillo de su chaqueta.

Sentía enfado, pero lo tenía firmemente bajo control.

Él entonces preguntó fríamente:

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de postura? Allie lo había hecho, saltando en la cama, hablando de los bebés que tendrían.

Carrie se imaginó a sí misma con un niño en sus brazos, deseosa del amor que Charles nunca le daría.

—Estuviste de acuerdo en casarte conmigo. Estuviste de acuerdo —repitió Charles, y sus ojos le recordaron a Carrie la forma en que la había convencido.

—Sí —dijo ella—, estuve de acuerdo; pero no puedo hacerlo.

—Estás preciosa con ese vestido. Ella tembló.

—¿Te marcharás? Por favor, Charles; ¿y si te suplicara que te fueras?

—No. Carrie, todo lo que tengo que hacer para convencerte es atravesar la habitación y tomarte en mis brazos.

Carrie sintió la rudeza de su voz, tanto como si la hubiera abofeteado. Sus dedos apretaron el vaso con más fuerza.

—¿No crees que puedo persuadirte?

Ella abrió los ojos, levantando la barbilla ligeramente,

esforzándose por controlar el miedo.

—Los dos sabemos que podrías; pero eso no afecta a mi decisión. Por más que trates de hacer o decir, no cambiaré mi postura de no casarme contigo.

Ella oyó el sonido de la cerradura de la puerta de la habitación al cerrarse; Charles la aislaba del mundo exterior. Carrie sintió como si algo la carcomiera por dentro. Ella se puso de pie lentamente, con el vaso en la mano, empujando la silla hacia atrás con la mano libre, mirándolo fijamente a través del espejo.

—Nos casaremos dentro de una hora. Tal vez recuerdes haber prometido que te casarías conmigo. ¡Recuerda, Carrie! —él se movió de la puerta y su voz se hizo más intensa—. ¡Estoy más que deseoso de refrescar tu memoria!

Ella respiraba vacilante; entonces, la furia llegó tan de repente, que se sintió mareada. Oyó su propia voz, áspera y más fuerte de lo que habría esperado.

—¡Estoy harta de que me manipules!

Veía el rostro de Charles en el espejo, acercándose cada vez más, hasta el punto de que la podía tocar en cualquier momento.

—¡No! ¡No me toques!

Ella se movió, pero él la siguió.

—¡Eres un maldito manipulador! ¿Me oyes? ¡Estoy harta de esto! No tratarías a un oponente de negocios de esta forma; entonces, ¿por qué demonios lo haces conmigo?

Él no dijo nada.

Carrie respiraba aceleradamente, con una aspereza que alimentaba su furia.

—¿Me has oído, Charles?

—Creo que podría oírte todo el pueblo.

—¡Bien! —ella se alejó de él, observando el vaso de zumo que se había volcado sobre el vestido—. Porque tengo serios problemas a la hora de hacerme oír por ti, ¿verdad?

Ella vio el líquido que quedaba a punto de derramarse otra vez.

—¡Te he dicho mil veces que no me casaré contigo!

Ella se volvió. Él no se había movido, la observaba como si fuera un ser de otro mundo; pero eso ya no importaba.

Ella gritó.

—¿No sabes aceptar una negativa? ¿Es que tu egoísta madre te

dejó su sello, Charles? ¿Enseñándote a exigir lo que quisieras, sin importar lo que sintieran los demás? —se alejó más, hacia la ventana, para luego seguir gritando—: No te importa la táctica que sea, con tal de conseguir lo que quieres, ¿no es así? ¡Maldito seas! Y yo antes te creía una persona honorable… y siempre confié en ti.

—¡Carrie, basta ya! —le dijo Charles bruscamente, y aunque Carrie lo escuchó, no le importó.

—¿Y qué es lo que quieres obtener? ¿Una vida de manipulación? ¿Para eso pensaste que querías casarte conmigo?

Carrie se detuvo, temblando de la cabeza a los pies.

—¿No vas a decir nada en absoluto? —preguntó, con voz también temblorosa.

—¿Por qué debería decir algo, Carrie? Pareces haberlo dicho todo.

Carrie sintió que se quedaba sin aire en los pulmones.

—No quiero casarme contigo —dijo levantando el vaso, porque sintió que era más fácil mirar el vaso que el rostro de Charles—. ¿Piensas que me ataría a un hombre que no me puede amar? ¿A un hombre que no puede enfadarse y gritarme, porque con él no existe realmente ningún tipo de verdadera comunicación?

Ella dejó el vaso, dio unos pasos y dijo ásperamente:

—Estás furioso en este momento… lo noto. ¿Crees que no siento la violencia existente entre nosotros? Siempre sé cuándo estás enojado; pero lo mantienes en tu interior, para más tarde… lo tienes todo calculado, ¿verdad? Sólo un poco de amistosa manipulación —ella se sofocó, y de repente comenzó a llorar. Echó su cabeza hacia atrás, para luego gritar—: ¿Qué plan tienes ahora, Charles? ¿Vas a volver a usar el sexo otra vez? ¿0 tienes otra nueva forma de asegurarte de que…? ¡Aléjate de mí!

Las manos de Charles estaban en los hombros de Carrie, y comenzó a zarandearla.

—¡Maldición, para, Carrie, detente!

Ella lanzó un gemido ahogado, mirándolo fijamente. Él mostraba furia en sus ojos y en su rostro, pero luego ese enojo se esfumó, cuando le dijo monótonamente:

—Estás histérica.

Ella se volvió en sus brazos.

—Si yo estoy así, entonces tú eres la razón. Y suéltame, Charles.

Él la soltó. Ella se alejó más.

—Eres tonta, Carrie. Yo te habría dado lo que quisieras.

Ella rió; y él tenía razón… estaba histérica.

—¿Cualquier cosa, Charles? Cualquier cosa menos amor. Déjame sola.

Él se acercó a ella, parando cuando ella dio un paso hacia atrás.

—Déjame sola —repitió ella.

El rostro de Charles estaba pálido, sus ojos brillaban.

—Está bien, te dejaré sola —acercó una mano hacia ella, pero no la tocó—. Estaré en todos tus sueños —Carrie se estremeció, sabiendo que era verdad. Su voz se convirtió en un susurro—. Si alguna vez permites que te toque otro hombre, no habrá nada en tu corazón. Yo seré tu necesidad, y cualquier otro no te dejará nada más que vacío por dentro.

Ella trató de tragarse sus lágrimas, que llenaban sus ojos, convirtiendo a Charles en una mancha de color. Ella murmuró con dolor:

—¿Se trata de una maldición?

—Llámalo como quieras.

Ella estaba paralizada, mirando fijamente los colores con los ojos muy abiertos. Los colores se nublaban y cambiaban; entonces oyó que la puerta se abría, y luego su voz.

—Esta vez, Carrie, no volveré —y tal vez fuera cierto, porque dijo—: No te molestes en conseguirme un taxi… he aprendido suficiente español de ti. Adiós, Carrie.

Los dedos de Carrie debieron de soltar el vaso, porque lo oyó caer, y luego romperse. Oyó sus pasos bajando las escaleras. Abajo sonaron voces… la de Jane, la de Kirk. Parecían enojados, preocupados. Ni una palabra de Charles. El único sonido que hizo fue al cerrar de golpe la puerta de la calle.

Carrie miraba fijamente el vaso roto a sus pies. Oyó a Jane subir las escaleras y entrar en la habitación.

Todo había terminado.

—¡Tonta! —le gritó Jane. Carrie la observaba, pero no podía entender lo que decía—. Os podíamos oír gritando desde abajo. Tú quieres a ese hombre… ¿por qué has hecho esto? ¿Por qué lo has dejado ir…? ¡Oh, Carrie, eres una tonta!

Jane gritó algo acerca del vaso, y Carrie dijo torpemente:

—No importa, no me ama.

Jane lanzó una exclamación de disgusto.

—¿Crees que se quería casar por tu dinero? Carrie… ¡cuidado con ese vaso! ¡Vamos! Si vas por él todavía lo puedes alcanzar antes de que llegue al pueblo.

Carrie agitó la cabeza. Todo había terminado, y finalmente, Charles se había marchado.

Carrie tomó el autobús de Los Santos a Tijuana. Kirk le había dicho que era una forma estúpida de viajar para ella, incómoda y con polvo, cuando había vuelos que salían de La Paz, varias veces al día.

Carrie había preguntado:

—¿Sabes qué vuelo iba a tomar Charles rumbo al norte?

—No.

—Entonces, tomaré un autobús. No dejaré a la suerte la posibilidad de encontrármelo en el aeropuerto.

Alguna vez, Charles le había dicho que una de las cosas que más le gustaban de ella era su tranquilidad; la forma en que permanecía siempre razonando y analizando las situaciones. Ahora eso era para reírse, pero ella no reía. Tampoco Jane ni Kirk. Jane se comportaba como si estuviera enojada con Carrie, por no haber permitido que Charles pasara a formar parte de la familia, y Allie pensaba igual. Las dos pensaban que Carrie había sido estúpida al decirle a Charles que se fuera.

Kirk y Davie fueron los únicos que no lanzaron a Carrie miradas de desaprobación. Tampoco le preguntaban nada; pero Davie insistía en que Charles regresaría pronto, porque le había prometido llevarlo a pasear a la playa.

En cuanto a Kirk, cualquier cosa que pensara del comportamiento de Carrie, ella le agradecía que se lo guardara. Él la llevó a la estación de autobuses. El autobús llegó con retraso, por lo que esperaron fuera, a unos metros de un grupo de pasajeros mexicanos.

—Mándanos telegramas. Para saber a dónde has decidido ir finalmente.

—Sí —ella tocó su hombro—, sólo quiero estar sola por un

tiempo. Recoger mi coche en el aeropuerto de San Diego y luego… —ella había conducido todo el camino hacia el sur de Estados Unidos, sintiendo la necesidad de ir tan lejos como pudiera, para que Charles no pudiera seguirle el rastro. Había conducido hasta quedar exhausta, para luego tomar un avión a México. El regreso sería peor. Ella se sacudió el dolor del vacío que sentía y dijo—: Ir a… Los Ángeles, tal vez. Nunca he estado allí; sólo en un cambio de avión, en el aeropuerto —hacía dos años de eso; había sido en un vuelo de Vancouver a Londres vía Los Ángeles. Había quedado en verse con Charles en el aeropuerto de Londres; él la tomó del brazo y la llevó hacia la limusina, poniéndola al tanto de su último negocio.

Kirk resopló.

—¡Los Ángeles! ¿Vas a ir a Disneylandia, y a los estudios? No me parece muy apropiado.

—¿Estás enojado conmigo tú también? —preguntó Carrie, haciendo una mueca—. Sé que Jane me cree una tonta.

—Ella sólo quiere verte feliz —Kirk puso su mano en el hombro de Carrie—, lo que los dos queremos. Tómate el tiempo que necesites. En Los Angeles… o donde sea. Mándanos un telegrama para que no nos preocupemos. Estaremos aquí otras dos semanas, y si no sabemos de ti, tendrás que vértelas con la ira de tu hermana.

Asombrosamente, Carrie se durmió después de que el autobús dejó Los Santos, y despertó una hora después, cuando se detuvo en la cima de una montaña desértica, para que el chófer le pusiera agua al radiador. La mujer que se sentaba al lado de Carrie le empezó a hablar acerca de su familia, que vivía en Ensenada. Carrie alternó escuchar y dormir durante el resto del viaje hacia el norte. Se sentía agotada, como si no hubiera dormido en dos semanas.

En Tijuana, Carrie tomó un autobús a la frontera, para luego cruzar a pie a los Estados Unidos, con sólo una pequeña bolsa. Paró un tranvía al aeropuerto de San Diego, en donde hacía casi dos semanas que había dejado su coche. Llamó un taxi y le llevó unos pocos minutos llegar adonde estaba su coche.

En ese momento descubrió que no tenía dólares en su poder, pero, al igual que la mujer de la tienda de tejidos en México, el taxista estuvo complacido de recibir su tarjeta de crédito. En menos de media hora, ella estaba en la cama de un hotel con aire

acondicionado, durmiendo nuevamente.

Dos días después, Carrie condujo hacia el norte de Los Ángeles. Kirk tenía razón… Disneylandia y los Estudios Universal no tenían ningún atractivo para ella. Entonces fue de compras. Compró ropa: pantalones y camisas de algodón, y zapatillas para hacer ejercicio. Pagó todo con su tarjeta de crédito. Uno de esos días tendría que comprobar el estado de su cuenta, y cuánto tiempo podría estar de vacaciones, antes de buscar otro trabajo.

¿Le facilitaría Charles referencias de trabajo?

Se vistió con ropa nueva. Trataba de tener una imagen alejada de la que solía tener en Vancouver, así que se puso el tipo de ropa que no usaría para trabajar. Nunca había visto a ninguna de las mujeres de Charles con ese tipo de ropa: prendas informales y nada sofisticadas.

Siguió la carretera interestatal hacia el norte, llegó a San Francisco, y desde allí les envió un telegrama a Jane y Kirk, diciéndoles que había decidido explorar la carretera costera desde San Francisco. Recorrería la zona, aprendería de esa parte del mundo, tomaría unas verdaderas vacaciones. No tenía obligaciones, ni deudas. Con el tiempo, el optimismo y el buen ánimo derretirían el hielo que ahora tenía en el corazón.

Telefoneó a Charles desde la ciudad de Crescent. Era domingo por la mañana, y no había ninguna duda de que estaría en su casa. Llamó a su apartamento, esperó, y cuando estaba a punto de colgar, oyó que le contestaban.

Fue una mujer quien contestó.

Carrie colgó en el acto.

Tomó su bolsa y caminó fuera del hotel; cruzó la calle, y se dirigió hacia la playa de Crescent. Podía ser que hubiera marcado un número equivocado. 0 Charles tenía una mujer en su apartamento. Carrie no supo qué había pasado en realidad, pero no se sentía con ánimos para volver a llamar, para averiguar…

Capitulo 10

CHARLES caminaba frente a la ventana de su despacho, combatiendo los sentimientos de coraje y frustración. No miraba al hombre que estaba sentado en la silla que en otros tiempos había ocupado Carrie. Edward Askin había sido empleado del Consorcio Kantos durante diez años, pero tal como iban las cosas, no duraría otros diez.

La mitad del problema era que Askin estaba aterrorizado con su jefe, y Charles sabía que no hacía nada por cambiar la situación. «Paciencia», se dijo Charles ásperamente, mientras observaba la ciudad. Tenía que tranquilizar al hombre, darle confianza, o echarle.

—¿Cuándo puedes tener listo el análisis? —le preguntó Charles.

—Bien, yo… —Askin se aclaró la garganta—. Tal vez para el viernes para la tarde. Tendré que… quedarme por las noches. Hay demasiado… mucho trabajo.

Charles volvió la cabeza hacia Askin.

—Quiero ese informe para el miércoles a más tardar —le dijo Charles con voz siniestra.

—Pero…

¿Esperaría demasiado de ese hombre? ¿Estaría castigando a Askin por no ser Carrie Brooke? Carrie le habría dicho exactamente cuánto le llevaría el trabajo.

Si Charles le hubiera metido prisa, ella le habría explicado bruscamente cuánta exactitud podría perder por presionarla; con Carrie, él sabría exactamente…

Pero Carrie se había ido.

¿En dónde demonios estaba? No estaba en Los Santos, ni en su apartamento.

Charles levantó un lápiz de su escritorio, y empezó a hacerlo girar entre sus dedos.

—Miércoles —Charles cortó de golpe la conversa

ción con una voz que intimidó completamente a Askin. El intercomunicador comenzó a sonar. Charles cruzó el despacho en tres zancadas y tiró del receptor para decir:

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—El señor Schwartz por la línea tres para usted. Charles despidió a Askin con un gesto. El analista parecía dudoso, y Charles entonces le dijo:

—¿No sería mejor que se fuera a trabajar de inmediato?

Askin se escabulló de su despacho.

De mal en peor, pero en gran parte era su culpa.

Charles descolgó el teléfono.

—¿Sí? ¿Fred? ¿Qué pasa? —Señor, ella ha regresado.

Charles dijo algo antes de colgar; él mismo no estaba seguro de lo que había dicho.

Carrie estaba de regreso en Vancouver. Charles se acercó a la ventana.

Observó la ciudad, pero era a Carrie a la que veía. Carrie, que se había negado a volver con él; la Carrie de voz baja y movimientos suaves. Carrie reco giendo un montón de papeles apoyada en la silla, cruzando las piernas. ¿Cuántas veces los ojos de Charles habían observando la sensual línea desde el tobillo hasta el dobladillo de su falda, tratando de alejar la fantasía de su mente? Siempre hubo ese borde de excitación y deseo que hacía que Charles aguzara sus sentidos en su presencia. Pero en los últimos meses también hubo fantasías.

Fantasías de Carrie transformada en otra mujer, sin barreras… ella en sus brazos, con su cabeza hacia atrás. Carrie gimiendo en su boca…

Carrie durmiendo en sus brazos, sus largas y suaves pestañas sobre sus mejillas; su respiración, tibia y confiada sobre el pecho de Charles.

¡Maldita imaginación la suya! ¿No le había dado suficientes problemas todavía? Furioso, se volvió y miró su despacho tal como

era… silencioso, lujoso, estéril, porque ella no estaba allí.

Con dolor y escarnio propio, Charles recordó el eco de su voz previniendo a Alex Candon que su cortejo acabaría en desastre en su relación con Sarah Stellers.

Alex se había reído con aflicción.

«Demasiado tarde, Charles. Esa mujer está en mi sangre…»

«Ellos serán felices, están enamorados». Ahora era la voz de Carrie, en aquella maldita limusina.

El invierno pasado, Charles había tenido más dificultad para controlar su imaginación y para concentrarse en los negocios.

Por una parte había sido por Alex, Charles y Alex eran dos entrañables amigos. Pero Alex había perdido el control completamente con Sarah Stellers. Charles había visto a su amigo derrumbarse en la misma destructiva pasión en la que el propio padre de Charles se había sumergido alguna vez. Trató de prevenirlo, pero cuando falló, pensó que todo terminaría en desastre, y que ya no había nada que pudiera hacer para salvar a su amigo.

Si Alex había sido incapaz de controlar el deseo de poseer a una cierta mujer, ¿sería posible que lo mismo le sucediera a él? Éste se sintió en ese momento como si sufriera de vértigo y estuviera parado al borde de un rascacielos y mirando hacia abajo. En sus sueños, las ropas de trabajo de Carrie cambiaban por unas suaves y seductoras prendas. En sus fantasías, Carrie vestía ropa interior de sedas y encajes, y su provocativo cuerpo encendía en él una pasión irrefrenable.

Pero, repentinamente, Alex apareció como el ganador, abrazando a una nueva y delicada Sarah Stellers. Y entonces, a Charles se le ocurrió tomar a Carrie Brooke en sus brazos y enterrar su boca en la de ella.

Luego la boda, Alex y Sarah, embelesados el uno con el otro. Cuando Charles bailó con la novia, tuvo la extraña sensación de sentir la marca de Alex en ella. Él se preguntaba por ese algo que colocaba a un hombre en la posición de pedirle a una mujer que fuese su compañera.

Había buscado a Carrie entre la multitud que bailaba. Y cuando la encontró, estaba enredada en los brazos de su pareja bailando…

Algo sacudió a Charles por dentro.

«Esa mujer está en mi sangre». Charles recordaba la voz de Alex; pero ahora era la sangre de él mismo rabiando, y no podía oír nada a su alrededor, sino el rugido en sus oídos mientras se abría paso entre la gente que bailaba. Por primera vez en su vida no tenía un plan fríamente trazado; sólo la determinación de evitar que sucediera. La necesidad de tener la certeza, por cualquier medio, de que Carrie Brooke no terminaría la noche en la cama de otro hombre.

Carrie dejó la maleta en el suelo del pasillo. En su apartamento reinaba un silencio tenebroso. Tomó aire y entró lentamente en la cocina.

Debería haber cacharros en el fregadero, porque no había fregado los del desayuno, aquel día en que se arregló apresuradamente para encontrarse con Charles en el aeropuerto; el día de la boda de Alex.

El fregadero estaba vacío, destellando de limpio.

Carrie abrió el frigorífico. Después de un mes debía tener una apariencia repugnante; pero alguien lo había limpiado, y habían quitado los alimentos perecederos. No había una sola mota de polvo en el armario. El lavavajillas estaba vacío. En el pequeño rincón en donde le gustaba desayunar, y en donde tenía un teléfono a mano, había una pila ordenada de papeles. Esos mismos papeles los había esparcido un día antes de marcharse, y ahora estaban ordenados. Sólo habían dejado intactos los papeles del boletín informativo de la junta directiva. Se quedó mirando una nota clavada con chinchetas en una pizarra de corcho que tenía en la pared. Allí estaba escrito el teléfono del hotel de Berlín en donde Charles se había hospedado. Debajo del número estaban las palabras en alemán que ella debía usar para preguntar por él, porque Carrie casi no sabía alemán.

Quitó la chaqueta y arrugó la nota, y cuando se disponía a tirarla a la papelera, descubrió que alguien la había vaciado. Charles debió arreglarlo todo, con su habitual eficiencia para delegar trabajos. No había periódicos en la puerta.

Había una carta en su buzón anunciando que su correspondencia había sido retenida en la oficina de correos. El portero la había saludado hacía sólo unos momentos, diciéndole que esperaba que

hubiera pasado unas buenas vacaciones y alabando su bronceado. Alguien había limpiado el apartamento. Y aunque llevaba tres días de retraso en el pago del alquiler, Charles habría pensado en eso también.

Encontró su agenda personal en el suelo y abierta en la hoja en donde tenía escrita la dirección de la casa de la playa. Había una hoja doblada en esa página, y Carrie la desdobló. Se trataba de una nota de Jane, que había olvidado, y que tenía como encabezamiento «Los Santos». Una pista fácil para Charles.

Cerró la agenda, pensativa. En la sala, la mesa del café estaba prácticamente pulida; la alfombra, aspirada. Luego, encendió el estéreo y había un disco puesto; las mismas notas de Brahms que le había puesto a Charles hacía un mes.

El baño estaba inmaculado, la pasta de dientes en el cajón correspondiente, aunque ella siempre la dejaba en el lavabo. En el dormitorio, la cama estaba con sábanas limpias e impecable. Cerró bruscamente la habitación y arrastró los pies hacia la cocina.

Abrió la puerta del armario y sacó la primera lata que encontró; vació su contenido en un recipiente y lo metió en el microondas. Desde la sala, la música emergía como si fuera un perezoso domingo por la mañana; Brahms. ¿Por qué había puesto ese disco? Lo quitaría dentro de un momento. La volvería a poner en la estantería, para no escucharlo nunca más. Sepultaría sus sueños tan profundamente, que ni su propia conciencia durmiente los encontraría. El timbre del horno sonó. Carrie tomó el recipiente, diciéndose a ella misma que tenía mucha hambre. Comería y luego llamaría a Charles.

Cuando sonó el teléfono, Carrie se sobresaltó y casi volcó la comida.

El teléfono sonó de nuevo.

Carrie respiró profundamente, y luego descolgó el auricular.

—Carrie, es Charles —le contestó Dianne.

Ella cerró los ojos y se inclinó en la silla.

—¿Hola, Charles, cómo estás? —¿su voz sonaría lo suficientemente indiferente? ¿Sin mostrar ninguna emoción?

—Como siempre —dijo él.

Ella hizo una mueca de dolor, porque significaba que él había vuelto a enterrarse en los detalles del trato de Berlín y el desarrollo

de la costa norte.

—Acabo de llegar —dijo Carrie.

—Sí, ya lo sé. ¿Podrías venir y llevarte tus libros? Mi nuevo analista financiero está en el que era tu despacho. Y tiene un problema de espacio —su voz era, más que indiferente, áspera e impaciente.

—¿Ya has contratado a alguien? ¿Para ocupar mi puesto? —ella se golpeó en la cadera, temblando, porque su plan era volver con su orgullo en alto, con la máscara puesta, y tratar de regresar a su vida con Charles.

—Por supuesto que he contratado a alguien. Como me dijiste una vez, nadie es imprescindible.

Ella cerró los ojos y luchó para mantener su voz indiferente.

—¿Entonces cuándo quieres que pase por mis libros?

—Cuanto antes, mejor. Ahora mismo.

Ella apretó el receptor con dedos temblorosos.

—Sí, está bien.

Colgó antes de decir adiós. Él parecía tan áspero y exigente…

Con prisa para eliminar hasta el último rastro de ella.

Carrie fue a su habitación, desabrochándose la camisa por el camino. ¿Qué se pondría? Frunció el entrecejo, buscando en su armario mientras se quitaba los pantalones, dejándolos en el suelo. Cuando entrara en su despacho, quería que Charles recordara lo mucho que había querido que ella no renunciara.

Sacó un traje de color malva con dedos vacilantes. Se lo pondría con una blusa de seda del mismo color; ese color no era apropiado para la oficina.

Algunas veces lo había llevado, cuando había tenido alguna cena después del trabajo,

Si se lo ponía ahora, ¿Charles recordaría que la quería a su lado? Tiró de la prenda, y buscó en su armario unos zapatos de tacón bajo que combinaran con su traje. Luego sacó de un cajón unas medias y un sujetador de encaje y los dejó sobre la cama.

Sería mejor que se diera prisa. «Ahora» había dicho Charles. Él había estado impaciente, irritado… no eran esas las emociones que comúnmente identificaban a Charles.

Carrie se duchó rápidamente, y se roció luego con el perfume que Jane le había regalado en Navidad. Esperó no haberse puesto

demasiado. ¿Qué haría si se había marchado? ¿Y si se había ido a alguna junta de trabajo después de hablar con ella, dejándole instrucciones a Dianne de atenderla, cuando llegara por sus libros?

Descolgó el teléfono del lado de su cama para llamar al portero.

—¿Fred? Soy Carrie Brooke. ¿Puede conseguirme un taxi? Bajaré en unos minutos.

Sí, así estaba mejor. No quería ir en coche. Un taxi. Ella debía estar calmada, sin ninguna alteración por el tráfico. No quería arriesgarse a tener un accidente, o una multa por conducir a alta velocidad; tener que tratar con algún agente de tráfico, y sin saber si Charles esperaría. 0 si ya se habría marchado.

Siempre era posible que la persona que había ocupado su puesto en la oficina fuera un desastre. Después de todo, Charles la había llamado. Tenía que haber una razón.

No serian los libros; eran únicamente una excusa. Ella le diría que había cambiado de opinión. Que, después de todo, estaría dispuesta a regresar a trabajar para él. Y tal vez… si la seguía queriendo como mujer, entonces…

«He vuelto, Charles. ¿Qué es lo que debemos hacer ahora? No he podido permanecer lejos, no podía imaginar mi vida sin ti».

«Te quiero». ¡No! ¡Eso no!

Se puso los zapatos y tomó su bolso.

¡Maldición! Había olvidado los pendientes. Dejó el bolso en la cama, y tomó un par de delicados pendientes de plata de su cómoda. Se puso los pendientes, pero tal vez no eran los adecuados; demasiado frívolos.

¿Y si la única manera de volver con él era con una imagen de mujer de negocios? ¿No era eso lo que ella había planeado? ¿No era más seguro?

¿Qué arma le serviría mejor para derrumbar las defensas de Charles?

Tenía que estar loca, por las cosas que pasaban por su mente. Mejor que nadie, ella sabía lo peligroso que sería pensar que podía manipular a Charles Kantos.

Abajo, el portero sujetó la puerta del taxi para que Carrie entrara.

—¿A dónde le digo al taxista que se dirija, señorita Brooke? ¿Al edificio del señor Charles?

—Sí, por favor —y se sentó en el asiento trasero.

—Buen tiempo —comentó el taxista.

—Sí —contestó Carrie. ¿Había respondido una mujer en el teléfono de Charles, cuando llamó desde la ciudad de Crescent? ¿0 se había equivocado al marcar?

El taxi alcanzó la cumbre del puente Burrard y comenzó a aumentar la velocidad hacia el centro de la ciudad, no muy lejano. Los ojos de Carrie se volvieron hacia el puerto, con los buques de carga anclados. Notó que el taxi disminuía su velocidad al tiempo que se acercaba al centro de la ciudad. Carrie salió rápidamente del taxi, cuando éste se detuvo. Ella inclinó su cabeza para observar detenidamente la cúspide del edificio… y el cielo.

¿La estaría esperando Charles?

Carrie pagó el taxi, y luego colocó la correa de su bolso sobre su hombro, antes de empezar a caminar hacia los ascensores. Cuando pasaba por delante de un espejo, observó su imagen reflejada en él.

Parecía lo suficientemente calmada en el espejo, pero eso se podía desvanecer en el momento en que viera a Charles. Carrie tomó aire y pulsó el botón del ascensor. Debía respirar muy lenta y profundamente, hasta llegar al piso dieciséis. Estaría calmada aunque se estuviera muriendo.

En la zona de recepción del consorcio Kantos, la cabeza de Dianne estaba inclinada sobre el ordenador; alzó la vista en cuanto Carrie entró en la recepción.

—¡Carrie! ¡Cómo la hemos echado de menos! ¿Buenas vacaciones?

Carrie sonrió.

—Mucho sol; en México y California. ¿Me está esperando Charles? —su corazón latía fuertemente.

—Te está esperando; pero está de muy mal humor —le dijo Dianne. Ella sabía que era una indiscreción, pero añadió—: El hombre que ha ocupado tu lugar es un desastre. Nada ha salido bien desde que te fuiste de vacaciones.

¿Es que Charles no había avisado de que ella no iba a regresar?

Casi podía oír las palpitaciones de su corazón cuando se dirigió hacia la puerta cerrada del despacho de Charles. Respiró profundamente antes de poner su mano en el picaporte y hacerlo girar.

Carrie abrió la puerta. Él estaba sentado en su escritorio, frunciendo el ceño ante los papeles que tenía delante. Mientras ella entraba y cerraba la puerta, él alzó la vista lentamente, como si no estuviera dispuesto a quitar la atención de su trabajo.

—Hola, Charles —por suerte, su voz era serena.

—Carrie —la voz de Charles era neutral—. Pasa.

Ella se resistió a la tentación de mojar sus labios nerviosamente, y se concentró en caminar por la alfombra hasta el otro extremo del despacho de Charles, para sentarse en la silla que él le indicó. Se sentó, agradecida. Sus piernas comenzaron a temblar. Se puso el bolso sobre la falda y descansó las manos en él.

Charles había reaccionado ante su presencia. Tenía las puntas de los dedos sobre el gran escritorio. Detrás de él, se erguían contra las nubes de primavera los grandes edificios del distrito financiero de Vancouver. Carrie intentó no verlo y concentrarse en los rascacielos, pero era imposible. Ella lo había visto de esa forma muchas veces: ligeramente ceñudo, con la mitad de su atención en ella y la otra mitad en el proyecto que compartían.

Carrie parpadeó airadamente. ¿No se había prometido que no aflorarían los sentimientos, y menos las lágrimas? Notó que sus dedos se entrelazaban con fuerza; entonces los separó.

—¿Querías que recogiera mis libros?

Él la miraba fijamente, dando vuelta a la pluma de oro entre sus dedos.

—Sí; espero que no sea un inconveniente que hayas venido.

—¿Inconveniente? —preguntó ella sin entender.

La mirada de Charles estaba puesta en la pluma en su mano cuando dijo:

—Estaba preparándome para salir a ver una propiedad en Langley.

—Oh —Carrie se dio cuenta de que si hubiera salido cinco minutos más tarde, no lo habría encontrado. Habría tenido que guardar sus libros e irse sin verlo. Entonces dijo automáticamente —: ¿Langley? No sabía que estuvieras interesado en esa zona. ¿Ya has comprado la propiedad? ¿Cuáles son tus planes con ella?

Ella hizo una mueca de dolor, recordando a Charles diciéndole que, si quería saber de sus proyectos, regresara al trabajo.

Está bien. Si él repetía ese comentario, ella lo miraría a los ojos

y diría en voz baja: «sí, está bien, regresaré».

—Tengo una posibilidad. El trato no está firmado todavía —Charles dejó la pluma sobre el escritorio—. ¿Por qué no vienes a verla conmigo? Si no le importa a tu pareja.

—Mi… ¿pareja?

Los ojos de Charles se entrecerraron.

—¿No crees que conozco tus señales lo suficiente?

—¿Mis… señales? —el pánico invadió su garganta, y trató de que no se notara en su voz—. ¿Qué… qué señales?

—Ese traje, para empezar —él parecía aburrido; sus ojos observaron su chaqueta, y luego su blusa de seda—. Nunca llevarías esee atuendo en la oficina, a menos que tuvieras una cita.

Ella entrecerró también los ojos para esconder la confusión.

—¿Me estás diciendo que analizas mi vestuario como un barómetro?

—Un barómetro de colores: rojos, rosas y naranjas, para tus amantes. Los estilos militares y tejido de lana para mí.

Ella se puso en pie con dificultad, alejándose de su mirada, para luego volverse y preguntar:

—¿Te has pasado haciendo eso todos estos años? ¿Analizándome?

Nada en su rostro. Sólo esa sonrisa que era una máscara para las situaciones en que se abstenía de mostrar cualquier emoción.

—¿Quién es tu hombre ahora? —dijo Charles—. Apenas acabas de regresar, y no has tenido tiempo suficiente para conocer a nadie nuevo. Seguramente es el abogado que estaba detrás de ti en la recepción de la boda de Alex… Wayne Barston.

Los dos estaban de pie, mirándose a los ojos, observándose el uno al otro cautelosamente, como animales salvajes acechando antes de la batalla. Carne sintió la tensión que él irradiaba. Charles estaba furioso, debajo de la superficie indiferente.

¿Por qué? ¿Porque llevaba puesto el traje malva?

Ella se volvió y caminó hacia el ventanal. Puso sus dedos en el cristal, mirando hacia abajo. Cuando pudo hablar, dijo en voz baja:

—Te dije que estaba buscando a alguien. ¿Qué te hace pensar que no lo he encontrado mientras estaba fuera?

Carne se volvió rápidamente, buscando la cara de Charles con su mirada. Él levantó su pluma de oro de nuevo. Algún día le diría que

esa pluma era el barómetro que ella utilizaba para analizarlo.

—¿Y lo has encontrado? —preguntó Charles.

Ella deslizó sus manos en los bolsillos de su chaqueta, caminando lentamente hacia él.

—¿Que si he encontrado un hombre? No —dijo en voz baja, y repentinamente sus recuerdos adquirieron un nuevo significado.

La noche de la recepción de la boda de Alex; la mano de Charles presionando el hombro de Wayne. Charles mandando lejos a Wayne, diciendo que Carrie le había prometido bailar con él. Luego, Charles asegurándose de haber mandado a Wayne a su casa… y solo.

Recordaba otros momentos, más lejanos; la noche en que había prometido ir a bailar con Sam Kayton. «Velas y vino», había dicho él. Y ella había pensado que ya era nora de que le diera a alguien más una oportunidad, para olvidar un poco a Charles.

Pero las luces de las velas y el vino con Sam nunca sucedieron, porque Charles alteró todo con una compra que no había parecido importarle hasta ese momento.

Ese día, Carrie tuvo que quedarse en el trabajo hasta casi medianoche, y Charles le exigió tantos detalles, que olvidó llamar a Sam para cancelar su cita. Por supuesto, Sam se enfadó. ¿Había llevado el traje malva en aquella ocasión?

Capítulo 11

CARRIÉ estudiaba el rostro de Charles. Todos esos años, cuando Charles veía signos de que podría haber otro hombre en la vida de Carrie, tenía que hacer algo para evitarlo. Y si no le gustaba la idea de que ella estuviera con otro hombre… bueno, eso ya era un punto de partida.

Ella dejó caer la mirada y se esforzó en decir en tono indiferente:

—Sí tengo planes para esta noche.

Entonces oyó el sonido de su pluma al resbalar de sus dedos al escritorio.

—Qué mal —dijo Charles—; estoy teniendo problemas con una propiedad de Langley, y me gustaría saber tu opinión.

—Sí —aceptó ella—, está bien —él frunció más el ceño, y ella se dio cuenta de que debería haber tardado más en aceptar.

El hecho de que no le gustara la idea de que estuviera con otros hombres no significaba que él quisiera ocupar el papel de todos ellos… después de aquella escena en México, probablemente se estremecería al pensar en salir con ella esa noche.

—Siéntate un minuto, Carrie.

¿Cuántas veces habría estado en su despacho con él? Nunca hubo ningún problema acerca de lo que hablaban, pero ahora…

—Tal vez deba ordenar esos libros.

—Más tarde, Carrie —él se inclinó para hablar por el intercomunicador—. Dianne, que preparen mi coche. Saldré dentro de cinco minutos —y colgó el auricular—. ¿Has traído tu coche?

—No, he tomado un taxi. Ya he conducido bastante

últimamente.

Charles levantó las cejas, mientras Carrie le explicaba:

—He estado viajando por la costa oeste de los Estados Unidos.

Él escuchó sin decir nada, y luego se dirigió hacia el ventanal, en donde se quedó mirando hacia las calles.

—Todavía te debo un cheque. Y tengo tu grabadora; aún no han arreglado la mía.

Ella entrelazó los dedos. Tenía que decir algo. Tenía que haber algo que pudiera decir; y si él estaba celoso de ella, entonces… ¿qué es lo que haría una mujer, si supiera que el hombre al que ama odia el pensamiento de otro hombre tocándola? Ella no tenía ni la más leve pista. No era un juego común en ella.

«Charles, ¿crees que algún día llegarás a amarme?»

«No», esa sería su respuesta, porque esa pregunta ya la había hecho antes, aunque no tal vez con esas palabras. Enamorarse era la ultima cosa que Charles quería.

Él la observaba detenidamente. ¿Qué acababan de decir? ¿De qué estaban hablando? Entonces ella dijo apresuradamente:

—No hay prisa con lo del cheque.

El metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Bajamos? El coche debe de estar listo. En cuanto a tus libros… —Charles se encogió de hombros—. ¿Tienes alguna prisa en llevártelos?

—No —él había sido el que la había llamado, el que había dicho que cuanto antes mejor.

Una vez en el coche, Carrie se dedicó a observarlo mientras conducía.

Había líneas alrededor de su boca que le indicaban que estaba tenso, probablemente cansado. Había estado trabajando muy duramente. Sus manos al volante parecían relajadas, pero ella podía sentir su tensión general.

Ella dobló la correa de su bolso alrededor de su mano.

—¿A quién has contratado para reemplazarme? ¿A alguien que conozco?

—Lo dudo —contestó él, echando un vistazo sobre su hombro, antes de cambiar de carril—. Trabajaba para una compañía en Toronto, evaluando hipotecas —Charles sonrió con malicia, mientras pisaba el acelerador cuando el semáforo se puso verde—.

Destruyendo sueños —dijo, y ella recordó lo que le había contado de los desastres financieros de su padre.

—Estás en el negocio de la construcción y del desarrollo, no en la destrucción. ¿Te sirve de algo ese empleado?

—El no es tú —y apretó sus manos momentáneamente sobre el volante—. Y no esperaba que lo fuera, por supuesto. Tal vez debí haberlo intentado con Vivían, como me sugeriste, pero no estoy seguro de que dejara Ferguson.

Carrie tuvo que humedecer sus labios y tomar aire para decir:

—Yo… podría. ¿Quieres que haga algo? Si necesitas ayuda en la oficina…

Su oferta se desvaneció al tiempo que Charles le lanzaba una aguda mirada.

—Carrie, no necesito sacrificios. Me hiciste ver claramente cómo te sentías trabajando para mí.

«¡He cambiado de opinión! ¡Estaba mintiendo! ¡Maldita sea! ¿Cómo he podido destruir completamente mis oportunidades?», pensó Carrie.

—Yo… —ella suspiró—, de hecho, Charles, yo… a mí no me importaría regresar.

Él se rió.

—¡Verdadero entusiasmo! Olvídalo, Carrie. Eso es un asunto terminado entre nosotros.

Terminado. Ella miró fijamente su rostro frío; pero había dicho lo que realmente sentía.

«Eso está terminado entre nosotros.»

Ella tendría que encontrar otro camino.

En alguna ocasión, él le había ofrecido apoyarla. Tal vez algo en donde ellapudiera invertir. Algo complicado. Algún proyecto… El insistiría en saber exactamente qué planes tenía, y si ella no le mostraba bases firmes en una inversión, o por lo menos un proyecto de alguna, nunca le daría acceso a su dinero.

—¿Qué tienes pensado para esta propiedad de Langley?

—Querría que la vieras primero antes de mencionarte nada.

Por lo menos se lo iba a decir. Ella se esforzó por relajarse en el asiento. Charles había mencionado problemas, y hablaría de ellos. Tal vez irían a cenar después, en algún sitio de Langley.

—¿Hay algún edificio por ahí? —preguntó Carrie.

—Sí —dijo Charles, pero con un tono que cerraba la conversación.

Ella apretó las manos al tiempo que miraba un coche rojo que Charles estaba a punto de adelantar. Él no le facilitaría las cosas. Pero seguramente podría arreglárselas para que la invitara a cenar, y después de eso…

Él la mandaría a su apartamento, y luego diría adiós.

Pero ella podría invitarlo a que subiera… a tomar un café, o alguna bebida, como lo había hecho antes.

Ella miraba su rostro; Charles presionaba sus labios cuando miraba los coches delante de ellos. ¿Qué pensaría si lo invitaba a subir? ¿Qué haría?

Ella se humedeció los labios y dijo:

—Regresé de San Francisco por la carretera de la costa.

—¿Ah, sí?

Ella empezó a hablarle de su viaje. Al principio pensó que la escucharía en silencio y que pronto sus palabras se apagarían; entonces se abriría un silencio entre ellos, y ella tal vez gritaría de dolor y frustración.

Entonces él empezó a preguntar sobre los pequeños lugares que había visitado. Lentamente ella se relajó, describiéndole el pequeño puerto de Oregon llamado Port Orford, en donde cada barco pesquero era levantado del agua por una grúa cuando regresaba de pescar.

Para cuando Charles se desvió en la segunda salida hacia Langley, la tensión parecía haber desaparecido. Carrie había dejado de agarrar con avidez su bolso y lo había dejado en el suelo.

Ella se inclinó hacia Charles ligeramente para mirarlo mientras charlaban. Él le acababa de preguntar acerca de los planes de su madre de presentar su candidatura para la alcaldía de la pequeña comunidad en donde Carrie había crecido.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Jane lo mencionó.

—Oh —Carrie sonrió ligeramente, pensando en el torbellino que era su madre—. Todos pensamos que ganará. Ha estado metida en política durante años; desde el consejo de la escuela algunas veces, hasta concejal de la ciudad en otras ocasiones.

Él sonrió.

—¿No íbamos al centro de Langley? —preguntó Carrie de repente.

—¿Conoces bien Langley?

—El pueblo no, pero unos amigos míos tienen una casa en esa zona.

Ella se volvió para mirar hacia atrás, cuando Charles giró a la izquierda.

—Esta zona es de casas rurales y granjas —afirmó Carrie—. No estarás pensando en empezar a invertir en campos de golf, ¿verdad?

—¿Tienes algo personal en contra de los campos de golf?

Ella se encogió de hombros.

—Prefiero ver que una granja se convierte en un campo de golf, que en cemento. Pero no me gusta el golf —ella lanzó una carcajada, admitiendo—: La única vez que intenté jugar lo hice tan mal, que nunca tuve el valor de intentarlo de nuevo.

Las cejas de Charles se alzaron en un gesto divertido.

—El golf trata de ángulos y matemáticas. Y tú eres muy buena para las matemáticas, Carrie; debería ser algo fácil para ti.

—Créeme: no es juego para mí —ella se movió para mirarlo más de cerca.

Charles se desvió de la carretera, subió una leve cuesta, y luego detuvo el coche bajo un frondoso árbol. Él apagó el motor, dejando la llave puesta; entonces abrió su puerta.

Ella lo observó cuando pasó frente al coche. Él abrió la puerta y Carrie salió.

—¿Qué clase de árboles son éstos?

—Robles —él se inclinó para observarlos.

Carrie se acercó al río, llevada por el fresco aroma del agua corriendo.

—Imagina esto —le decía Carrie maravillada—, tan cerca de la ciudad —ella se volvió y lo miró a los ojos, repentinamente preocupada—. ¿En qué consiste tu opción de compra?

Él no respondió.

—¿Qué es lo que harías aquí? —le preguntó Carrie bruscamente.

—Ven y verás.

La casa era apenas visible entre los árboles, y era una rara construcción que parecía pertenecer a la naturaleza. Carrie se mordió el labio, absorta.

—Charles, tú no lo harías… No dividirás esto en zonas para viviendas multifamiliares.

Él tomó su brazo. Ella sintió un escalofrío, y se obligó a morderse el labio para no lanzar alguna exclamación. Caminaron lentamente hacia la casa.

—Charles, de alguna forma este camino está hecho para un sosegado paseo bajo las estrellas. No puedes cambiar esto, demolerlo y… ¡Escucha ese riachuelo! Siempre he amado el sonido del agua corriendo en los ríos.

Ellos se acercaron a un viejo y enorme árbol; la casa era más grande de lo que ella imaginaba. Grandes ventanas, diseñadas para hacer que la gente, desde dentro, sintiera el verde frescor y observara la belleza.

—¿No derribarás esto, verdad? La casa y las laderas donde crece la hierba… —ella se detuvo con un brazo levantado, como recitando una plegaria—: ¿No lo harás, verdad? ¿Podrías imaginar…?

—¿Imaginar qué?

—Yo… nada.

Si Charles ya tenía planes para la propiedad, no se iba a detener por la imagen de niños jugando por la pradera. Él había mencionado problemas, y era ahí en donde podía intervenir Carrie para convencerlo. Ella sintió que su corazón comenzaba a latir aceleradamente, al tiempo que lo seguía subiendo por las anchas escaleras hacia la entrada principal. Ella no quería discutir con él, al menos no por ahora. Pero, ¿cómo podría soportar oír que planeaba demoler toda esa belleza natural, para crear algo económicamente rentable?

Él sacó una llave y abrió la pesada puerta de madera.

Los labios de Carrie se separaron, pero no era el momento oportuno; aún no. Primero tenía que saber exactamente cuáles eran sus planes. Ella metió sus manos en los bolsillos de su chaqueta y entró. Mientras se cerraba la puerta, oyó el eco de su propia voz en el espacio vacío.

—Charles, tú dijiste que no ibas a destruir nada. ¿Cómo vas a derribar esto? Es como un parque natural en las afueras de la ciudad. No puedes…

—¿Piensas que podrías detenerme?

Ella se volvió para mirarlo de frente, y decir débilmente:
—No lograrás dividirlo en zonas.
Él sonreía levemente. Carne se había pasado la vida descifrando sus señales, pero ahora no tenía la certeza de si sus labios esbozaban una sonrisa, que usaba para cubrir sus emociones, o si verdaderamente estaba divertido.
—Carrie, para mis planes, dividirlo es perfecto.
Ella se volvió y se alejó, caminando lentamente sobre el suelo de madera del salón de entrada. La entrada daba a una sala que se extendía desde el rincón de la chimenea hasta la ventana a la bahía del otro lado. Ella caminó hacia la ventana que daba al mar. Pensó que debía tener cuidado, que necesitaría del total control de sus emociones.
Por la ventana que daba a la bahía, se podía ver otra parte del pequeño río. Carrie se arrodilló en la ventana para mirar hacia abajo.
—¿Sabías que había rosas aquí? —ella se volvió para mirarlo. Él estaba alejado de ella; de pie, al lado de la chimenea. Carrie dijo mecánicamente—: No puede haber pasado mucho tiempo desde que dejaron la casa.
—Un par de semanas. El dueño se mudó para vivir en el interior.
—¿El interior?
Él estaba indiferente, sin siquiera mirarla de frente.
—¿Por cuánto tiempo has tenido esta opción de compra?
El no respondía.
Ella se volvió hacia la ventana.
—¿Qué es lo que piensas hacer con todo esto? Si no subdivides, es difícil pensar que ganarás algo de estas tierras.
—Tengo mis planes.
Ella se volvió para mirarlo detenidamente.
—¿Y está entre tus planes el no hacer un negocio de este lugar?
—Yo lo compré…
—Pero… hablaste de una opción.
—La compré para ti —dijo bruscamente.
El corazón de Carrie comenzó a golpear con lentas pero explosivas pulsaciones.
—¿Y por qué has hecho eso?
No hubo respuesta.

Ella frotó sus manos nerviosamente en su blusa.

—¿Por qué, Charles?

Él murmuró entonces:

—Demonios, Carrie, cualquier otra mujer aceptaría la oferta, sin hacer preguntas.

—¿Hay alguna otra mujer en tu vida? Ella tomó aire y dijo:

—Te llamé por teléfono, y una mujer contestó. —Dianne.

—No, no a tu oficina… sino a tu apartamento. Un domingo, hace un par de semanas. Te llamé desde Crescent. Alguien… una mujer contestó.

Él negó con la cabeza; entonces, ella debió de marcar un número equivocado. Sus dedos estaban muy temblorosos al marcar.

—Entonces, ¿no hay otra mujer? —susurró. Si él alzara el rostro y la mirara, ella sabría la verdad; entonces le dijo suavemente—: De cualquier forma, nunca te importaron mucho las mujeres con las que salías.

—Hasta que salí contigo.

—Charles… —él estaba terriblemente pálido.

Ella no se había dado cuenta de que se había estado acercando hasta que sus dedos tocaron su brazo. Él retrocedió.

—Yo estoy incluido en la oferta de la casa —dijo Charles.

Ella dio un paso, acercándose aún más a él, y descansó sus manos en su pecho. Ella podía sentir su corazón latiendo fuertemente contra sus palmas.

—Estás celoso de otros hombres en mi vida —dijo Carrie lentamente—, y no puedes soportar la idea de que otro hombre me haga el amor.

Las manos de Charles asieron las muñecas de Carrie y ella abrió la boca. Ella se inclinó hacia él y preguntó firmemente:

—Charles, ¿por fin te has enamorado de mí?

—Por Dios, ¿cómo te imaginas eso?

Ella se alejó de él, tratando de esconder su dolor. Ella tenía que recobrar el control, y tenía que entender qué era lo que realmente estaba pasando. Charles no la amaba, pero la deseaba. El la deseaba lo suficiente como para comprar esa casa, e insistir en que él estaba incluido.

En México, cuando le gritó, él le había respondido. Tal vez fuera una locura basarse en ese detalle para abrigar esperanzas, pero de

alguna forma quería decir que había llegado a afectarle de una forma en que nunca nadie lo había hecho.

—El mes pasado… cuando te fuiste… —dijo Charles en voz baja.

Ella se acercó para tocar su rostro, pero él se alejó de sus manos.

—Has estado conmigo, a mi lado, durante cinco años; y de repente, ya no estabas ahí. No estabas al alcance de mi teléfono como siempre, y no tenía ni una maldita pista para saber en dónde podías estar, y si te podría encontrar.

—Charles yo…

Él hizo un gesto de tristeza.

—Berlín o la costa norte. No significaban nada sin ti —él se metió las manos en los bolsillos y se alejó de ella caminando a través de la sala. Entonces dijo con voz acelerada—: Carrie, siento lo que hice en México.

—¿Qué hiciste? —la voz de Carrie era un susurro tembloroso.

—Siempre me consideré un hombre razonable, pero me volví loco cuando me dijiste que serías mi amante, pero que no te casarías conmigo —él unió sus manos—. Podrías haberme pedido cualquier cosa, y te la hubiese dado de inmediato; pero no quisiste nada.

Ella fue hacia él, moviéndose silenciosamente, observando cómo cambiaban de color los ojos de Charles, al tiempo que se acercaba. Él alzó el tono de su voz.

—Yo quería que me necesitaras más allá de la razón, más allá… y después de esa noche en tu apartamento, supe cómo podría lograrlo.

—Ésa fue una jugada sucia —dijo Carrie, en voz baja.

—Sí, lo admito.

Ella se detuvo sólo a unos centímetros de él.

—Yo tenía miedo, porque todo lo que tenías que hacer era besarme, tocarme, o simplemente observar me y… era como si tuvieras el control sobre mí, y yo… tú no… ¿Me tocarás ahora?

—¿Quieres que lo haga?

—Tú sabes que sí.

Charles dirigió la mirada a los labios de Carrie.

—Si te toco, te beso, no podré detenerme. No soy muy bueno para controlarme, tratándose de ti.

Carrie sintió que su corazón se detenía.

—Me he dado cuenta de ello.

—Te he conseguido un gato.

—¿Un… gato?

El miró hacia la ventana.

—También está incluido en la casa; y hierba… hay muchísima hierba alrededor de la casa. Además, hay un lugar bajo los árboles en donde… —sus ojos parecían más oscuros, cuando de repente palideció, quedándose muy quieto.

—Tú lo sabes, ¿verdad? —le dijo Carrie.

—¿El qué?

—Durante cinco años, he estado enamorada de ti —sus palabras hicieron que palideciera aún más—. Lo siento, no querías que dijera esto; no quieres que te hable de amor. Yo no… yo sé que no me amas, pero te advierto que me voy a casar contigo.

—¿Lo harás?

—Sé que piensas que el que yo te guste… y la compatibilidad en la cama es suficiente —ella se ruborizó y levantó la barbilla ligeramente—. Quiero más que eso. Y te advierto que, si me caso contigo, haré todo lo posible para que me ames. Y puede suceder, porque de alguna forma tengo que hacerlo realidad.

—¿Crees que estoy en peligro?

—Sí —contestó Carrie—, estás en peligro.

—Por mi parte, te advierto una cosa —le dijo Charles—; esta vez no te dejaré ir.

Ella se humedeció los labios.

—Yo… lo sé.

—Soy tan víctima en esto como tú. Sólo tienes que mirarme de la forma en que lo haces…

—Yo… tú no me amas, ¿verdad?

—Carrie… —le contestó con voz ronca.

—¡No! —Carrie sintió que su corazón se apretaba de pánico—. No… no lo digas… —ella no podía soportar que negara su amor otra vez—. Por favor, ¿podrías… hacerle el amor?

Ella observó cómo se controlaba para decir con despreocupación:

—Este es difícilmente el lugar apropiado para… el único mueble es una mesa de billar, porque era demasiado grande para sacarla por la puerta.

Él tenía miedo. ¿Qué se imaginaba que pasaría si la tomaba en sus brazos?

—Yo… juegas al billar?

—Sí —los ojos de Charles eran muy oscuros, casi negros.

Ella tomó aire y dijo:

—Supongo que el billar es como el golf: ángulos y matemáticas.

Sus manos alcanzaron a tocar la sedosa tela de su blusa; luego se apartó diciendo:

—Te enseñaré.

—Sí, por favor —ella se acercó, y en brazos de Charles, sintió una sacudida eléctrica que recorrió su cuerpo cuando la tocó—. Pero no ahora, yo… quiero… siempre he querido… siempre te he amado.

—¿Siempre? —preguntó con repentina aspereza. Sus manos se clavaron en ella—. ¿Qué me dices de Wayne? ¿Y de los otros?

—Nunca hubo nadie más. Todos los que lo intentaron fueron detenidos en la puerta.

Ella movió sus manos hacia la garganta de Charles, en donde sintió palpitaciones rápidas.

—Tenías que saberlo. ¿Por qué piensas que me arrojé a tus brazos tan fácilmente? Has estado en mis sueños durante años.

Un rudo suspiro salió de los pulmones de Charles.

—Yo he combatido el quererte desde el primer día. La relación que tenían mis padres me hizo desechar cualquier idea acerca del amor, acerca de desear tanto a alguien que… Nunca he sido celoso —su frente descansaba sobre la de ella, su voz temblaba—. Hasta que te conocí. Quería estrangular a ese maldito abogado cuando empezó a manosearte en aquel baile.

—No me estaba manoseando exactamente.

—¿Cómo? —su voz era dura y grave—. Sí, tú sabes el efecto que tienes en mí, ¿o no? Y cuando empezaste a hablar acerca de tener una familia… ¿sabías que yo quería matar a cualquier hombre que se acercara a ti? Si querías tener hijos, tendrían que ser míos.

—Sí —murmulló ella—; sólo tuyos, cariño.

Él respiró profundamente.

—Desde el momento en que me di cuenta de que te habías marchado, no había nada que no hubiera pagado por saber de ti, por encontrarte otra vez…

—Yo no pedía nada.

—¡Por supuesto que lo hiciste! Me exigías la única cosa que me aterrorizaba dar; pero no te podía perder. Desde aquel momento en el taxi de Eduardo, cuando dijiste que casarte era tu precio, yo supe… supe que sería la única forma de estar seguro de retenerte para siempre. Y luego… pensé que había ganado. Y estuvimos tan cerca, tan cerca… de tenerlo todo; o al menos eso pensé.

Los ojos de Charles se cerraron, y con voz tensa y llena de dolor, continuó.

—Cuando dijiste que no te casarías conmigo, pensé que todo había terminado, que me habías liberado pero… pronto supe que no era así. Regresé y empecé a buscar maneras de provocarte, y pensé en una casa… en donde tú quizás tuvieras hijos, un gato. Y soborné al portero de tu apartamento, para que me dijera cuándo habías llegado.

Ella tocó su rostro.

—Te dije que corrías peligro, Charles. No podrás negar toda la vida que me amas.

Él se encogió de hombros, y ella pudo ver claramente sus sueños: Charles inclinándose hacia su bebé, llegando a su casa día tras día, llamándola porque ella era la mujer con la que quería estar siempre, a la que amaba.

—Sí, tal vez siempre —dijo Charles.

—¿Siempre?

—Te he querido siempre —sus ojos cambiaron de color, y el pulso de Carrie se alteró.

—Charles…

—No tengo ninguna intención de ser un padre au

sente para nuestros hijos.

—Nuestros hijos… —repitió Carrie.

—Sí, por eso rechacé la oferta de Berlín. —Rechazaste…

—Sí, y… ¿pasamos a recorrer la casa? —Sí, ahora me puedes enseñar la casa. Ella sonreía lentamente.

—Pero prefiero volver a oírte decir que me amas. Sus manos se deslizaron por debajo de la chaqueta de Carrie, avivando sensaciones mientras la acariciaba sobre la seda de su blusa.

—Y si no te gusta ésta, podemos buscar otra casa.

—Quiero ésta. Te quiero a ti.

Los párpados de Charles se cerraron cuando oyó la respuesta a sus palabras. Su boca se movió hacia los labios de ella, rozándolos con besos pequeños. Luego su lengua se deslizó en su humecta cavidad.

La palma de Charles se movió hacia su pecho.

—Charles… ¿me… me quieres?

—Sabes que sí —ella sintió que su piel necesitaba la de él; entonces Charles rozó sus labios con los de ella, y Carrie lanzó un grito sofocado cuando su dedo pulgar le acarició el pezón—. Suave —murmuró Charles—, tan sedosa… cariño. Es tan agradable, amor mío… el acariciarte… —él entonces enterró su rostro en las curvas de su pecho—. Desde el día en que entré en aquella sala de juntas de Weschance y me encontré contigo, algo me ocurrió; y estaba aterrorizado de llegar a tenerte como ahora. Sabía que muy fácilmente te convertirías en más que sólo deseo… pero con saber que estabas allí, que podía llamarte o tomar el teléfono y escuchar tu voz otra vez… y ahora… amándote, tocándote… observando tu rostro, sabiendo que cuando hago esto…

La mano de Charles se movió y ella gimió suavemente, apretándose contra él.

Sí —susurró él, respondiendo a su necesidad y a su amor. Sus ojos se volvieron negros, y dijo en tono ronco—: Te amo. Para siempre, cariño. No me vuelvas a dejar.

—Nunca —prometió ella.

Él la levantó en brazos, llevándola a la habitación en donde estaba el billar; la dejó cuidadosamente sobre el grueso tapiz de paño verde, para continuar tomando sus labios con los de él y prometiéndole amor eterno.